

# CRISTIANIDAD

AL REINO DE CRISTO  
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



## EL CATECISMO, EXPRESIÓN DE LA FE CATÓLICA

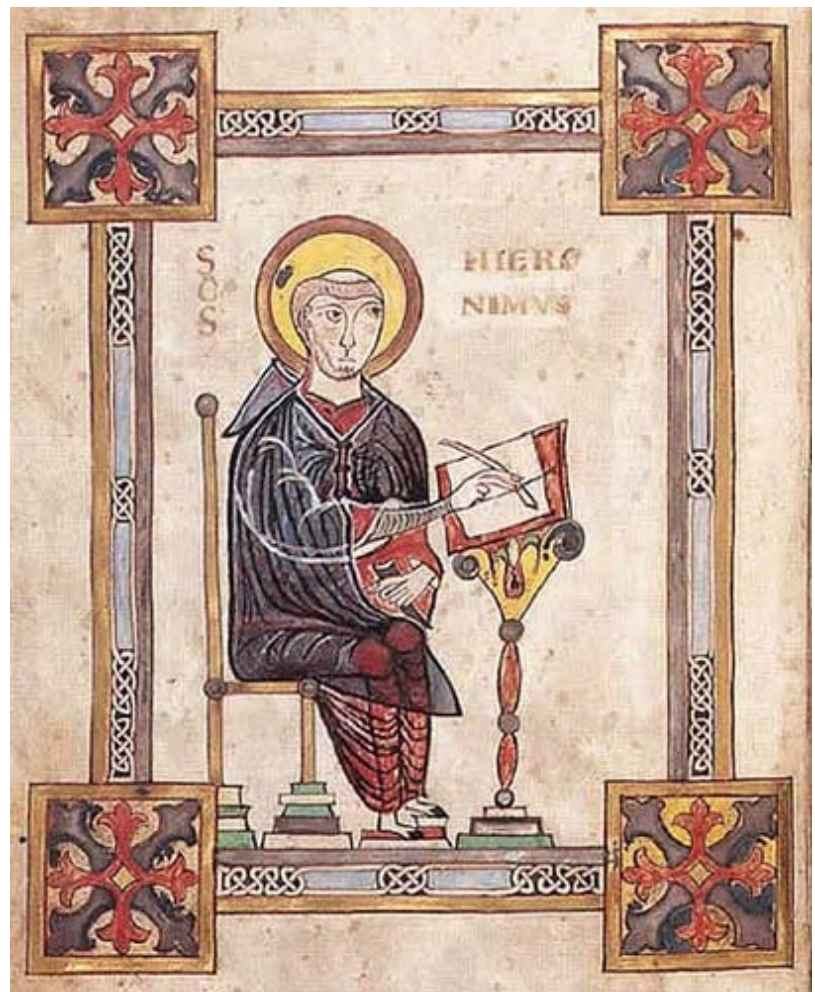
El Catecismo de la  
Iglesia católica

El Catecismo en la  
historia de la Iglesia

El Catecismo Mayor  
de san Pío X

La enseñanza del  
Catecismo sobre el  
Sacrificio eucarístico

Cristo revela  
el sentido profundo  
de la historia



«En esta presentación auténtica y sistemática de la fe y de la doctrina católica la catequesis encontrará un camino plenamente seguro para presentar con renovado impulso a los hombres de nuestro tiempo el mensaje cristiano en todas y cada una de sus partes. Todo catequista podrá recibir de este texto una sólida ayuda para transmitir, en el ámbito de la Iglesia local, el único y perenne depósito de la fe...»

## Sumario

El Catecismo de la Iglesia católica <i>Antonio M.<sup>a</sup> Ganuza Canals, hnscc</i>	3
Testimonio de agradecimiento por el nuevo Catecismo <i>Francisco Canals Vidal (†)</i>	6
El Catecismo en la historia de la Iglesia <i>Laura Indart Luna</i>	9
El Concilio de Trento y el Catecismo romano <i>Marta Serra Belmonte</i>	11
El Concilio Vaticano I y el intento de sacar adelante un nuevo Catecismo <i>Javier Eslava Uría</i>	14
El Catecismo Mayor de san Pío X <i>José María García Camacho</i>	16
Los catecismos en Cataluña <i>Fra Valentí Serra de Manresa, OFMCap.</i>	19
El YouCat, un catecismo para los jóvenes	20
La enseñanza del Catecismo sobre el Sacrificio eucarístico <i>José M.<sup>a</sup> Petit Sullá (†)</i>	21
Federico Ozanam (1813-1853). Preludios de una «Nueva Evangelización» <i>Guillermo Pons Pons</i>	25
«El judío y el cristiano han recibido la misma bendición». Palabras de Benedicto XVI en el Líbano	29
Cristo revela el sentido profundo de la historia. Palabras de Benedicto XVI en la audiencia general del 12 de septiembre	30
Una historia de conversión. Hermann Cohen <i>Luis Cuesta</i>	32
Los mártires, testigos de la fe. San Hermenegildo <i>Balbina García de Polavieja</i>	34
Doctores de la fe. San Agustín <i>Miguel Ángel Belmonte</i>	36
Contemplando la vida de Cristo. La concordancia evangélica en la infancia de Jesús <i>Ramón Gelpí</i>	38
Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa</i>	40

Edita  
Fundación Ramón Orlandis i Despuig  
Director: Josep M. Mundet i Gifre  
Redacción y Administración  
Duran i Bas, 9, 2<sup>a</sup>  
08002 BARCELONA  
Redacción: 93 317 47 33  
E-Mail: ramonorlandis@gmail.com  
Administración y fax: 93 317 80 94  
revista.cristiandad@gmail.com  
<http://www.orlandis.org>

Imprime: Campillo Nevado, S.A. - D.L.: B-15860-58

## RAZÓN DEL NÚMERO

EN estos números de CRISTIANDAD que dedicamos al «Año de la Fe» presentamos este mes un conjunto de trabajos dedicados al Catecismo, con la colaboración de miembros de Schola Cordis Iesu de Pamplona y de San Sebastián. No pueden ser más congruentes las consideraciones que se hagan sobre el Catecismo en este año porque el Catecismo es la expresión de la fe católica, bajo la autoridad del magisterio de la Iglesia. La Iglesia tiene la misión de guardar el depósito de la fe y transmitirlo para que el resplandor de la verdad lleve a todos los hombres a buscar y aceptar el amor de Cristo. A lo largo de la historia, la Iglesia ha procurado sistematizar la doctrina cristiana para facilitar la catequesis y la práctica de la piedad. Los símbolos de la fe –los «credos»–, de los siglos de las definiciones dogmáticas, son también catecismos, porque contienen las verdades fundamentales de nuestra fe. Antes de la invención de la imprenta y cuando la escritura y la lectura eran bienes escasos, el Catecismo era la memoria de los símbolos, de los mandamientos, de los sacramentos, de las oraciones fundamentales. De esta memoria y de esta transmisión oral se nutrió la fe y la piedad, muchas veces heroicas, de nuestros antepasados. Pero, tal como los entendemos hoy, los catecismos son textos escritos, más o menos extensos, en los que de manera sistemática se contienen las verdades que hay que creer y las virtudes que hay que practicar para alcanzar la vida eterna; desde el humilde librito con el que nuestros padres y nuestros catequistas nos prepararon para la primera comunión, hasta el actual *Catecismo de la Iglesia católica*, promulgado por el beato Juan Pablo II, el 11 de octubre de 1992.

Conviene atender al significado y al valor de este *Catecismo*, para que se constituya para nosotros en confiada fuente de verdad y de progreso espiritual: el *Catecismo de la Iglesia católica* no es un libro de teología y de moral escrito por un grupo de expertos que expresan su opinión. Por el contrario, tal como escribió Francisco Canals en un artículo de 1993 que reproducimos y que tituló «Testimonio de agradecimiento por el nuevo Catecismo»: «Por la misma naturaleza de su aprobación y publicación, el *Catecismo* ha de ser recibido como un acto del magisterio ordinario de la Santa Sede, que ofrece a los cristianos un tesoro de verdades que han de ser creídas con fe teologal, o afirmadas con asentimiento cierto, u obedecidas en la vida moral individual y colectiva como cumplimiento de la Ley y voluntad de Dios». Por eso, es tan necesaria y recomendable la lectura pausada y sistemática del *Catecismo*.

En las secciones específicas del Año de la Fe, ofrecemos las semblanzas del converso Hermann Cohen, fundador de la Adoración Nocturna eucarística; del mártir san Hermenegildo, cuyo sacrificio fue semilla para la conversión de su hermano Recaredo y de toda la España arriana, y de san Agustín, el «Doctor de la Gracia».

Como «pies de página» hemos elegido, precisamente, algunos de los textos fundamentales sobre la fe del *Catecismo*, para que su lectura nos sirva de pregustación de toda su riqueza teologal.

# El Catecismo de la Iglesia católica

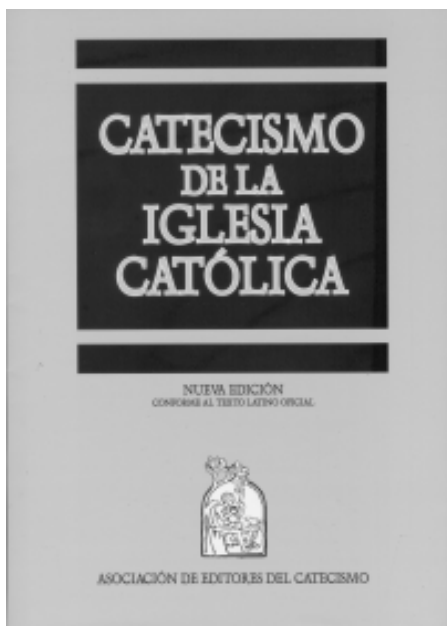
ANTONIO M<sup>a</sup> GANUZA CANALS, HNSSC

## El Catecismo, fruto auténtico del Concilio Vaticano II

EL «Catecismo de la Iglesia católica» (en latín *Catechismus Catholicæ Ecclesiæ*, cuyas siglas son CCE) es el fruto magisterial más importante del XXI Concilio Ecuménico, II del Vaticano, cuyo 50º aniversario estamos celebrando con gozo y agradecimiento, unidos a nuestro Santo Padre, en este «Año de la fe». Él mismo así lo ha afirmado recientemente en el *motu proprio Porta fidei* en los nn. 4 y 11.

Muchas voces han querido silenciar el verdadero magisterio de este Concilio por considerarlo una ruptura con el anterior, ya sea llevadas de una vana ilusión por esta pretendida ruptura con una enseñanza que veían como «anticuada», ya por escándalo al pensar que un falso concilio había querido apartarse de la tradición de la Iglesia –algo que sabemos no puede pasar en un verdadero Concilio Ecuménico–. Sin embargo, los papas, en su magisterio, han dicho que el Vaticano II ha sido «la gran gracia de la que la Iglesia se ha beneficiado en el siglo XX»,<sup>1</sup> «si lo leemos y acogemos guiados por una hermenéutica correcta».<sup>2</sup> Por esto, debemos creer que realmente, y a pesar de todos los pecados humanos y de todas las doctrinas falsas, el Espíritu Santo, que guía a su Iglesia y la conduce hasta la Pascua eterna, se ha servido del Concilio para la renovación de la esposa de Cristo. De esta forma, no veremos el CCE como una «reacción», una «restauración», una «involución»; visiones todas ellas propias de quien se ha dejado envenenar por la dialéctica hegeliana en la que, para que exista desarrollo, tiene que haber tesis, antítesis y síntesis de opuestos en lucha permanente. Por el contrario, a la luz de la teología de la historia, podremos comprender el verdadero crecimiento y progreso homogéneo «en la

misma enseñanza, en el mismo sentido y en la misma doctrina», como se afirma en el Concilio Vaticano I.<sup>3</sup> Es decir, no cabe la posibilidad de que en el nuevo *Catecismo* se pueda encontrar contradicción o derogación alguna en ningún punto de fe o costumbres, en los que la Iglesia no hace sino declarar infaliblemente lo que su divino Esposo le ha entregado en depósito. ¿Qué es lo que sí puede darse y se ha dado efectivamente en el CCE? Desarrollo, progreso doctrinal y nuevas aclaraciones e iluminaciones, junto con la reafirmación de todas las enseñanzas anteriores.<sup>4</sup>



## Breve historia del CCE

A diferencia de lo que sucedió en Trento, durante el Vaticano II no se pidió la redacción de un catecismo. Algunos padres, como el cardenal alemán Jäger, formularon esta petición, pero no halló cabida en aquel momento. El Concilio –se argumentaba– es pastoral, no pretende tanto definir y consolidar la fe cuanto buscar nuevas fórmulas

para proponerla al mundo, en diálogo abierto con la cultura contemporánea.

Sin embargo, pronto surgió en muchos sectores la necesidad de elaborar exposiciones sintéticas de la fe –catecismos–, adaptándola a la mentalidad moderna. Muchas de estas obras fueron elaboradas con precipitación, obviando la tradición catequética secular de la Iglesia como consecuencia de la errónea lectura rupturista del Concilio, y con un inmoderado afán de experimentar con corrientes pedagógicas y psicológicas contemporáneas de corte antropocentrista. «Así se produjo un cansancio precisamente entre los mejores catequistas y, naturalmente, un correspondiente cansancio entre los receptores de la catequesis, los niños».<sup>5</sup> Fue trágico

3. Constitución dogmática *Dei Filius*, cap. 4; DS 3020.

4. Cf. Francisco Canals, *Testimonio de agradecimiento por el nuevo Catecismo. A modo de carta abierta*, en *CRISTIANDAD*, n. 743 (1993), p. 4.

5. Joseph Ratzinger, *Introducción al Catecismo de la Iglesia católica*, Ciudad Nueva, Madrid (1995), p. 15.

1. Juan Pablo II, carta apostólica *Novo millennio ineunte*, 57.

2. Benedicto XVI, *Discurso a la Curia Romana*, 22 de diciembre de 2005.

el caso del «Catecismo holandés», aprobado por su Conferencia Episcopal en 1966, al año siguiente de la clausura del Concilio, y que obligó a Pablo VI a nombrar una comisión de seis cardenales que tuvieron que precisar, e incluso corregir, sus afirmaciones en puntos esenciales.

En 1983, el cardenal Ratzinger dictó una importante conferencia en París y Lyon, en la que hacía un diagnóstico de la situación de la catequesis y planteaba la necesidad urgente de dar instrumentos para proponer de modo articulado los contenidos de la fe de la Iglesia al margen de modas pasajeras. Lo ilustraba con un ejemplo: «una madre alemana me contaba un día que un hijo suyo, que iba a la escuela primaria, se estaba ya iniciando en la cristología de los *logia* del Señor (un problema de exégesis), pero que no había oído todavía ni una palabra sobre los siete sacramentos ni sobre los artículos del Credo».

Esta señal de alarma fue recogida en la sesión extraordinaria del Sínodo Universal de Obispos convocado en 1985 por el beato Juan Pablo II con motivo del vigésimo aniversario de la clausura del Concilio. En esa ocasión, el Sínodo pidió al Papa que se organizara la redacción de un catecismo de toda la doctrina católica que fuese instrumento de derecho público para la Iglesia universal, aprobado y promulgado por la autoridad de la Santa Sede.

Atendiendo el deseo del Sínodo, el Papa nombró en 1986 una comisión de cardenales y obispos, presidida por el cardenal Joseph Ratzinger, que trabajaron durante seis años consultando a todos los obispos de la Iglesia y a los institutos de teología y catequesis. El beato Juan Pablo II afirmó: «Puede decirse ciertamente que este *Catecismo* es fruto de la colaboración de todo el episcopado de la Iglesia (...) La realización de este *Catecismo* atestigua la catolicidad de la Iglesia». <sup>6</sup> Se realizaron hasta nueve borradores con sucesivas correcciones y ampliaciones.

6. Constitución apostólica *Fidei depositum*, n. 2.

En febrero de 1992 se aprueba por unanimidad en la comisión el texto definitivo, el cual es sometido al juicio del Papa, quien hace algunas observaciones. Incorporadas a la décima redacción, el texto es puesto en manos del Santo Padre el 30 de abril de 1992, fiesta de san Pío V, el papa del *Catecismo romano*, y recibe la aprobación oficial pontificia el 25 de junio. El 11 de octubre de ese mismo año, en el trigésimo aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II, es promulgado por medio de la constitución apostólica *Fidei depositum* el *Catecismo de la Iglesia católica*, como «instrumento válido y legítimo», «regla segura para la enseñanza de la fe», «texto de referencia seguro y auténtico». «Pido –añadía el Sumo Pontífice– a los pastores de la Iglesia y a los fieles que utilicen constantemente este *Catecismo* cuando realicen su misión de anunciar la fe y llamar a la vida evangélica». Enseguida nuestra revista declaró, en el editorial del número 743: «CRISTIANDAD se propone hablar del *Catecismo* con frecuencia, dándolo a conocer y citándolo, convencidos de la firmeza de su contenido».

El camino de elaboración del CCE concluye definitivamente el 15 de agosto de 1997, cuando el mismo beato Juan Pablo II, por medio de la carta *Lætamur magnopere* aprueba y promulga la edición típica latina, preparada por una comisión –presidida igualmente por el cardenal Joseph Ratzinger–, que revisó las numerosas propuestas de modificación de contenidos que llegaron a Roma desde toda la Iglesia.

### «Lo viejo y lo nuevo» en el CCE

**T**ODO escriba que ha llegado a ser discípulo del Reino de los cielos es parecido al dueño de la casa, que saca de sus tesoros cosas nuevas y antiguas» (Mt 13, 52). El Santo Padre hace referencia a este versículo al presentar el nuevo *Catecismo*,

## LA FE CATÓLICA EXPRESADA EN EL CATECISMO

**50** Mediante la razón natural, el hombre puede conocer a Dios con certeza a partir de sus obras. Pero existe otro orden de conocimiento que el hombre no puede de ningún modo alcanzar por sus propias fuerzas, el de la Revelación divina (cf. Concilio Vaticano I: DS 3015). Por una decisión enteramente libre, Dios se revela y se da al hombre. Lo hace revelando su misterio, su designio benevolente que estableció desde la eternidad en Cristo en favor de todos los hombres. Revela plenamente su designio enviando a su Hijo amado, nuestro Señor Jesucristo, y al Espíritu Santo.

**88** El magisterio de la Iglesia ejerce plenamente la autoridad que tiene de Cristo cuando define dogmas, es decir, cuando propone, de una forma que obliga al pueblo cristiano a una adhesión irrevocable de fe, verdades contenidas en la Revelación divina o también cuando propone de manera definitiva verdades que tienen con ellas un vínculo necesario.

porque «la fe es siempre la misma, y fuente siempre de luces nuevas»,<sup>7</sup> como se explicó más arriba.

Quizá lo que más sorprendió en amplios sectores de la Iglesia y del mundo fue «lo viejo», la reafirmación de muchas verdades que por diversas circunstancias habían sido silenciadas por mucho tiempo y de otras que se consideran «polémicas», ofensivas a otras confesiones cristianas o a diversas corrientes de pensamiento contemporáneas. Entre las primeras se pueden contar las enseñanzas sobre la Santísima Trinidad y sobre la Encarnación (con abundantes referencias a los primeros concilios de la Iglesia), la explicación sobre el Corazón del Verbo encarnado, la rica doctrina mariana, la doctrina acerca del pecado original, los ángeles, el cielo, el infierno y el purgatorio, los dones del Espíritu Santo... y otras que se consideraban «pasadas de moda». Entre las segundas, se reitera que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, la enseñanza sobre el mérito y las indulgencias, el primado de Pedro y la infalibilidad pontificia, la enseñanza de que «fuera de la Iglesia no hay salvación», el sacramento del orden reservado a los varones, la doctrina tradicional católica sobre el deber de las sociedades respecto a la «única religión verdadera» que manifiesta la realeza de Cristo y otras. La reafirmación que más tinta hizo correr fue la de la legitimidad de la pena de muerte en el n. 2267, en continuidad con lo que enseñó Pío XII e Inocencio III, si fuera el único camino posible de defensa y si los medios incruentos no bastan o no son posibles. A estas dos condiciones tradicionales se añade la constatación de que «hoy, los casos en los que sea absolutamente necesario suprimir al reo suceden muy rara vez, si es que ya en realidad se dan algunos». También, en la recuperación de «lo viejo», llamó la atención las abundantes citas a la obra de santo Tomás de Aquino.

Respecto a «lo nuevo», aunque el CCE no pre-

tende por su naturaleza proponer nuevas definiciones a la enseñanza dogmática de la Iglesia, es rico en aportaciones a la sistematización de la doctrina católica, como dijimos, «en la misma enseñanza, en el mismo sentido y en la misma doctrina». Así, destaca la centralidad del misterio trinitario y del designio de salvación del hombre por Cristo. Desde esta perspectiva se expone cómo es este misterio, cómo es celebrado, cómo actúa en el obrar cristiano y cómo se hace oración. Esta sistematización da unidad a las cuatro partes tradicionales de los catecismos. Cada una de estas partes está precedida de una elaborada «primera sección» que ayuda a verla «desde Dios y desde el hombre». Es una respuesta al antropocentrismo moderno y, al mismo tiempo, una respuesta a las necesidades del hombre actual. También es novedosa la eclesiología, fruto de la enseñanza del Concilio en la *Lumen gentium*. En conexión con ella hay una nueva mirada a la misión de María, así como de la escatología, donde se toma la perspectiva del Reino de Cristo, presente en su Iglesia, y que habrá de llegar a su plenitud en la historia antes de la segunda venida del Mesías, tras la última persecución del Anticristo. Igualmente en la liturgia, en la moral y, especialmente, en el bloque sobre la oración, el CCE contiene aportaciones importantes con respecto a los catecismos anteriores.

Al concluir estas líneas, recuerdo lo que tantas veces oí decir a Francisco Canals acerca de los «silencios del Magisterio»: «El Papa es infalible cuando habla, no cuando calla». El silencio no deroga nada. La verdad de los contenidos de la fe no depende de las modas, ni de los énfasis ambientales, ni puede caducarse, sino que es un tesoro perenne, de donde el magisterio de la Iglesia va sacando «lo nuevo y lo viejo». Invito a todos los lectores de CRISTIANDAD a tener el CCE en sus casas, a acudir a él frecuentemente y a usarlo en sus apostolados, para que la verdadera fe nos conduzca a la verdadera vida en Cristo, ya en esta tierra, y a la plenitud de la bienaventuranza en el cielo.

7. Ibid., n. 3.

## LA FE CATÓLICA EXPRESADA EN EL CATECISMO

**92** «La totalidad de los fieles [...] no puede equivocarse en la fe. Se manifiesta esta propiedad suya, tan peculiar, en el sentido sobrenatural de la fe de todo el pueblo: cuando desde los obispos hasta el último de los laicos cristianos muestran su consentimiento en cuestiones de fe y de moral» (LG 12).

**93** «El Espíritu de la verdad suscita y sostiene este sentido de la fe. Con él, el Pueblo de Dios, bajo la dirección del Magisterio [...], se adhiere indefectiblemente a la fe transmitida a los santos de una vez para siempre, la profundiza con un juicio recto y la aplica cada día más plenamente en la vida» (LG 12).

## Testimonio de agradecimiento por el nuevo Catecismo\*

FRANCISCO CANALS VIDAL (†)

**A**dvirtió Pablo VI, el 12 de enero de 1966: «No hay que olvidar que las enseñanzas del Concilio no constituyen un sistema orgánico y completo de la doctrina católica; ésta es mucho más amplia... No debemos desatar las enseñanzas del Concilio del patrimonio doctrinal de la Iglesia, sino ver cómo se insertan en él, cómo son con él coherentes, y cómo aportan al mismo, testimonio, incremento, explicación y aplicación».

«No estaría en lo cierto quien pensase que el Concilio representa un desasimiento, una ruptura, o como algunos piensan, una liberación de la enseñanza tradicional de la Iglesia».

Lo que Maritain calificó como «cronolatría» —y que ha sido tal vez una parte de la «desconocida grieta» por la que, según afirmó el propio Pablo VI, se había infiltrado en la Iglesia «el humo de Satanás»— ha sido probablemente el motivo más profundo de la constante tendencia a olvidar aquella advertencia pontificia.

Sin duda por esto se ha podido dar en algunos sectores del pensamiento católico una actitud como de sorpresa ante la publicación del nuevo *Catecismo de la Iglesia católica*.

Era perfectamente previsible, por la misma naturaleza y finalidad del texto, aprobado y promulgado por la autoridad de la Santa Sede como «exposición de la fe de la Iglesia y de la doctrina católica», que en éste se habían de reafirmar y sistematizar las verdades que la Iglesia propone —en su magisterio ordinario o extraordinario— para ser creídas como reveladas por Dios, y aquellas verdades conexas con el misterio salvífico que la Iglesia tiene también misión de proponer a los hombres en cumplimiento de su mandato divino.

Recientemente ha recordado Juan Pablo II que el hecho de que el nuevo texto haya de entenderse como dirigido a facilitar la redacción de catecismos locales, no significa que sea en sí mismo sólo un «estadio previo». Dirigido por el Papa «a los pastores de la Iglesia y a los fieles, se ofrece a todos aquellos que deseen conocer mejor las riquezas inagotables de la salvación».

\*Artículo publicado en *CRISTIANDAD*, núms. 743-745, de abril-mayo-junio de 1993.

Con rectitud de intención y disponibilidad obediencia hacia los pastores de la Iglesia, un cristiano laico no tiene que esperar, para nutrirse del sano alimento espiritual que se le ofrece, a que grupos formadores de opinión, pretendidamente apoyados en los conocimientos de los «expertos», condicionen y mediaticen su lectura del *Catecismo*.

Por lo mismo, como está en su derecho a leerlo, según le invita el propio Papa, está también en su derecho a expresar públicamente su agradecimiento a la Cátedra Apostólica por el precioso don.

Estas líneas no quieren ser sino esto: un testimonio de agradecimiento. No pretenden, en razón de su necesaria brevedad, constituir un «estudio» histórico o teológico sobre el nuevo texto. Con el intento, únicamente, de expresar de un modo fundado nuestro agradecimiento, no hacemos sino apuntar algunas características, y aludir a algunos contenidos del texto.

Éste contiene «cosas nuevas y cosas antiguas», y en él se manifiesta aquel crecimiento y progreso «homogéneo», es decir, «en la misma enseñanza, en el mismo sentido y en la misma doctrina» de que hablaba también el Concilio Vaticano I.

«Fe y doctrina católica». Lo que no contiene el *Catecismo* son «opiniones» ofrecidas a la discusión. Convendría no olvidar que ninguna opinión puede ser, en sí misma, verdad salvífica, ni tiene por qué ser contenido esencial de una tarea de predicación o de catequesis. Por la misma naturaleza de su aprobación y publicación, el *Catecismo* ha de ser recibido como un acto del magisterio ordinario de la Santa Sede, que ofrece a los cristianos un tesoro de verdades que han de ser creídas con fe teológica, o afirmadas con asentimiento cierto, u obedecidas en la vida moral individual y colectiva como cumplimiento de la Ley y voluntad de Dios.

En el *Catecismo* no había de encontrarse derogación o mutación de lo enseñado «siempre, por todos y en todas partes», aunque sí desarrollo, progreso doctrinal, y nuevas aclaraciones e iluminaciones en aquellos ámbitos sobre los que recae la misión del magisterio de la Iglesia.

No ha de causar sorpresa, sino ser motivo de agradecimiento, el que el nuevo *Catecismo* contenga precisamente un abundante tesoro de «reafirmaciones»

de enseñanzas que a veces se olvidaban o arrinconaban, y con ellas, nuevas, y en cierto sentido inesperadas aportaciones, al tesoro perenne de la Iglesia.

La lectura del *Catecismo* constituye desde esta perspectiva una experiencia profunda de la Tradición viva de la Iglesia. Una doctrina sobre Cristo, rica en referencias a los concilios de Oriente y a los Santos Padres que fueron doctores de la Trinidad y de la Encarnación, corona la afirmación de que «el Hijo de Dios es verdaderamente hombre», y su enseñanza de «cómo es hombre el Hijo de Dios», con unos textos del Concilio Vaticano II y de la *Haurietis aquas* sobre «el Corazón del Verbo Encarnado».

La luminosa exposición del artículo del Credo sobre el Espíritu Santo, como la del texto «nacido de María Virgen», se prolonga en desarrollos intrínsecos a los distintos pasajes, con lo que se llega a dar todo un tesoro de doctrina de fe sobre el Espíritu Santo, sobre María, Madre de Dios, Inmaculada en su concepción, «perpetuamente Virgen», «Asunta al Cielo», «Madre de la Iglesia».

La doctrina de la salvación se apoya en una fundamentada exposición sobre el pecado original y sus efectos en la humanidad. No es sorprendente, pero sí es muy digno de ser ponderado y agradecido, que en el *Catecismo* resplandezca la fidelidad a la Tradición católica, sobre cuya vigencia y validez habían tenido que formularse advertencias reiteradas en los últimos pontificados.

El *Catecismo* tiene una característica propia en su amplitud de horizonte ecuménico. Como se ha notado autorizadamente, el Papa se muestra en él, en verdad, sucesor de Pedro, y no sólo «Patriarca de Occidente». Fuentes patrísticas, litúrgicas y jurídicas de las Iglesias de Oriente ambientan sus desarrollos en muchas cuestiones sobre los sacramentos y sobre la oración.

Un doble desarrollo, en sí mismo nada complejo e integrado por elementos compatibles, encontramos en la parte moral. Podríamos decir que la obra de los doctores de la Iglesia Tomás de Aquino y Alfonso María de Liguori confluye en la sucesiva sistematización sobre la vida en Cristo, realizada por la actuación de las virtudes y de los dones del Espíritu Santo –que aparecen con firmeza serena y como algo ya adquirido en la Iglesia en cuanto a su función en aquella vida– y regulada y juzgada según la divina Ley expresada en el Decálogo.

No quisiera omitir en este testimonio de agradecimiento la alusión a la estimulante presencia de las palabras de los santos y de los autores espirituales, que apoyan e iluminan con su misteriosa experiencia la palabra divina en la Iglesia santa a través de los siglos.

Este *Catecismo*, en su vertiente de exposición de la «Doctrina católica», propone a la enseñanza

catequística parte substancial de la «Doctrina social católica», lo que constituye sin duda un importante desarrollo y renovación, o más bien incorporación de «cosas nuevas» al tesoro permanente.

Que mantenga la afirmación de la «licitud» de la aplicación de la pena de muerte por el poder político es también un signo de continuidad, no sólo con lo que enseñó Pío XII, sino con lo que en tiempo de Inocencia III se exigía admitir a los «valdenses» que volvían a la Iglesia (en una carta al arzobispo de Tarragona de 1208; véase DS 795).

Si quisiéramos aludir a otro punto sobre el que se ha suscitado cierta polémica desorientadora, el de la ordenación reservada exclusivamente a los varones, convendría observar dos cosas. En primer lugar, recordar en este punto lo que afirmaba san Agustín en un escrito defendiendo el uso de la Iglesia acerca del Bautismo: «Las cosas que no hallamos en las escrituras de los Apóstoles, ni en los concilios de sus sucesores, pero que vemos custodiadas por toda la Iglesia, creemos que han sido por los mismos Apóstoles transmitidas y establecidas» (Rouet de Journel núm. 1623).

En segundo lugar, convendría atender al hecho de que, al hablar del sacramento del Orden, el *Catecismo* afirma que «el sacerdocio ministerial está al servicio del sacerdocio común en orden al desarrollo de la gracia bautismal en todos los cristianos» (núm. 1547). Ordenación de todo lo más «determinado» –carismas, ministerios, institutos religiosos– a lo más universal y común, que es la gracia santificante y al cumplimiento perfecto de los preceptos divinos. La santidad no es «de consejo», ni reservada a los ministros sagrados, sino vocación universal del cristiano, lo que afirmó ya santo Tomás y queda por lo general poco advertido.

Concorde con la doctrina del Concilio Vaticano II, el texto del nuevo *Catecismo*, a la vez que puede constituir un rayo de luz para laicos y ministros ordenados, aclara también el sentido servicial, de respuesta a una elección divina para el bien del pueblo cristiano, de la ordenación sagrada, que no tiene nada que ver con el tema de «la igualdad de los derechos» de los hombres o con «la dignidad de la mujer».

Que el *Catecismo* no pretenda por su naturaleza proponer nuevas «definiciones» a la enseñanza dogmática de la Iglesia, no puede ser tomado como pretexto para ignorar las aportaciones, algunas de ellas muy enriquecedoras, a la sistematización que presenta de la doctrina católica, en especial en el campo de verdades de orden racional inseparablemente conexas con la fe.

Con aquel ánimo de expresión de agradecimiento, y sin intento de análisis o de comprensión sistemática, me atrevo a aludir como ejemplo a algunos iluminadores pasajes: sobre la revelación del Nom-

bre inefable «Yo soy el que soy», el *Catecismo* afirma (213): que «contiene la verdad que sólo Dios ES. En este mismo sentido la Tradición de la Iglesia ha entendido el nombre divino: Dios es la plenitud del Ser y de toda perfección... mientras todas las criaturas han recibido de Él todo su ser, Él sólo es su ser mismo y es por sí mismo todo lo que es». No podría dejar de notar que aquí, a la vez que se confirma, como Tradición de la Iglesia, una exégesis del texto bíblico que bastantes consideraban pasada de moda o superada por los nuevos conocimientos, se utiliza un lenguaje muy vecino, por no decir idéntico, al que adoptó santo Tomás de Aquino para la «definición metafísica de Dios» y para la interpretación del pasaje aludido.

Lo mismo podría decirse del modo en que el *Catecismo* afirma que «es una verdad inseparable de la fe en Dios creador que Dios actúa en las operaciones de sus criaturas. Es la causa primera que opera en y por las causas segundas» (308).

Si se hubiesen tenido siempre presentes los reiterados testimonios del magisterio eclesiástico sobre la coherencia con el misterio revelado de la sistematización filosófica elaborada por santo Tomás de Aquino, esta presencia del lenguaje del Doctor Angélico en puntos dogmáticos o necesariamente conexos con el dogma no causaría a nadie desazón.

En realidad, hallamos no sólo citada abundantemente la obra de santo Tomás de Aquino en la exposición doctrinal del *Catecismo*, sino que éste nos trae la significativa y enriquecedora «sorpresa» de citar, en su número 318, con la referencia a DS 3624, el texto de la vigesimocuarta de las célebres «24 tesis» aprobadas durante el pontificado de san Pío X por la «Congregación de Estudios» el 27 de julio de 1914.

Si recordamos que aquel decreto no hacía sino dar una interpretación auténtica de la directiva pontificia según la cual «el apartarse de santo Tomás, principalmente en las cuestiones metafísicas, no se hará nunca sin grave detrimento», advertiremos mejor la trascendencia del hecho de que una de aquellas tesis haya sido incluida para precisar el sentido de una enseñanza, de carácter dogmático, en la que se sostiene que «ninguna criatura tiene el poder infinito que es necesario para crear en el sentido propio de la palabra». No olvidemos que varios docto-

res escolásticos, anteriores y posteriores a santo Tomás, e incluso éste en sus primeras obras, sostuvieron tesis opuestas a las que se expresaron en aquella «tesis», que entonces se aprobó como perteneciendo a los «principios y enunciados mayores del Doctor Angélico».

Quisiera terminar este breve testimonio de agradecimiento a la Cátedra Apostólica recordando una iluminadora observación sobre la vida de la Iglesia que oí reiteradamente formular al padre Ramón Orlandis, el que fue mi maestro: la infalibilidad del Magisterio se refiere a la palabra con la que la Iglesia enseña, y no es invalidada por los que llamamos «gestos», «imponderables ambientales», o «significativos silencios», como algunos se han complacido siempre en invocar. El silencio no deroga la palabra y quien calla no dice nada. Mucho menos puede ser «la moda» impuesta por razones «culturales», según las que se exalta la especial autoridad de ciertas líneas «teológicas», un criterio apto de discernimiento.

La «cronolatría» de que hablábamos ha sido causa de que se haya tendido a dar por «superado» y arrinconado para siempre, todo aquello que parece haber sido silenciado y que se ha tratado de hacer olvidar. Algunos se habrán sorprendido así de ver reaparecer doctrinas definidas en Trento sobre la «confesión», el Sacrificio eucarístico, la presencia real y la «transubstanciación». Cuando el magisterio pontificio recordaba tales enseñanzas dogmáticas, se aludía entonces a cierta pervivencia de actitudes «conservadoras» o «preconciliares».

Entiendo con plena convicción que es un motivo profundo de agradecimiento que el texto del nuevo *Catecismo*, al reafirmar un tesoro abundante de enseñanza tradicional en el campo de la fe y de la doctrina católica –mencionemos la preciosa sistematización sobre la doctrina de la Iglesia sobre la libertad religiosa como desarrollo del primer precepto: «a Él sólo darás culto», que incluye la referencia a las encíclicas *Libertas* de León XIII y *Quas primas* de Pío XI, así como a la *Quanta cura* de Pío IX– nos haya venido a «despertar del sueño», y a hacer brillar ante la faz de la Iglesia y de todos los hombres la perennidad de la doctrina y su crecimiento y desarrollo homogéneo «en la misma enseñanza, en el mismo sentido y en la misma doctrina».

## LA FE CATÓLICA EXPRESADA EN EL CATECISMO

**148** La Virgen María realiza de la manera más perfecta la obediencia de la fe. En la fe, María acogió el anuncio y la promesa que le traía el ángel Gabriel, creyendo que «nada es imposible para Dios» (Lc 1,37; cf. Gn 18,14) y dando su asentimiento: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,38). Isabel la saludó: «¡Dichosa la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!» (Lc 1,45). Por esta fe todas las generaciones la proclamarán bienaventurada (cf. Lc 1,48).



# El Catecismo en la historia de la Iglesia<sup>1</sup>

LAURA INDART LUNA

**H**oy en día es fácil para cualquiera de nosotros acceder a un catecismo para conocer personalmente nuestra fe, para enseñarla a nuestros catequizandos o para dar razones profundas de nuestra esperanza.

Sin embargo, no siempre ha sido así, pues los catecismos han sido fruto de muchos años de vida cristiana. Las primeras comunidades no podían tener recogido en un escrito qué era objeto de la fe y qué no, ya que los desarrollos dogmáticos fueron posteriores. En cualquier caso, muy pronto aparece en la historia de la Iglesia lo que podría ser considerado de alguna manera el primer catecismo: el Credo, o Símbolo de los Apóstoles, que recoge todo lo que los primeros cristianos creían; tras aprenderlo, lo recitaban para profesar su fe bautismal. Es, en palabras de san Jerónimo, un «compendio de las Escrituras».

¿Por qué surgen estas fórmulas de fe, fáciles de entender y memorizar, precisas en su formulación y contenido? La necesidad de evangelizar, de que no hubiera lugar a confusiones teológicas y de que la fe pudiera ser asequible a cualquier persona fuera cual fuese su capacidad de comprensión teológica, fueron la causa de su nacimiento, pues la Iglesia siempre ha sido Madre y Maestra y quiere «que todos se salven y lleguen al conocimiento de la Verdad».

## Origen del término

**L**a palabra *catecismo* tiene su origen etimológico en la palabra griega *katejeo*, que hace referencia al efecto de ampliar el sonido que producían las máscaras usadas por los actores en los teatros. Al latín pasó el verbo *catechizare*, que significa «catequizar», y dentro del vocabulario latino más específicamente eclesiástico encontramos la palabra *catechismus*. En los usos que se recogen en el Nuevo Testamento adquiere ya un sentido muy concreto: dar una instrucción cristiana.

Sin embargo, el primer significado que tuvo la palabra «catecismo» no fue el del libro de doctrina cristiana que conocemos hoy, sino que al principio hacía referencia tan sólo a la enseñanza catequética que recibían los cristianos, ya fuera antes o después del bautismo.

Es muy interesante ver la evolución del término ya que se va adaptando a las diferentes realidades de la época vivida.

## El catecismo desde el siglo II

**A**partir del siglo II, y hasta el siglo V, época de los Padres de la Iglesia, el número de personas que querían ser bautizadas iba en constante aumento, por esto adquiere gran importancia la instrucción catecumenal previa al bautismo. Eran personas adultas las que se bautizaban, y tenían que profundizar en la fe antes de recibir el sacramento. Con el verbo *catechizare* se hacía referencia a esto, así como al aprendizaje posterior una vez bautizados.

## Edad Media

**E**n la Edad Media, desaparece la institución catecumenal para adultos antes de ser bautizados por varias circunstancias; la principal es que la fe había arraigado en la sociedad y se hicieron más frecuentes los bautizos de niños. Se añade a esto que muchos adultos no se bautizaban hasta el momento de su muerte, ya que las penitencias tras la confesión eran muy duras –tampoco era fácil recibir este sacramento– y preferían hacerse cristianos al final de su vida. Además, los pueblos nórdicos tras invadir el Imperio romano acogieron la fe cristiana y multitud de personas recibieron el bautismo sin ocasión de un período largo de catequesis previo a ello.

Por todo esto, en este momento se usa el verbo *catechizare* principalmente para referirse a la instrucción que un niño recibía antes de su bautismo. Durante la celebración del sacramento, el sacerdote preguntaba al niño por medio de sus padrinos sobre su fe: sus respuestas eran la garantía de que en el futuro seguiría siendo catequizado. Va naciendo así la estructura de preguntas y respuestas como modo de transmitir y profesar la fe.

Durante la Edad Media adquiere mucha importancia la familia cristiana y los padrinos como transmisores del *catechismus* al *catechizatus*. También los sacerdotes enseñan el catecismo en las prédicas dominicales y ocasionales, explicando a los fieles a lo largo del año las cuestiones principales de la fe. Nacen en esta época –siglo XII en concreto– los li-

1. Bibliografía: Manuel Matos Holgado y Vicente M.<sup>a</sup> Pedrosa Arés, «Catecismos y Catecismo», Internet.

bros de religión o manuales de la vida cristiana, que todavía no son catecismos pero instruyen sobre los deberes cristianos y los sacramentos.

Para los ministros también existen manuales de predicación: el más clásico en nuestra cultura fue el *Manipulus curatorum*, interesante de señalar porque en él aparece por vez primera la distribución que se usó en los catecismos después: por un lado *quid credendum* (credo), *quid petendum* (padrenuestro), *quid faciendum* (mandamientos) y *quid sperandum* (Cielo, Infierno, Purgatorio).

## Edad Moderna

A partir del siglo xv y xvi el significado de *catechizare* cambia: ya no es dar la catequesis a los que van a ser bautizados, sino a los que ya han sido bautizados. En el siglo xvi nacen muchas escuelas de doctrina cristiana que son, en palabras de L. Csonka, «la forma oficial de enseñanza religiosa para todos los niños de un determinado territorio eclesiástico...una especie de catecumenado organizado para una enseñanza colectiva con personas oficialmente designadas, intentaban además una iniciación a la conducta moral y a la vida eclesial en colaboración con las familias [...] De este modo el catecismo parroquial festivo perdía su carácter de iniciativa privada y venía a ser la nueva forma oficial de catequesis juvenil».

La novedad que acompaña a esto es que esta catequesis empieza a estar centrada en un libro de catecismo. A partir del siglo xiv, pero principalmente del xvi, surgen muchos catecismos, tanto en el mundo católico como en el protestante. Hacía falta una auténtica cristianización de la sociedad, fruto de una conversión sincera, y por ello era necesario cultivar la fe en profundidad.

## Lutero

AUNQUE en la Iglesia ya se venía buscando una forma sencilla de instruir a los jóvenes, Lutero es considerado el padre de los catecismos modernos tras la publicación de su *Katechismus*. Es en este momento cuando la imprenta empezó a tener gran difusión, lo cual contribuyó al gran éxito que tuvo su catecismo.

En él se aprecia la nueva fe que él propone, si bien mantiene las mismas estructuras doctrinales que los demás catecismos. Tiene además un gran carácter pastoral, pues va a lo sustancial –en muchos de los libros de religión se había perdido lo sustancial quedando todo el contenido en un nivel de importancia parecido– y usa un lenguaje sencillo. Fue tanta

la importancia de este catecismo en el mundo protestante que vino a convertirse en norma de fe, siendo incluso sustituto de la Sagrada Escritura.

Tras esto, en el mundo católico empezaron a aparecer otros catecismos, como los tres –mayor, mediano y menor– de san Pedro Canisio, publicados durante la celebración del Concilio de Trento, cuya difusión fue enorme. Tras el Concilio aparece el *Catecismo romano* de san Pío V y a finales del siglo xvi los de san Roberto Belarmino, que tuvieron carácter de oficiales gracias a la recomendación de los papas y fueron los más importantes hasta el *Catecismo* de san Pío X. Asimismo, en España y en los territorios hispánicos los más utilizados fueron los catecismos de Astete y Ripalda.

## Edad Contemporánea

CADA vez era mayor el deseo de que hubiera un catecismo único para toda la Iglesia, deseo que fue propuesto en el Vaticano I pero que no pudo concretarse por la suspensión del Concilio. En el Vaticano II también se planteó, pero se aplazó por diversas dificultades, y fue más adelante cuando se publicó el actual *Catecismo de la Iglesia católica*. Tras su aparición han abundado los catecismos oficiales en numerosos países, fruto de esta unidad que consiguió el *Catecismo*.

Es muy bonito ver cómo la Iglesia sabe transmitir la fe según las necesidades de los diferentes pueblos a los que quiere anunciar el Evangelio. «Por medio de los catecismos locales, la Iglesia actualiza la pedagogía divina que Dios utilizó en la revelación, al adaptar su lenguaje a nuestra naturaleza con su providencia solícita» (DV 13). [...] Los catecismos locales se convierten, así, en expresión palpable de la admirable condescendencia (DV 13) de Dios y de su amor inefable (cf DV 13) al mundo» (DGC 131). Cada catecismo local no es lo que un obispo quiere anunciar a su rebaño, sino que todos ellos son palabra de la Iglesia universal referida a alguien en concreto, atendiendo a la realidad en la que vive. En esto se ve que la Iglesia es católica, universal y verdadera Madre de todos. Además, cada uno de los catecismos oficiales surgidos tras el *Catecismo de la Iglesia católica* forma y debe formar una unidad con él, ya que hay armonía espiritual entre ellos.

Cuando el Evangelio es así predicado en múltiples lenguas, a múltiples razas y culturas, se ve cómo la acción del Espíritu Santo en Pentecostés continúa en la Iglesia pues así como decían «todos los oídos hablar en nuestra lengua las maravillas de Dios» (Hch, 2, 11) también todos los pueblos de la tierra pueden recibir la Palabra de Dios y, acogiéndola en su interior, sentir su amor inefable por ellos.

# El Concilio de Trento y el Catecismo romano

MARTA SERRA BELMONTE

## El Concilio de Trento

EL siglo XVI pasará a la historia de la Iglesia como el siglo de la Reforma protestante. Y el Concilio de Trento (1545-63) se erige como la respuesta vigorosa de la Iglesia ante esta situación. Por tres veces convocado, a lo largo de tres pontificados distintos, esta ecuménica asamblea fue decisiva en su momento histórico y así ha seguido siendo hasta nuestros días.

Pese a que no fue posible lograr su objetivo más inmediato, la ansiada unidad religiosa de Alemania, el Concilio marcó un antes y un después en la historia de la Iglesia. Fue convocado principalmente por dos grandes cuestiones:

Por un lado, no se pretendió ofrecer una exposición completa de todo el patrimonio doctrinal de la Iglesia católica, sino que se ocupó de aclarar los puntos de la fe que habían sido negados o puestos en entredicho por los protestantes. Entre los temas tratados destacamos la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, la definición de los sacramentos y la proclamación de su eficacia, la infalibilidad del magisterio de la Iglesia, el valor de la Tradición y las Sagradas Escrituras y los decretos sobre la universalidad del pecado original y sobre la justificación del hombre.

Por otro lado, se trataba también de hacer una importante reforma interna de la Iglesia, de carácter más disciplinar. Así, se promulgaron una serie de decretos en respuesta a este requerimiento:

- Declaración del deber de residencia de los obispos en sus diócesis.
- La imposibilidad de la acumulación de varios obispados en una persona (por impedir el cumplimiento del anterior decreto).

– La creación de la institución para la formación del clero: el seminario (hasta entonces, los estudios se realizaban en las universidades, pero tras la crisis medieval este sistema era cada vez menos recomendable).

## Historia breve de la redacción del Catecismo

DESDE el primer periodo tridentino (1545-47), preocupaba la necesidad de una síntesis doctrinal, que orientara a los espíritus en aquella atormentada situación. Esta inquietud estuvo en todo momento presente y tomó la forma, ya en el tercer periodo conciliar (1562-63), de un Catecismo para toda la Iglesia.

Bajo la alta dirección del cardenal Seripando comienzan los trabajos de redacción, meses antes de la apertura del Concilio, y continuarán hasta el final de éste, sin llegar a dar con un texto que estuviera en condiciones de ser presentado. Tanto es así que, como comenta Ludwig von Pastor, «en Roma, después de la disolución del Concilio, se consideraba el trabajo del Catecismo sólo como empezado». (L. von Pastor, *Historia de los papas*, Barcelona 1931, vol XVI, p. 23) Fue entonces en el pontificado de Pío IV, y en parte gracias al gran celo que tenía por ello su sobrino san Carlos Borromeo, cuando tuvo lugar la verdadera redacción del *Catecismo romano*.

Empiezan los trabajos de redacción y después de tres años de intenso fragor, y cuando el texto finalmente ya estaba dispuesto para la imprenta, muere Pío IV. En enero de 1566 es elegido el nuevo pontífice, san Pío V, que asume inmediatamente el texto elaborado y designa una nueva Comisión para que lo revisara y lo llevara a la publicación. Así pues, en

## LA FE CATÓLICA EXPRESADA EN EL CATECISMO

**150** La fe es ante todo una *adhesión personal del hombre a Dios*; es al mismo tiempo e inseparablemente *el asentimiento libre a toda la verdad que Dios ha revelado*. En cuanto adhesión personal a Dios y asentimiento a la verdad que Él ha revelado, la fe cristiana difiere de la fe en una persona humana. Es justo y bueno confiarse totalmente a Dios y creer absolutamente lo que Él dice. Sería vano y errado poner una fe semejante en una criatura (cf. Jer 17,5-6; Sal 40,5; 146,3-4).

septiembre de ese mismo año, tres años después de clausurado el Concilio, se publican los primeros ejemplares del *Catecismo* pedido por Trento, con el título:

CATHECHISMUS,  
Ex Decreto Concilii Tridentini,  
AD PAROCHOS,  
PII QUINTI PONT. MAX.  
IUSSU EDITUS

Con esta presentación, la obra se vincula directamente al Concilio de Trento y al papa san Pío V, e informa claramente de su finalidad: está destinado no a los fieles, sino «ad parrochos», a los pastores. Y así lo reconocía el beato Juan Pablo II al decir «[el *Catecismo romano*] ofrece una síntesis de la doctrina cristiana y de la teología recibida de la Tradición para uso de los sacerdotes en su ministerio». De ahí se explica el hecho de que prácticamente de manera simultánea a la publicación en latín del *Catecismo*, viera la luz su publicación en italiano. Y que pocos meses después, también lo fuera en polaco, alemán y otras lenguas vulgares.

### El planteamiento teológico del *Catecismo Romano*

EL *Catecismo* del Concilio de Trento señala, sin lugar a dudas, la cumbre de la catequética católica de la época. La estructura que sigue es: 1. El Símbolo de la fe; 2. Los sacramentos; 3. El Decálogo; 4. El padrenuestro. La corrección más profunda que el *Catecismo* introduce en toda la catequética precedente, de forma totalmente intencionada, consiste en situar la doctrina de los sacramentos no sólo después del Símbolo de la fe, sino entre el Símbolo y el Decálogo.

### *La doctrina católica de la justificación*

Y tanto es así que el itinerario teológico del *Catecismo* no puede ser enteramente comprendido si no se capta por qué el Decálogo sólo puede entenderse cristianamente a partir de la doctrina sobre los sacramentos. En la opción de los redactores del *Catecismo* late la doctrina católica de la justificación y ésta es: antes de proponerle al cristiano *lo que debe hacer*, el *Catecismo* quiere explicarle *quién es y cómo es*, estamos ante el «conoce, cristiano, la dignidad que tienes» de san León Magno. Porque, sólo conociendo la potencia sobrenatural que dimana de su ser en Cristo por el Espíritu Santo, puede el creyente abordar, con ánimo confiado y sin temor servil, el despliegue de la existencia cristiana que se le propondrá en los mandamientos.

Citando directamente el propio *Catecismo* leemos «Por el Bautismo nos incorporamos y nos unimos a Cristo como miembros con su Cabeza. Por consiguiente, así como de la cabeza procede la fuerza que mueve a todas las partes del cuerpo para ejecutar sus propias funciones, así también de la plenitud de Nuestro Señor Jesucristo se difunde sobre todos los que son justificados, la gracia y la fuerza de Dios, que nos hace hábiles para practicar todas las obligaciones de la piedad cristiana». Y lo repite poco después «La bondad de Dios nos da las virtudes, de donde nacen las mismas obras».

### *Diferencia con la doctrina luterana (mandamientos-fe-oración)*

Sin la previa doctrina de los sacramentos, que es doctrina sobre el misterio de la Iglesia y de la justificación, la doctrina sobre los mandamientos sólo podría llevar a la desesperación luterana. Se comprende que Lutero, rompiendo con la Tradición del orden

## LA FE CATÓLICA EXPRESADA EN EL CATECISMO

**157** La fe es *cierta*, más cierta que todo conocimiento humano, porque se funda en la Palabra misma de Dios, que no puede mentir. Ciertamente las verdades reveladas pueden parecer oscuras a la razón y a la experiencia humanas, pero «la certeza que da la luz divina es mayor que la que da la luz de la razón natural» (santo Tomás de Aquino, *S. Th.*, 2-2, q.171, a. 5, 3). «Diez mil dificultades no hacen una sola duda» (J. H. Newman, *Apologia pro vita sua*, c. 5).

**164** Ahora, sin embargo, «caminamos en la fe y no [...] en la visión» (2 Co 5,7), y conocemos a Dios «como en un espejo, de una manera confusa [...], imperfecta» (1 Co 13,12). Luminosa por aquel en quien cree, la fe es vivida con frecuencia en la oscuridad. La fe puede ser puesta a prueba. El mundo en que vivimos parece con frecuencia muy lejos de lo que la fe nos asegura; las experiencias del mal y del sufrimiento, de las injusticias y de la muerte parecen contradecir la Buena Nueva, pueden estremecer la fe y llegar a ser para ella una tentación.

catequético, coloque la Ley –con sus exigencias «imposibles»– en el primer lugar de su catecismo. Desde la fe y los sacramentos, en cambio, la mirada a los preceptos se llena de confianza y de valor. Es ésta una característica de la verdadera espiritualidad católica, que obtiene un alto lugar en el *Catecismo romano*. Por dos veces, una al hablar del Bautismo y otra al introducir el Decálogo, el *Catecismo* hará notar que, desde la gracia que Dios nos da, «todas las cosas puras, todas las cosas justas, todas las cosas santas, nos parecerán también fáciles y agradables».

### Razonamiento del Catecismo

El razonamiento del *Catecismo* viene a ser el siguiente: como Dios por Cristo en el Espíritu Santo me da con sus sacramentos la gracia y todas las virtudes, cuando me mande en el Decálogo la práctica de esas virtudes, podré hacerlo, aunque me vea débil y me cueste, porque tengo en mí una potencialidad divina que supera mis pobres fuerzas humanas. Y «si alguien aduce la excusa de que la debilidad de la naturaleza le impide amar a Dios, enséñesele que ese Dios, que pide nuestro amor, ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo la fuerza de su amor; y que nuestro Padre celestial da ese buen Espíritu a los que se lo piden; y así con razón podemos rezar con san Agustín: *dame lo que me pides y pídemelo lo que quieras*».

El *Catecismo* está convencido de que las obras de justicia señaladas en el Decálogo, y que son las obras del amor, proceden de las virtudes, y de que éstas se nos dan, se recuperan y se aumentan celebrando los sacramentos. En consecuencia, el *Catecismo* del Concilio de Trento ordena el patrimonio tradicional de la doctrina a partir de ésta su fundamental convicción, y aparecen así los sacramentos como el puente que permite transitar al hombre y a la Iglesia desde la fe hasta las obras de la fe.

En consecuencia, el gran estudioso del *Catecismo romano*, Don Pedro Rodríguez, tiene a bien considerar que el *ordo doctrinae* del *Catecismo romano*, en el fondo, no tiene cuatro partes, sino que «se

ofrece en un grandioso díptico tomado de la Tradición, no de la polémica: por una parte, los misterios de la fe en el Dios Uno y Trino profesados (Símbolo) y celebrados (sacramentos); por otra, la existencia humana en la fe desplegada en conducta cristiana (Decálogo) y oración filial (padrenuestro)».

### Intención del modo docente

Un último punto merece ser subrayado, y es éste: el *Catecismo romano* no pretende que la doctrina se entregue a los fieles siguiendo el orden en que él la expone. El proemio del *Catecismo* termina así: «Respecto al *ordo docendi* habrá que emplear el que se considere más acomodado a las personas y al tiempo. Nosotros, apoyándonos en la autoridad de los Santos Padres, que, al iniciar a los hombres en Cristo Jesús e instruirlos en su Ley, comenzaban por la *doctrina fidei*, juzgamos lo mejor explicar primero lo que se refiere a la fe».

Así pues, el *Catecismo* de Trento no propugna ningún dogmatismo metodológico, deja amplia libertad. Pero, para poder hacer esa cambiante exposición, adaptada a las circunstancias, es necesario que los Pastores tengan bien asimilada toda la doctrina expuesta: va destinado a formar teológicamente a los pastores, no a dar recetas pastorales.

Podemos finalizar con la conclusión que sacó el, por entonces, cardenal Ratzinger: «la miseria de la nueva catequesis consiste, en definitiva, en que ha olvidado a ojos vistas la distinción entre el texto y su comentario. El texto, o sea, el contenido propiamente dicho de lo que hay que decir, se diluye cada vez más en su comentario; pero entonces, el comentario no tiene ya nada que comentar, ha llegado a ser su propia medida, y pierde, por lo mismo, su seriedad. Soy de la opinión de que la distinción hecha por el *Catecismo romano* entre el texto de base de las afirmaciones de la fe y los textos hablados o escritos de su transmisión, no es sólo “un” camino didáctico, posible entre otros, sino que pertenece a la esencia misma de la catequesis».

## LA FE CATÓLICA EXPRESADA EN EL CATECISMO

**172** Desde siglos, a través de muchas lenguas, culturas, pueblos y naciones, la Iglesia no cesa de confesar su única fe, recibida de un solo Señor, transmitida por un solo bautismo, enraizada en la convicción de que todos los hombres no tienen más que un solo Dios y Padre (cf. Ef 4,4-6). San Ireneo de Lyon, testigo de esta fe, declara:

**173** «La Iglesia, diseminada por el mundo entero hasta los confines de la tierra, recibió de los Apóstoles y de sus discípulos la fe [...] guarda diligentemente la predicación [...] y la fe recibida, habitando como en una única casa; y su fe es igual en todas partes, como si tuviera una sola alma y un solo corazón, y cuanto predica, enseña y transmite, lo hace al unísono, como si tuviera una sola boca» (*Adversus haereses*, 1, 10,1-2).

# El Concilio Vaticano I y el intento de sacar adelante un nuevo Catecismo

JAVIER ESLAVA URÍA

EL Concilio Vaticano I pasará a la historia por su constitución *Dei Filius* y, muy especialmente, la *Pastor Aeternus*, donde se define la infalibilidad pontificia. Sin embargo, también en sus salas se debatió sobre la constitución de un nuevo Catecismo, que la suspensión apresurada del Concilio hizo imposible.

Estaban los países europeos de ese siglo XIX plagados de catecismos. Desde luego, brillaba por su ausencia la uniformidad y había muchas voces pidiéndola. En España, san Antonio María Claret escribió al papa Pío IX antes del Concilio:

«Considerando...el gravísimo perjuicio que se sigue de la multitud y diversidad de catecismos con que se enseña la doctrina cristiana a los niños y la utilidad tan grande que se reportaría si se uniformase dicha enseñanza, emprendimos realizar tan grave y útil proyecto. Para el acierto escribimos a los señores secretarios de Cámara de todas las diócesis del Reino, a fin de que se sirviesen decirnos por qué catecismo se enseñaba la doctrina cristiana a los niños en las respectivas diócesis. Todos nos honraron con la contestación enviándonos además los libritos o catecismos. A la verdad que quedamos asombrados al ver la multitud y diversidad de los mismos. Los leímos detenidamente; de ellos todos escogimos seis y los enviamos a Roma suplicando al Santo Padre se dignase examinarlos y el que se hallase mejor y más a propósito se dignase a bien señalarlo a fin de que fuese el único catecismo por el cual se enseñase la doctrina cristiana a los niños de todo el Reino».

## El Catecismo en el Concilio

LA comisión disciplinar preparatoria la presidía el cardenal Caterini y la componían eminentes canonistas e historiadores. El 4 de marzo de 1869, haciéndose eco de la necesidad y sugerencias de algunos obispos, acometieron el espinoso problema de unificar el catecismo. Y lo primero era formular un esquema con las bases para su futura elaboración y presentarlo al Concilio.

Desde un principio, quedó bastante clara la división entre los favorables a la uniformidad y los que argumentaban a favor de la libertad, teniendo en cuenta las especialidades de cada país y sociedad.

El 14 de enero de 1870 fue presentada a los padres del Concilio el esquema de la comisión disciplinar conciliar. Las ideas centrales del esquema vienen claramente definidas por los cuatro párrafos existentes:

«1.- Se compondrá y prescribirá un catecismo único para toda la Iglesia teniendo por ejemplo el del Ven. Cardenal Belarmino.

2.- Cuiden los metropolitanos de traducirlo literal y escrupulosamente.

3.- Quedan libres los obispos para editar separadamente instrucciones y explicaciones, dejando intacto el texto conciliar.

4.- Se recomienda a los párrocos el de S. Pío V».

Hecho ya el esquema, tuvieron los Padres un mes para meditarlo y comentarlo. Pasado ese tiempo, se presentó a discusión.

El primer día, 10 de febrero de 1870, fue nefasto para la causa del catecismo único. De los siete padres que intervinieron, cuatro lo impugnaron fervientemente y tres hicieron de él una defensa totalmente tibia. Entre las argumentaciones en su contra, se citaron entre otras: que parece una queja contra los obispos que dieron a luz los catecismos existentes, que supondría extrañeza y escándalo la abolición de los catecismos usados hasta entonces y, sobre todo, que lo desaconseja la diversidad de costumbres y de gentes, que «no puede enseñarse la doctrina cristiana a los chinos como lo hacemos en Londres o París».

Cerró este primer día Dupanloup, obispo de Orleans, quien expuso una lista de graves reproches, usando un tono muy duro. Explicaba que la uniformidad precisa ya se provee lo suficiente con la redacción idéntica del símbolo, oraciones, mandamientos y sacramentos. Atacó asimismo al catecismo de Belarmino, criticó la dificultad insuperable de una traducción literal y respecto a las diferencias de las diferentes regiones, dijo: «Finalmente, ¿cómo queréis que se enseñe un mismo catecismo en América, infestada de protestantes, y en España donde reina una envidiable tranquilidad? No debe expresarse igualmente el *Catecismo* a enseñar en América y en España acerca del protestantismo, pues aquí puede ignorarse el fenómeno mientras que allí hay que fustigarlo».

Y, para terminar, el mismo que era contrario a la

definición de la infalibilidad pontificia por su inoportunidad y que estaba dentro del grupo de los obispos filoliberales, afirmó que «el tal esquema lesiona los derechos episcopales, pues los obispos recibieron directa e inmediatamente de Cristo el derecho de enseñar y ese *Catecismo* es una traba impuesta al tal derecho. Y no sólo queréis imponérselo, sino que sancionemos nosotros mismos el tal menoscabo de nuestra autoridad divina».

El primero fue el peor día para el futuro del *Catecismo* único. Ya al siguiente día, las intervenciones fueron mayormente en sentido contrario. El obispo de Niza, Sola, lanzó la siguiente reflexión: «¿Acaso no habéis experimentado vosotros las funestas consecuencias de la falta de un catecismo universal? En Niza, punto de trasiego y cruce de gentes, acaece encontrarse en una misma parroquia y aun en una misma clase cuatro catecismos de diferentes diócesis con la imposibilidad de atender a los niños según ellos, con la confusión que esto trae consigo y aun indiferencia e incredulidad. A la diversidad se puede atender con notas, apéndices, asteriscos y otras industrias». También rescatamos de este segundo día parte de la intervención del patriarca de Alejandría, Ballerini, contradiciendo a Dupanloup: «Es cierto que los obispos tienen la potestad de enseñar, pero de enseñar no lo que quieran y como quieran, sino de enseñar lo revelado que puede estar contenido en fórmulas y símbolos. No debemos los obispos quejarnos sino felicitarnos de que se nos den fórmulas dogmáticas o catequéticas que sean normas seguras para cumplir nuestro deber».

Después de otras cuatro congregaciones, se pasó de nuevo a la comisión conciliar de disciplina para su refundición. Era mayoritaria la opinión de la imposición del catecismo universal, no tanto de exponer el de Belarmino como ejemplo.

Varios españoles tomaron la palabra. Urquinaona, de Canarias, comentó: «Todas estas diferencias no son tan grandes que obliguen a la Iglesia a la multiplicidad de catecismos. Ciertamente que en tiempo de los Apóstoles existían aún mayores diferencias en los diferentes reinos de la tierra. ¿Creyeron, por eso, que debían componer muchos símbolos? Y si un Símbolo único bastó en aquella casi infinita variedad de costumbres y condiciones, ¿por qué en nuestra edad, en que son menores las diferencias, no ha de bastar un solo catecismo? En tiempo del concilio de Trento había principalmente en Alemania un sinnúmero de

herejías. ¿Acordó, por eso, el concilio se hiciesen muchos catecismos según las diversas herejías? De ningún modo. Quiso que si hiciese un solo *Catecismo* y que éste solo se enseñase. A las necesidades peculiares de cada región atiende el párroco u obispo en su exposición».

Tras pasar por la comisión competente presidida por el Card. Caterini, el resultado fue el nuevo esquema que se sigue:

«1.- La Iglesia cuida de tener catecismo para los niños, como el Tridentino cuidó de dar uno a los párrocos. El de Belarmino se debe a este cuidado.

2.- Se confeccionará uno que suprima la multiplicidad de los existentes y se servirá del de Belarmino y otros insignes para su composición.

3.- Se traducirá fielmente a la lengua vulgar.

4.- Se editarán, conjunta o separadamente, comentarios y aclaraciones del texto.

5.- Se recomienda el catecismo de san Pío V».

El esquema reformado, como se ve, tiene algunas modificaciones surgidas de las enmiendas presentadas en los debates: se tendrán en cuenta también otros catecismos insignes y apreciados por el pueblo, desaparece la expresión «literal» al hablar de la versión y se atenúa con la de «fiel» y se atiende a la petición de algunos Padres que sugiere que se hagan las instrucciones en el mismo texto, no separadamente, aunque distinguiéndose del texto principal.

A este segundo esquema se siguieron algunos viejos reproches de algunos Padres como que no se debería imponer sino que se invite a introducirlo, o que deberían enseñárselo y ellos aprobarlo antes de su imposición, recordando el viejo error conciliarista.

Todas estas reprobaciones fueron contestadas de forma impecable en la disertación final por los Padres que formaban parte de la comisión. Marilley, obispo de Lausana, advierte «no digamos como alguno: «No lo apruebo mientras no lo vea», pues recuerda esto a la incredulidad de Tomás que mereció dulce reproche del Maestro».

Y aquí acaba la vida de un esquema conciliar que nunca llegó a salir a la luz. La guerra franco-prusiana y la consiguiente toma de Roma hicieron imposible la continuación del Concilio. El 20 de octubre de 1870, el beato Pío IX lo declaró suspendido «sine die». Sin embargo, las bases del esquema conciliar quedaron sentadas para cuando se volviera a retomar el asunto de la uniformidad del catecismo.



# El Catecismo Mayor de san Pío X

JOSÉ MARÍA GARCÍA CAMACHO

## De Giuseppe Sarto a Pío X

**E**N la primera mitad del siglo XIX, el 2 de junio de 1835, en una humilde aldea del Norte de Italia, nació a este mundo Giuseppe Sarto, el segundo de diez hermanos, hijos de Juan Bautista Sarto y Marina Sanson. Un chico educado en la fe desde niño por una familia católica y por el párroco de Riese, la aldea de su infancia. La suya era una familia pobre, esforzada en el trabajo diario y piadosa en sus creencias cristianas; de padre cartero y madre costurera, aprendió el joven Sarto todo lo que hay que saber para dar los primeros pasos en el camino de la santidad.

La presencia de Dios que vivían sus padres en el matrimonio, él la asimilaba de forma natural y ya desde muy pequeño mostró un amor por la religión fuera de lo común: desde la colaboración como monaguillo en la Santa Misa, hasta las peregrinaciones al cercano santuario de la Virgen de las Cendriolas, José Sarto dejaba entrever que en su corazón ardía la llama de un fuego muy especial. También tuvo desde niño gran inteligencia e ingenio, lo que le permitió superar con notable éxito todas las etapas que debería abordar como estudiante a lo largo de su vida. A su inteligencia y piedad religiosa se unía un espíritu vivo e impulsivo, contra el que tuvo que luchar gran parte de sus años. En una ocasión, en las enseñanzas de la doctrina cristiana que recibían los niños de la aldea, el párroco quiso premiar a quien supiera la respuesta a una pregunta: «regalaré una

manzana a quien sepa decirme dónde está Dios», y el pequeño José, sin dudarle, se levantó y respondió «¡Y yo le regalaré dos si sabe indicarme dónde no está Dios!».<sup>1</sup> Episodios como este muestran con claridad cómo era el espíritu de este chico, pobre en riquezas terrenales, pero rico en virtudes.

Por estas cualidades y, sobre todo, gracias a la divina Providencia, pudo el pobre de Riese encaminarse hacia el sacerdocio. Como capellán de Tombolo ya dirigió sus primeros sermones al pueblo; sermones que, según varios testimonios, eran tan vivos como él, sermones que hablaban al corazón y encendían en los oyentes el mismo fuego que llevaba en su interior. Pero no era sólo un hombre de palabras, conocía la pobreza en primera persona, por lo que sabía perfectamente cómo era el trabajo del día a día de las gentes de Tombolo, y era también para ellos cercano y trabajador. Como párroco de Salzano continuó su dedicación y entrega al pueblo, desde el altar y desde las calles, nunca se cansó de hacer todo lo posible por llevar a las personas a Cristo, siempre impulsado por su gran anhelo: la salvación de las almas.

Después de unos años de canónigo de Treviso, en 1884, José Sarto fue nombrado obispo de Mantua; él no se consideraba digno de tal cargo, pero una vez aceptado su nombramiento como voluntad de

1. Jerónimo Dal-Gal. *San Pío X*. Publicaciones Cristianidad, Barcelona, 1954, 2ª ed., p. 5.

## LA FE CATÓLICA EXPRESADA EN EL CATECISMO

**496** Desde las primeras formulaciones de la fe (cf. DS 10-64), la Iglesia ha confesado que Jesús fue concebido en el seno de la Virgen María únicamente por el poder del Espíritu Santo, afirmando también el aspecto corporal de este suceso: Jesús fue concebido *absque semine ex Spiritu Sancto* (Concilio de Letrán, año 649; DS, 503), esto es, sin semilla de varón, por obra del Espíritu Santo. Los Padres ven en la concepción virginal el signo de que es verdaderamente el Hijo de Dios el que ha venido en una humanidad como la nuestra:

Así, san Ignacio de Antioquía (comienzos del siglo II): «Estáis firmemente convencidos acerca de que nuestro Señor es verdaderamente de la raza de David según la carne (cf. Rm 1, 3), Hijo de Dios según la voluntad y el poder de Dios (cf. Jn 1, 13), nacido verdaderamente de una virgen [...] Fue verdaderamente clavado por nosotros en su carne bajo Poncio Pilato [...] padeció verdaderamente, como también resucitó verdaderamente» (*Epistula ad Smyrnaeos*, 1-2).



Dios, se dirigió con estas palabras al pueblo que le había sido encomendado:

«Por las almas no me perdonaré cuidados, velas ni fatigas. Mi esperanza está en Cristo, mi fuerza está en Él. Sé que por la salvación de las almas tendré que soportar sacrificios, sufrir ofensas, enfrentarme con tempestades y luchar contra el mal, pero mi pueblo me hallará siempre en mi sitio y siempre lleno de caridad».<sup>2</sup>

Y así sería, inagotable en su vocación, él siempre estaba disponible para todos, en especial para los pobres. Tanto, que muchas veces se quedaba él mismo sin dinero ni vestidos por dárselos a quienes más lo necesitaban. Lleno de caridad, el obispo veía en cada uno de ellos al mismo Jesús de Nazaret. Sin embargo, se equivocaba al pensar que pasaría el resto de su vida con aquellas personas de Mantua; en 1894 le nombraron patriarca de Venecia y desde allí continuaría la misión que Dios le había confiado: «restaurar todas las cosas bajo el imperio de Jesucristo». Allí fue para el pueblo veneciano «eminente apóstol de Dios», tal como le escribió en un soneto un preso de la cárcel de Giudecca, después de recibir una visita del cardenal Sarto.<sup>3</sup>

El 20 de julio de 1903, el papa León XIII cruzó las puertas del Reino Eterno y *Don Giuseppe* se dirigió a Roma. Los venecianos se veían venir que su querido cardenal no iba a volver. Sin embargo él no estaba tan seguro de que así fuera. Cuando sus votos en el cónclave fueron en aumento él expresó: «Soy indigno, soy incapaz. ¡Olvidadme!». Pero, de nuevo, con la misma agonía del nazareno en el huerto de Getsemaní, aceptó el cáliz que Dios le ofrecía, siempre en honor a Su Santa Voluntad. José Sarto se convirtió en *Petrus*, bajo el nombre de Pío X.

## Pío X y el Catecismo

**E**L siempre supo que la mayor caridad que podía tener con su pueblo era encaminarlo por las rectas sendas de la Cristiandad, y para ello debería defenderlo de los ataques recibidos,

2. *Ibíd.*, p. 35.

3. *Ibíd.*, p. 77.

«pues el enemigo de antiguo anda alrededor de este rebaño y le tiende lazos con tan perversa astucia, que ahora, principalmente, parece haberse cumplido aquella profecía del Apóstol a los ancianos de la Iglesia de Éfeso: Sé que... os han asaltado lobos voraces que destrozan el rebaño».<sup>4</sup> Se refería fundamentalmente a dos lobos voraces: uno era el Modernismo, corriente condenada como herética por Pío X por llevar consigo la negación de Dios y de toda dimensión espiritual de las personas; y en segundo lugar la creciente ignorancia religiosa, fuente de grandes males en las almas de los fieles. Para defenderse de estos ataques era fundamental recordar la tradición de la Iglesia, por lo que la enseñanza de las verdades fundamentales de la fe se convirtió en prioridad ineludible. Era muy consciente, por ello, de la importancia que tenía una buena formación en catecismo y doctrina cristiana.

Sin embargo, no sólo como papa se esforzó en llevar a todos los fieles la enseñanza del catecismo: cuando era obispo de Mantua ya se dirigió a sus párrocos con la pretensión de que se esforzaran en su enseñanza a todo el pueblo. En cada una de las parroquias se instituiría la «Escuela de la Doctrina Cristiana», y todos los domingos y fiestas de precepto el párroco explicaría la doctrina cristiana a los niños e, inmediatamente, a los adultos. Con especial dedicación se debería hacer en Adviento y en Cuaresma, con el fin de preparar bien a los niños para la confesión y la comunión. En su segunda visita pastoral, en 1889, el obispo Sarto insistía en este punto a sus párrocos. Al mismo tiempo, ese mismo año, mandó dirigir al entonces papa León XIII la siguiente petición: «Que ordene la redacción de un Catecismo de la doctrina cristiana fácil y popular, en forma de preguntas y respuestas muy breves, dividido en partes, y que lo declare obligatorio para toda la Iglesia».<sup>5</sup> Esta idea ya estuvo presente en el Concilio Vaticano I, cuando Pío IX propuso la redacción de un nuevo catecismo, pero por motivos bélicos no

4. Pío X. *Acerbo nimis*. Cap. I, 1

5. «El Catecismo Mayor de san Pío X, una obra singular que cumple un siglo»: <http://www.religionenlibertad.com/articulo.asp?idarticulo=25419>

## LA FE CATÓLICA EXPRESADA EN EL CATECISMO

**497** Los relatos evangélicos (cf. Mt 1, 18-25; Lc 1, 26-38) presentan la concepción virginal como una obra divina que sobrepasa toda comprensión y toda posibilidad humanas (cf. Lc 1, 34): «Lo concebido en ella viene del Espíritu Santo», dice el ángel a José a propósito de María, su desposada (Mt 1, 20). La Iglesia ve en ello el cumplimiento de la promesa divina hecha por el profeta Isaías: «He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo» (Is 7, 14) según la versión griega de Mt 1, 23.

pudo llevarse a cabo. Tampoco la iniciativa de Pío X tuvo aún todo el impulso que necesitaba para culminarse y tardaría aún unos años en dar fruto.

Su lucha contra la ignorancia de las verdades fundamentales de la fe, necesarias para la salvación, fue constante. Sin haber transcurrido dos meses de su estancia en Venecia, el cardenal habló a los sacerdotes recordándoles la responsabilidad que tenían en sus manos:

«Recuérdese que es obligación sagrada de todo sacerdote el atender a la sublime misión de salvar a las almas, y si en tiempo de guerra cada ciudadano es un soldado, ¿estarán inactivos y desorientados los capitanes mientras hierva tremenda la batalla?».<sup>6</sup>

Por tanto, quedaba claro que la formación no era un deber exclusivo de los fieles, sino, sobre todo, de los sacerdotes, quienes debían esforzarse en enseñar al pueblo la verdad. Les animaba a que pensarán, por encima de todo, en el bien de las almas, pues había muchos hombres que, siendo cultos para el mundo, desconocían el catecismo y lo que creían saber, lo sabían mal. El cardenal Sarto estaba convencido de que éste era el camino más rápido para precipitarse por las sendas del vicio y del pecado.

«El pueblo está sediento de verdad. Désele lo que necesita para la salvación de su alma, y, entonces, instruido por su propio lenguaje, emocionado y conmovido, llorará sus errores y se acercará a los sacramentos divinos».<sup>7</sup>

Una vez nombrado Sumo Pontífice, Pío X continuaría con sus exhortaciones, pero ya no sólo a Mantua o a Venecia, sino a toda la Iglesia universal. El 15 de abril de 1905 publicó la encíclica *Acerbo nimis*, en la que exponía con claridad los males acuciados por la ignorancia religiosa, la importancia de iluminar la razón con su verdadera luz, los deberes de los sacerdotes y, para terminar, unas recomendaciones a todos los párrocos para asegurarse de que la doctrina cristiana se enseñara adecuadamente. Unos meses más tarde se prescribiría la primera redacción de ese catecismo tan recomendado y buscado por Pío X, basado en los textos catequéticos ya usados en las regiones lombardas. Sin embargo no convenció del todo al Papa, quien en 1909 nombró una comisión para trabajar el texto y hacerlo más adecuado a las circunstancias del momento. Éste es el texto que hoy conocemos.

La muralla contra los *lobos voraces* que acecha-

6. Jerónimo Gal-Dal, p. 68.

7. *Ibid.*, p. 69.

ban el rebaño de la Iglesia fue terminada; el 18 de octubre de 1912 se colocó la última piedra con la publicación del *Catecismo Mayor*, de san Pío X». La idea fundamental de esta obra no era decir nada nuevo, «*La fe como tal es siempre idéntica*», afirmó el cardenal Ratzinger, hoy Benedicto XVI.<sup>8</sup> El deseo del Papa era acercar aquellas verdades a todo el pueblo. Otros catecismos anteriores estaban dirigidos a los sacerdotes y podrían resultar demasiado arduos para los fieles; por el contrario, Pío X quería convertir esos contenidos esenciales de la fe en material asequible para todos. Por eso quiso emplear el sistema de preguntas y respuestas, mucho más didáctico y útil para la enseñanza.

Consta de tres capítulos fundamentales: el primero: «De la doctrina cristiana y de sus partes principales», en la que comienza tratando el Credo –Símbolo de los Apóstoles–, luego la oración, los mandamientos de Dios y de la Iglesia, los sacramentos y, finalmente, las virtudes y «otras cosas necesarias que ha de saber el cristiano». El segundo capítulo es una «instrucción sobre las fiestas del Señor, de la Santísima Virgen y de los santos». El tercero y último es el más breve y el único que no sigue el sistema de preguntas y respuestas; se trata de una «breve historia de la religión» en la que se contempla por pasos el Antiguo y el Nuevo Testamento y la historia de la Iglesia.

Esta obra tuvo gran acogida, y aunque oficialmente nunca se cumplió aquella petición del obispo Sarto al papa León XIII, según la cual el catecismo debía ser obligatorio para toda la Iglesia, sí se cumplió la primera parte de la petición, la redacción de un catecismo «popular», manejable para todos los cristianos de buena voluntad y con el que la Iglesia del siglo xx quedó fortificada contra el mal de la ignorancia.

Pío X se entregó por entero a las almas y ya sólo le quedaba ofrecer su vida. El 20 de agosto de 1914 el «Papa de la Eucaristía» encontró el descanso eterno que tanto se merecía. En junio de 1951 sería beatificado y tres años más tarde canonizado. Un proceso considerablemente sencillo, para el que no hubo opositor alguno, y al que ayudaron los muchos milagros que Pío X hizo tanto en vida como después de ella.

8. «Centenario del Catecismo de san Pío X»: <http://tradiciondigital.es/2012/09/19/centenario-del-catecismo-de-san-pio-x/>

# Los catecismos en Cataluña

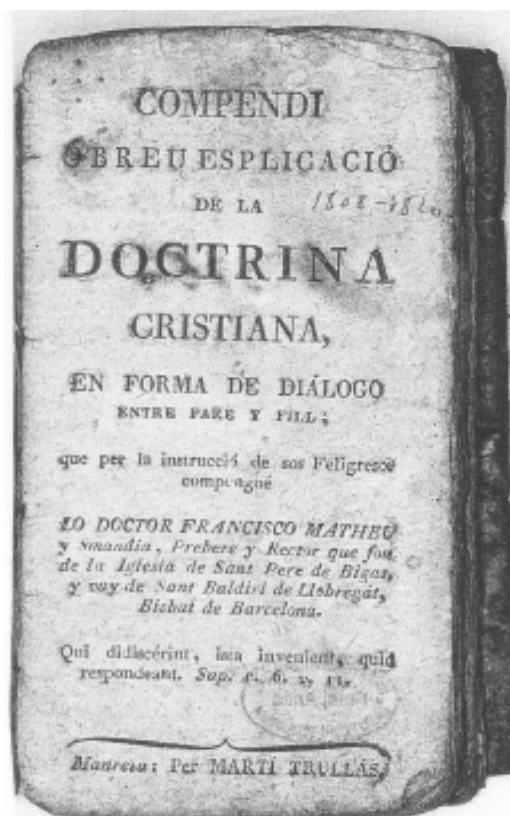
FRA VALENTÍ SERRA DE MANRESA, OFMCAP.

LA Iglesia católica, después de la celebración del Concilio de Trento, con la publicación del *Catecismo Romano*, ofreció en 1566 un gran instrumento a los párrocos para ayudar a la transmisión y enseñanza metódica de los elementos más fundamentales de la fe. Nuestra tradición catalana, de clara identidad cristiana, ya contó desde la época medieval con *La doctrina dels infants* que, hacia el año 1273, elaboró el célebre teólogo immaculista el beato Ramón Llull, y que debemos considerar uno de los textos catequéticos más antiguos de Europa. También, mucho antes de las disposiciones tridentinas sobre la catequesis, en el concilio provincial tarraconense celebrado en Tortosa en el lejano año 1429, ya se acordó elaborar un manual catequético que incorporara todo lo que debe conocer y saber el pueblo de Dios y que, cada domingo, el párroco tenía que explicar desde el púlpito. Además, pocos años después, en el Concilio de Tarragona celebrado el año 1451 ya se preceptuó la enseñanza del catecismo en lengua catalana; una enseñanza que debía centrarse en la explicación del Credo o símbolo de la fe, en la explicación a la oración dominical o padrenuestro (introducción a la vida de oración), junto con una catequesis sobre el decálogo (las obligaciones del cristiano) y algunas reflexiones sobre los novísimos (la gloria celestial y las penas del infierno) que son, más o menos, las partes del actual *Catecismo de la Iglesia católica*, del cual conmemoramos el XX aniversario de su publicación en este Año de la Fe, ya que fue publicado coincidiendo con los XXX años del inicio del Concilio Vaticano II el día 11 de octubre de 1992 con la constitución apostólica *Fidei depositum* del beato Juan Pablo II.

En el marco de la Cataluña del Barroco, con el auge de las misiones populares, especialmente las predicadas en las zonas rurales de Catalunya por los franciscanos de Escornalbou y por los misionistas

capuchinos, se divulgó entre los estamentos populares el librito titulado: *Exercici devot per cada dia que en las suas Missions ensenyan los PP. Caputxins de la Província de Catalunya*, así como

también el texto catequético redactado por el franciscano Francesc Baucells, titulado *Font Mystica y Sagrada*, estampado por primera vez en lengua catalana el año 1704, y que contó con diversas ediciones a lo largo de los siglos XVIII y XIX. La obra del padre Baucells era una amplia explicación doctrinal del catecismo mayor que acababa con un apéndice dialogado en forma de preguntas y respuestas. También fue muy apreciado el *Catecisme de la Doctrina Christiana en forma de diàlogo*, elaborado por el religioso franciscano del convento de Reus, Pau Domènech, que fue estampado en las prensas de la Pontificia Universidad de Cervera por vez primera en el año 1803. No obstante, el texto que contó más ediciones fue el



catecismo redactado por el reverendo Francesc Orriols, del presbiterio de Vic, paborde de Castellterçol, titulado *Diàlegs de la doctrina cristiana*, que se estampó por vez primera en 1718 y que contó con numerosas ediciones; un catecismo solamente superado en éxito y acogida por el *Compendi o breu explicació de la doctrina cristiana en forma de diàlogo*, que elaboró el párroco de Bigues i Sant Boi de Llobregat, Mn. Francesc Mateu Smandia (con más de setenta ediciones) y por la edición del *Catecisme explicat* que preparó san Antonio María Claret, publicado por vez primera en 1848 con expresivas ilustraciones y con muchas ediciones posteriores, convirtiéndose en un libro de gran popularidad en toda Catalunya. También en el año 1872 san Enrique de Ossó, experto predicador y gran catequeta. editó la *Guia pràctica del catequista*, y en el año 1891 publicó el *Catecismo de los obreros y de los ricos*.

No entraremos en esta breve nota histórica en

la descripción meticulosa de las numerosas ediciones de catecismo en lengua catalana, ni tampoco trataremos de las traducciones y adaptaciones al catalán de los célebres catecismos de los jesuitas Gaspar Astete, Jerónimo Ripalda y Domingo Ledesma, ya que durante los siglos XVIII y XIX, los catecismos de la doctrina cristiana fueron los textos más editados y divulgados entre la población de Catalunya. Solamente queremos remarcar que, en la última etapa de la *Renaixensa*, en plena recuperación de la lengua y cultura catalana, al empezar el siglo XX, se reimprimieron, a partir del año 1900, los catecismos en lengua catalana del padre Claret, y la doctrina cristiana del reverendo Mateu Smandia y, sobre todo, se empezó a publicar y adoptar el *Catecismo* del papa san Pío X, del cual se estamparon cuatro ediciones (1911, 1913, 1922 y 1929). En los años previos a la Guerra Civil y a la persecución religiosa de 1936, fueron divulgadas obras de gran interés y utilidad práctica para párrocos y catequistas como,

por ejemplo, las publicaciones del reverendo Joan Tusquets; y, principalmente, la famosa obra editada en 1936 por el beato Josep Samsó, párroco de la basílica de Santa María de Mataró, titulada *Guia per a catequistes* que contó con una gran acogida.

Acompañamos esta nota histórica con la reproducción de la portada de la edición de la *Breu explicació de la Doctrina Cristiana*, del doctor Francesc Mateu Smandia, impresa en Manresa por Martí Trullás, y la portada de una edición de la *Doctrina christiana*, catecismo preparado por el reverendo Francesc Orriols en la estampación efectuada por Francisco Roca, en Reus. A modo de complemento añadimos la reproducción de la portada del famoso catecismo del padre Jerónimo Ripalda, estampado en su lengua original castellana en la imprenta Brusi de Barcelona en el año 1822, en época fernandina, durante el llamado Trienio Liberal o Constitucional, con el título de *Exposición breve de la doctrina cristiana*.

## El «YouCat», un catecismo para los jóvenes

El *YouCat* es un resumen del *Catecismo de la Iglesia católica* con un lenguaje adaptado a los jóvenes. Este catecismo fue un regalo personal que hizo el papa Benedicto XVI a los jóvenes en la Jornada Mundial de la Juventud de Madrid 2011 para que se acercaran más a la fe. Él mismo nos dice: «Queridos jóvenes amigos, ¡Estudiad el Catecismo! Es mi deseo más ardiente». En este Año de la Fe hay que profundizar más en ella y para eso el *YouCat* es una gran ayuda ya que, como nos dijo en una ocasión monseñor José Ignacio Munilla a los jóvenes, el Evangelio hace como una fotografía de Jesucristo y el Catecismo hace una radiografía.

El *YouCat* está estructurado a modo de preguntas y respuestas. Primero está la pregunta, luego aparece en negrita lo que dice el *Catecismo de la Iglesia católica* y por último aparece una pequeña explicación a la respuesta. Además de esto, en los laterales se pueden encontrar unas citas, definiciones o pequeñas explicaciones que tienen que ver con las preguntas.

Como todos los catecismos, el *YouCat* está dividido en cuatro pilares: el primero es lo que tenemos que creer, el Credo; el segundo es lo que tenemos que celebrar, los sacramentos; el tercero, lo que tenemos que vivir, los mandamientos y el cuarto, lo que tenemos que rezar, el padrenuestro. Los cuatro tienen que estar unidos y equilibrados para que no haya el riesgo de centrarse en uno sólo. Por eso lo mejor es hacer una lectura íntegra sin hacer selección, aunque también se puede utilizar para hacer consultas sobre un tema concreto.

Hay muchos jóvenes que tienen dudas sobre el contenido de la fe, de cómo debe ser la práctica sacramental, de cómo contestar ante los continuos problemas de orden moral que se nos plantean día a día. La respuesta a todas estas cosas la podemos encontrar en este *Catecismo*.

Gracias al *YouCat*, los jóvenes pueden profundizar más en la fe y acercarse más a Cristo, pero no sólo los jóvenes; también puede hacer mucho bien a todos los demás.



# La enseñanza del Catecismo sobre el Sacrificio eucarístico\*

JOSÉ M.<sup>a</sup> PETIT SULLÁ (†)

**M**UY completa es la doctrina que acerca de la Eucaristía nos presenta el *Catecismo de la Iglesia católica* recientemente promulgado por el papa Juan Pablo II. Son casi cien los números que dedica a este sacramento, desde el párrafo 1322 hasta el 1419. Será bueno señalar los marcos generales en que se encuadra la doctrina acerca de la Eucaristía, antes de abordar el punto específico que queremos señalar.

Recordemos, desde el comienzo, con el *Catecismo* (núm. 1324), que la Eucaristía es la «fuente y cima de toda la vida cristiana», de tal manera que «los demás sacramentos, como también todos los ministerios eclesiales y las obras de apostolado, están unidos a la Eucaristía y a ellos se ordenan». «La sagrada Eucaristía, en efecto, contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, nuestra Pascua» (PO 5).

La presentación de esta completa doctrina se articula en torno a siete grandes apartados.

En el primero, «La Eucaristía, fuente y cumbre de la vida eclesial», simplemente se nos señala en breves párrafos la singularidad de este sacramento que está por encima de cualquier otro. En el segundo, «El nombre de este sacramento», se nos explica el sentido de los distintos términos con que nos referimos al mismo, a fin de entrar en la gran riqueza de su contenido. En el tercero, «La Eucaristía en la economía de la salvación», se nos introduce en el tema crucial de la Eucaristía como alimento espiritual, atendiendo al relato explícito de su institución y a las figuras que le preceden en la vida, enseñanza y milagros, del Señor. En el cuarto, «La celebración litúrgica de la Eucaristía», se nos explica la celebración de la misa, en su desarrollo histórico y en sus partes esenciales. En el quinto, «El sacrificio sacramental, acción de gracias. Memorial. Presencia», que es el más extenso y teológico, nos descubre la riqueza esencial de la Eucaristía como sacrificio salvador, al mismo tiempo que como presencia continuada entre nosotros que pide adoración y reparación. Este largo y profundo apartado, por cierto, termina con la adoración, desde la fe, de este admirable sacramento tal como lo expresa el canto del

*Adorate devote* de santo Tomás. En el sexto, «El Banquete pascual», complementa el apartado anterior centrándose en la Eucaristía como alimento de vida espiritual y como unión con Cristo y con los hermanos. En el breve apartado final, el séptimo, «La Eucaristía, “pignus futurae gloriae”», nos recuerda que celebramos la Eucaristía «mientras esperamos la gloriosa venida de Nuestro Salvador Jesucristo», en la esperanza de la bienaventuranza de la que la Eucaristía es prenda.

Entremos en una profundización del misterio eucarístico. La misa –dice el *Catecismo* (n. 1382)– es a la vez e inseparablemente dos cosas: el memorial-sacrificio en que se perpetúa el sacrificio de la cruz y el banquete sagrado de la comunión en el Cuerpo y Sangre del Señor. Entre las diversas verdades que nos conviene recordar y reactualizar acerca de la Eucaristía destacaremos en este artículo la primera de las dos afirmaciones anteriores: la de la Eucaristía como sacrificio. En efecto, la Eucaristía tiene a Jesucristo en su doble vertiente esencial: le tiene como Redentor, como Salvador de los pecados de los hombres –según el anuncio del ángel a san José al indicarle el nombre de «Jesús» que debía imponer al niño nacido virginalmente de María su esposa– y le tiene como alimento de vida eterna. Nos centraremos, según la intención de este artículo que hemos anunciado, en la primera dimensión.

La razón de elegir esta temática, que nos parece nuclear, se refuerza porque todos los fieles pueden atestiguar que en los últimos años ha desaparecido prácticamente de la predicación y, en general, del lenguaje homilético, el reconocimiento de la Eucaristía como sacrificio. La palabra *sacrificio* ha sido con excesiva reiteración sustituida por expresiones que, si bien denotan la misma realidad, no significan con la palabra empleada el mismo contenido.

La Eucaristía, como lo enseña el *Catecismo*, puede ser nombrada con varios nombres y cada uno de ellos expresa alguno de sus aspectos, pero sólo uno es el verdaderamente esencial. La riqueza de nombres con que nos referimos a la Eucaristía no debe hacernos olvidar la naturaleza propia de este sacramento. Incluso la arraigada palabra *misa* con que nos referimos a la celebración de este sacramento no significa más que la «misión» a que son envia-

\*Artículo publicado en CRISTIANDAD, núms. 740-742, de enero-febrero-marzo de 1993.

dos los fieles después de la realización de este misterio.

Son plurales y todos verdaderos los nombres con que nos referimos a este santísimo Sacramento, al «Sacramento de los sacramentos». Recordemos algunos, tal como lo enseña el *Catecismo*, porque a través de cada nombre ponemos de relieve alguna de las riquezas de este «admirable» sacramento, como le llamó santo Tomás.

Propiamente, la palabra *Eucaristía* significa «acción de gracias» a Dios, lo que resulta especialmente adecuado porque con él agradamos verdaderamente a Dios en nuestra acción de gracias. Pero evidentemente no expresa todo el misterio de amor y rendición que hay en el mismo. Le llamamos también *Banquete del Señor* porque se trata de la cena que el Señor celebró con sus discípulos la víspera de su pasión.

Asimismo, le llamamos *Fracción del pan* para hacer referencia al rito utilizado por Jesús, en cuyo gesto fue reconocido por los discípulos de Emaús, después de la resurrección. Le llamamos muy propiamente *Memorial del Señor* porque Jesús nos mandó celebrar la Eucaristía «en memoria mía» y ciertamente nos acercamos con esta expresión al núcleo del misterio eucarístico. Se le llama *Asamblea eucarística* porque se celebra visiblemente entre los fieles congregados como Iglesia. Y se le denomina *Comunión*, señalando al carácter efusivo de la Eucaristía, porque con este sacramento nos unimos íntimamente a Cristo, más que con ningún otro. ¿Pero, qué palabra expresa más esencialmente la realidad de la Eucaristía?

Para significar lo que la Eucaristía es y realiza como sacramento hemos de recurrir a la palabra *sacrificio*, porque la Eucaristía actualiza el único sacrificio de Cristo Salvador. De ahí que la expresión *Memorial de la pasión y de la resurrección del Señor*, se ha de entender como una memoria que hace presente el sacrificio salvador de Cristo. La misma palabra sustantiva *sacrificio* puede adjetivarse de diversas maneras, pues es, en efecto, un «sacrificio de alabanza», un «sacrificio espiritual», un «sacrifi-

cio puro y santo», etc. Pero esencialmente sacrificio.

Como hemos dicho, el sentido sacrificial es extraordinariamente puesto de relieve por el nuevo *Catecismo de la Iglesia católica*, citando con abundancia la doctrina del Concilio de Trento. En más de veinte párrafos menciona a la Eucaristía con el nombre expreso de *sacrificio*. En efecto, la riqueza doctrinal, tan completa, no le impide centrar la comprensión de la Eucaristía como santo sacrificio. Al comienzo mismo de la explicación de este sacramento (núm. 1323), citando la constitución del último Concilio, podemos leer:

«Nuestro Salvador, en la última cena, la noche en que fue entregado, instituyó el sacrificio eucarístico de su cuerpo y su sangre para perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el sacrificio de la cruz y confiar así a su esposa amada, la Iglesia, el memorial de su muerte y resurrección, sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de amor, Banquete pascual en el que se recibe a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da una prenda de la gloria futura» (SC 47).

La misma institución de la Eucaristía manifiesta el sentido sacrificial, pues:

Para dejarles (a los hombres) una prueba de este amor, para no alejarse nunca de los suyos y hacerles partícipes de su Pascua, instituyó la Eucaristía como memorial de su muerte y resurrección y ordenó a sus apóstoles celebrarlo hasta su retorno, constituyéndoles entonces sacerdotes del Nuevo Testamento (núm. 1337).

En el orden esencial, nos reitera varias veces el *Catecismo* en su apartado quinto, que «la Eucaristía es el memorial de la Pascua de Cristo, la actualización y la ofrenda sacramental de su único sacrificio, en la liturgia de la Iglesia que es su Cuerpo» (núm. 1362). Y un poco más adelante (núm. 1364) reitera: «Cuando la Iglesia celebra la Eucaristía, hace memoria de la Pascua de Cristo y ésta se hace presente: el sacrificio que Cristo ofreció de una vez para siempre en la Cruz, permanece siem-

## LA FE CATÓLICA EXPRESADA EN EL CATECISMO

**499.** La profundización de la fe en la maternidad virginal ha llevado a la Iglesia a confesar la virginidad real y perpetua de María (cf. Concilio de Constantinopla II: DS, 427) incluso en el parto del Hijo de Dios hecho hombre (cf. San León Magno, c. *Lectis dilectionis tuae*: DS, 291; *ibíd.*, 294; Pelagio I, c. *Humani generis*: *ibíd.* 442; Concilio de Letrán, año 649: *ibíd.*, 503; Concilio de Toledo XVI: *ibíd.*, 571; Pío IV, enc. *Cum quorumdam hominum*: *ibíd.*, 1880). En efecto, el nacimiento de Cristo «lejos de disminuir consagró la integridad virginal» de su madre (LG 57). La liturgia de la Iglesia celebra a María como la *Aeiparthenon*, la «siempre-virgen» (cf. LG 52).

pre actual» y citando al Concilio Vaticano II enseña: «Cuantas veces se renueva en el altar el sacrificio de la Cruz, en el que Cristo, nuestra Pascua, fue inmolado, se realiza la obra de nuestra redención» (LG 3).

El carácter sacrificial de la Eucaristía se manifiesta ya en las palabras mismas de su institución: «Esto es mi Cuerpo que será entregado por vosotros» y «Esta copa es la nueva Alianza en mi sangre que será derramada por vosotros» (Lc 22,19-20). De ahí concluye el *Catecismo* (núm. 1366): La Eucaristía es, pues, un sacrificio porque representa (= hace presente) el sacrificio de la cruz, porque es memorial y aplica su fruto.

La liturgia católica se centra en la Pascua de Cristo. La Pascua de Cristo es su muerte redentora y su resurrección gloriosa que muestra la eficacia salvadora de su sacrificio. Pues bien, la Eucaristía es la actualización de esta Pascua. Citando al Concilio de Trento, nos recuerda el *Catecismo* esta doctrina en su número 1366:

(Cristo) nuestro Dios y Señor, se ofreció a Dios Padre una vez por todas, muriendo como intercesor sobre el altar de la Cruz, a fin de realizar para ellos (los hombres) una redención eterna. Sin embargo, como su muerte no debía poner fin a su sacerdocio (Hb 7, 24-27), en la última Cena, «la noche en que fue entregado» (I Cor 11,23), quiso dejar a la Iglesia, su esposa amada, un sacrificio visible (como lo reclama la naturaleza humana), donde sería representado el sacrificio sangriento que iba a realizarse una única vez en la cruz, cuya memoria se perpetuaría hasta el fin de los siglos (I Cor 11,23) y cuya virtud saludable se aplicaría a la redención de los pecados que cometemos cada día (Concilio de Trento: DS 1740).

Así precisa el *Catecismo*, citando al mismo Concilio, la relación entre el sacrificio de la cruz y el sacrificio de la Eucaristía en el párrafo siguiente, número 1367:

El sacrificio de Cristo y el sacrificio de la Eucaristía son, pues, un único sacrificio. «Es una y la misma víctima, que se ofrece ahora por el ministerio de los sacerdotes, que se ofreció a sí misma en

tonces sobre la Cruz. Sólo difiere la manera de ofrecer: En este divino sacrificio que se realiza en la misa, este mismo Cristo, que se ofreció a sí mismo una vez y de manera cruenta sobre el altar de la Cruz, es contenido e inmolado de manera no cruenta» (Concilio de Trento: DS 1743).

Por esta razón el sacrificio eucarístico se ofrece por los hombres, tanto vivos como difuntos. La Iglesia misma, como Cuerpo de Cristo, se asocia al sacrificio de su Cabeza y participa de este sacrificio y así la Iglesia puede rezar por los hombres porque está unida a este sacrificio de Cristo.

Más aún, recordémoslo al poner fin a este artículo: todos los fieles también de modo particular (este es el mensaje y el núcleo de la asociación que se llama Apostolado de la Oración, que se expresa en la conocida fórmula de ofrecimiento a Dios Padre) pueden ofrecerse ellos mismos, unidos a Cristo, por todos los hombres y, en particular, por la oración esencial de la Iglesia: la venida del Reino. Así lo expresa el *Catecismo*:

En la Eucaristía, el sacrificio de Cristo es también el sacrificio de los miembros de su cuerpo. La vida de los fieles, su alabanza, su sufrimiento, su oración y su trabajo se unen a los de Cristo y a su total ofrenda, y adquieren así un valor nuevo. El sacrificio de Cristo presente sobre el altar da a todas las generaciones de cristianos la posibilidad de unirse a su ofrenda (núm. 1368).

De nuevo en el número 1383, dentro del apartado dedicado al Banquete pascual, nos recuerda el *Catecismo* el carácter sacrificial de la Eucaristía, en un texto paralelo a aquél con que hemos iniciado este análisis del *Catecismo*:

El *altar*, en torno al cual la Iglesia se reúne en la celebración de la Eucaristía, representa los dos aspectos de un mismo misterio: el altar del sacrificio y la mesa del Señor, y esto, tanto más cuanto que el altar cristiano es el símbolo de Cristo mismo, presente en medio de la asamblea de sus fieles, a la vez como la víctima ofrecida por nuestra reconciliación y como alimento celestial que se nos da. La liturgia expresa esta unidad del sacrificio y de la comunión en numerosas oraciones.

## LA FE CATÓLICA EXPRESADA EN EL CATECISMO

**503** La virginidad de María manifiesta la iniciativa absoluta de Dios en la Encarnación. Jesús no tiene como Padre más que a Dios (cf. Lc 2, 48-49). «La naturaleza humana que asumió no le ha alejado jamás de su Padre [...]; Uno y el mismo es el Hijo de Dios y del hombre, por naturaleza Hijo del Padre según la divinidad; por naturaleza Hijo de la Madre según la humanidad, pero propiamente Hijo del Padre en sus dos naturalezas» (Concilio del Friul, año 796: DS, 619).

# NAVIDAD 2012

*CRISTIANDAD desea a todos sus lectores y colaboradores  
la paz y el gozo de la Navidad*



## EL MISTERIO DE LA NAVIDAD EN EL CATECISMO

**525** Jesús nació en la humildad de un establo, de una familia pobre (cf. Lc 2,6-7); unos sencillos pastores son los primeros testigos del acontecimiento. En esta pobreza se manifiesta la gloria del cielo (cf. Lc 2,8-20). La Iglesia no se cansa de cantar la gloria de esta noche:

«Hoy la Virgen da a luz al Trascendente.  
Y la tierra ofrece una cueva al Inaccesible.  
Los ángeles y los pastores le alaban.  
Los Magos caminan con la estrella:  
Porque ha nacido por nosotros,  
Niño pequeñito  
el Dios eterno»

(San Romano Melodo, *Kontakion*, 10)

**526** «Hacerse niño» con relación a Dios es la condición para entrar en el Reino (cf. Mt 18,3-4); para eso es necesario abajarse (cf. Mt 23,12), hacerse pequeño; más todavía: es necesario «nacer de lo alto» (Jn 3,7), «nacer de Dios» (Jn 1,13) para «hacerse hijos de Dios» (Jn 1,12). El misterio de Navidad se realiza en nosotros cuando Cristo «toma forma» en nosotros (Gal 4,19). Navidad es el misterio de este «admirable intercambio»:

«¡Oh admirable intercambio! El Creador del género humano, tomando cuerpo y alma, nace de la Virgen y, hecho hombre sin concurso de varón, nos da parte en su divinidad» (*Solemnidad de la Santísima Virgen María, Madre de Dios, Antífona de I y II Vísperas: Liturgia de las Horas*).



# Federico Ozanam (1813-1853)

## Preludios de una «Nueva Evangelización»

GUILLERMO PONS PONS

**E**STE profesor de la Sorbona, promotor de unas renovadas actitudes en el ejercicio de la caridad y que, a pesar de su corta vida, se fue ganando un singular prestigio entre los jóvenes de su época, fue beatificado por Juan Pablo II en Notre Dame de París el 22 de agosto de 1997. Al producirse este acontecimiento, el cardenal Paul Poupard escribió en unos apuntes de viaje: «Quiero decirle al Santo Padre después de la celebración lo feliz que estoy porque nos ha dado como modelo a un joven profesor de universidad, padre de familia, radiante de inteligencia de la fe y del amor por los pobres. Dulce rostro de la Iglesia». <sup>1</sup> La figura de Ozanam nos ofrece unos testimonios de vida cristiana que resultan de especial interés en las circunstancias de nuestro tiempo, en relación con la necesidad de revitalizar las raíces cristianas de Europa y de secundar las directrices eclesiales de la «Nueva Evangelización».

### Un entorno familiar alentador y primeros estudios

**E**L ambiente familiar cristiano que circundó a Federico Ozanam, desde su nacimiento en Milán el 23 de abril de 1813, favoreció en gran manera el armónico desarrollo de su mente y de su corazón. Se cumplió en él lo que Juan Pablo II afirmaba acerca de que el amor de un padre y de una madre «está llamado a ser para los hijos el signo visible del mismo amor de Dios». <sup>2</sup> El propio Federico nos dejó por escrito una feliz percepción de su infancia vinculada a su madre, al decir: «Sentado en sus rodillas aprendí a temerte, Señor, y en sus miradas conocí tu amor». <sup>3</sup>

Juan Antonio Ozanam y María Nantas fueron sus padres, y ambos eran de la ciudad de Lyon. Formaron un matrimonio feliz y bien arraigado en los valores cristianos que en esa región del valle del Ródano se habían conservado con notable vigor. El

padre fue un médico que consideraba el ejercicio profesional como una misión recibida de lo alto y que desempeñaba con gran generosidad a favor de los pobres. Era culto y laborioso. Su mujer cultivaba unos ideales muy similares y gozaba prestando ayuda a familias necesitadas. Federico poco antes de morir redactó en Pisa una reflexión piadosa, muy personal, en la que figuraban estas palabras: «Dios me ha hecho la gracia de nacer en la fe». <sup>4</sup> El matrimonio tuvo nueve hijos, de los que sólo sobrevivieron tres, Federico, Alfonso, que fue un sacerdote ejemplar y Carlos, médico como su padre. De los que fallecieron prematuramente, decía Federico que «volaron al cielo para formar la cadena que tiraba hacia allí a los que quedaban aquí abajo». <sup>5</sup>

Por circunstancias de la existencia familiar, Federico nació en Milán, ciudad entonces especialmente relacionada con Francia, pero pronto la familia regresó a su tierra natal. La vida de fe y las obras caritativas de los padres fueron despertando en sus hijos una íntima y casi espontánea inclinación a la vida de piedad y a una entrega generosa a favorecer a los demás, valores que luego se afianzaron mediante la vida de fe y el esfuerzo personal.

Notables fueron los progresos de Federico en los estudios y muy pronto empezó a manifestarse su vocación literaria. Los profesores se pasaban entre sí las composiciones del estudiante, que eran unos escritos sencillos, espontáneos y conmovedores. Su pulcro estilo literario y la belleza de sus pensamientos fueron brillando, a lo largo de los años, a través de sus escritos, de modo que el famoso literato Paul Claudel comparaba las producciones de Ozanam con la maravillosa luz que a través del rosetón de poniente se derrama en la catedral de Lyon y decía: «así de maravillosa es la luminosidad que pasa a través de las palabras que Ozanam escribía un Viernes Santo (1851): la luz se derrama en cada una de las piedras de la catedral de su vida». <sup>6</sup>

Durante los años de adolescencia experimentó un

1. P. POUPARD, «Una esperanza joven», en *30 Días*, 11 (1997), 119, 17.

2. *Familiaris consortio*, 14.

3. PATIVILCA, *Federico Ozanam según su correspondencia*, DDB, Bilbao 1983, p. 19.

4. M<sup>a</sup> TERESA CANDELAS, *Federico Ozanam, un seglar comprometido*, Edit. La Milagrosa, Madrid 1997, p. 46.

5. PATIVILCA, *Federico Ozanam*, cit., p. 17.

6. *Cahiers Ozanam. Bulletin national de la Société de St. Vincent de Paul* n° 78 (1982). Cit. por M<sup>a</sup> TERESA CANDELAS, op. cit., p. 45.

proceso de inquietud espiritual que por algún tiempo le hizo sufrir intensamente, ya que algunas dudas y vacilaciones penetraban en su espíritu. Pero recobró la serenidad gracias a la oración ferviente ante el Santísimo Sacramento y buscando orientación en su profesor de filosofía, P. Noirot. De esta prueba salió decidido a consagrar su vida a la defensa de la verdad.

### Estudiante en París

**A** los dieciocho años, Federico fue enviado a París por su padre a fin de emprender los estudios jurídicos a los que su progenitor deseaba destinarle. Ya entonces se puso de manifiesto su inteligencia aplicada a reflexionar sobre la sociedad de su tiempo. Colaboraba en la prestigiosa revista *L'Abeille française* y refutaba las teorías del socialismo utópico que por entonces se divulgaban en Lyon. En París, al principio, se sentía incómodo y entristecido ante las ideas revolucionarias y anticristianas que se manifestaban aún con fuerza en la capital de Francia.

Felizmente se sintió apoyado por su paisano e ilustre científico A.M. Ampère, quien le orientó y lo introdujo en círculos de valiosos intelectuales, y pudo trabar amistad con autores católicos tan distinguidos como Montalembert, Lacordaire, Chateaubriand y otros, así como supo unir a los estudiantes compañeros suyos de mentalidad cristiana que admiraban su valentía al manifestar sus convicciones cuando eran atacadas por profesores que introducían sus ideas de rechazo a la fe cristiana. Esta defensa de la fe se hizo ya a base de un grupo consolidado, como él lo exponía en una carta a un amigo lionés: «En nuestras filas, de día en día más pobladas, tenemos jóvenes generosos que se han consagrado a esta alta misión, que es también la nuestra. Cada vez que un catedrático levanta la voz contra la Revelación, voces católicas levántanse también para responder. Algunos estamos unidos para este fin. Dos veces he participado ya en esta noble tarea, dirigiendo mis objeciones escritas a estos señores. Nuestras respuestas, leídas públicamente en clase, han producido efecto en el catedrático, que casi se ha retractado y en los oyentes que han aplaudido».<sup>7</sup>

Estas experiencias y su propia afición hacia los estudios históricos y literarios favorecieron el que Federico no se limitara al estudio del derecho, sino que tratara de promover tandas de conferencias que abrieran nuevos horizontes para los estudiantes y les

llevaran a valorar los fundamentos de la fe católica y de la cultura ligada al cristianismo.

El clima favorable a la renovación católica que iba avanzando en Francia durante aquellos decenios iba cobrando fuerzas en el mundo universitario de París, y a Ozanam le cabe una buena parte del mérito de esa labor. Muchos le reconocían una especial capacidad para ampliar el radio de acción a través de la escritura. Así se lo recomendaba vivamente el famoso orador sagrado padre Lacordaire que le escribía de este modo: «No hay excusa que le permita guardar su pluma. No niego que el oficio de la pluma es rudo, pero la prensa se ha convertido en una fuerza tan poderosa que no podemos abandonarla. Escribamos, no para nuestra gloria, sino para la gloria de Jesucristo. Crucifiquémonos en nuestra pluma, y si son pocos los que nos leen, ¿qué importa? La gota de agua que llega al mar contribuyó a crear el río, y el río no muere... En cuanto a usted, debe encontrar motivo de aliento en todo lo que ha publicado hasta ahora. Su estilo tiene vida y esplendor y posee además una erudición que le ayuda. Yo le insto a que trabaje. Si yo fuera el director de su conciencia, no le instaría, le obligaría».<sup>8</sup>

En la formación y en las actividades culturales y apostólicas de Ozanam se conjugan aspectos que para muchos no resultan fáciles de combinar. Se doctoró en Derecho y en Letras; y en ambos campos destacó brillantemente con el desempeño de cátedras de ambas especialidades. Sus escritos abarcan una gran variedad de temas y nunca dio cabida a la hojarasca de mero adorno, sino que trata todos los asuntos con oportunidad y auténtica belleza. Su inmersión en el derecho, la historia y la literatura suscitaron en él una singular capacidad para evaluar los problemas de la sociedad y buscar orientaciones sabias y valederas incluso a distancia de tiempos y de variadas circunstancias.

### Conferencias de San Vicente de Paúl

**N**o debe sorprender el nombre de «conferencias» aplicado a unas asociaciones caritativas, iniciadas por Ozanam y que se han extendido por todo el mundo. Es una denominación enraizada en su origen, pues se halla ligada a los ciclos de conferencias organizadas entre los universitarios de París y destinadas a su formación cultural y religiosa. Muy pronto el inteligente y comprometido joven Federico comprendió que en la vida cristiana y en la labor formativa no se podía prescindir de una actividad caritativa, como se despren-

7. Carta a Enrique Falconnet. 10-febrero-1832. M.T. CANDELAS, op. cit. p. 33.

8. PATIVILCA, *Federico Ozanam*, cit. pp. 123-124.



## Profesor en la Sorbona

**D**ESPUÉS de un breve tiempo de enseñanza del derecho en Lyon, Ozanam obtuvo una cátedra en París, donde brilló extraordinariamente exponiendo el decisivo influjo del cristianismo en la conformación de la cultura europea occidental. Sus clases eran seguidas con innegable interés incluso por quienes no compartían sus convicciones religiosas. El estilo de su exposición enardecía los ánimos, a la vez que con su modestia y su apertura de criterio se ganaba el afecto de alumnos y colegas. Muchos discípulos le esperaban a la salida de clase, deseosos de aprovecharse al máximo de sus comentarios e indicaciones, y gustosos le acompañaban hasta su domicilio.

Su amigo J. J. Ampère, hijo del famoso científico, se expresaba así: «Los que no oyeron al profesor Ozanam, no conocieron lo más personal de su talento: preparación laboriosa, consulta pertinaz de los textos, ciencia acumulada con grandes esfuerzos. Y luego, improvisación brillante, palabra que arrastra y convence. Tal fue su enseñanza. Preparaba sus lecciones como un benedictino y las pronunciaba como un orador. Trabajo doble que terminó con aquella ardiente constitución». <sup>10</sup> En efecto, su salud fue bastante quebradiza a lo largo de toda su vida. Con un trabajo más pausado, quizá se hubiera prolongado su existencia, pero posiblemente no se habría distinguido por la calidez y el vigor que la caracterizaron y que le valieron la apertura de muchos hacia su enseñanza y la fuerza de arrastre de los mensajes que sabía comunicar al corazón de sus amigos y discípulos.

Un testimonio que acredita cuánto bien hizo en sus alumnos consta en una nota escrita que uno de ellos le dejó en la portería de la escuela, y que decía así: «Señor profesor, acabo de oír su lección. Se me hace imposible dejar de creer en lo que usted expresa con poder tan convincente y con tanto fervor. Si puede usted experimentar con ello alguna satisfacción, ¿qué digo?, alguna felicidad, sépalo: antes de oírlo a usted yo no creía en nada. Lo que no habían logrado innumerables sermones, lo ha conseguido usted en un día: usted me ha hecho cristiano. Por ello reciba la expresión de mi dicha y de mi agradecimiento». <sup>11</sup> Este profesor sabía mantener con firmeza los principios de la verdad sin herir a las personas. Era un modelo en esta difícil tarea de conjugar la firmeza de criterio y la suavidad de expresión.

de de la enseñanza evangélica y de la experiencia eclesial.

Ozanam y sus amigos muy pronto se convencieron de que en sus actividades había de abrirse un horizonte más amplio, de modo que se cuidara una dimensión esencial del mensaje cristiano, cual es la de un amor fraterno visible y efectivo. La diversidad de clases sociales y el desconocimiento mutuo existente entre ellas, creaban un fenómeno de desconfianza y de resentimientos. Era preciso facilitar unos encuentros capaces de suscitar un clima de cordialidad y de confianza. La experiencia fue la que convenció a los iniciadores de las «conferencias de caridad» de que unas visitas a los pobres, que se realizaran con sencillez y sin muestras de superioridad o paternalismo, constituían un germen de auténticas y fructuosas actitudes de caridad cristiana. Pronto esta labor se extendió por todas partes.

Con una lúcida visión de futuro hablaba Ozanam a los miembros de la Conferencia de Caridad de Lyon y les decía: «¡Ya las luchas políticas se ven eclipsadas por las luchas sociales!... Lucha entre la pobreza y la riqueza. Entre el egoísmo que quiere arrebatar y el egoísmo que no quiere soltar. Terrible habrá de ser el choque entre estos dos egoísmos, si no se interpone entre ellos la caridad cristiana, si no se convierte ésta en medianera, con la omnipotencia del amor, entre el pobre poderoso por su número, y el rico, fuerte por su poder». <sup>9</sup> Dios quería servirse de la humildad y la bondad que derramaban las conferencias de caridad para el triunfo del amor que dimana del misterio de la encarnación.

9. Ibid., pp. 97-98.

10. Ibid., p. 152.

11. Ibid., pp. 153-154.

## Matrimonio y vida familiar

FEDERICO quiso descubrir con toda lealtad cuál sería el camino por donde Dios quería llevarle. Comprendió con claridad que el Señor le quería situado en el estado laical en bien del crecimiento del Reino de Dios. También la Providencia le hizo descubrir una futura esposa, cuyos ideales estaban en plena sintonía con los suyos. Era María Josefina Amelia, hija de un ilustre profesor de Lyon. El esposo, después de exponer sus puntos de vista, quiso que ella dijera la última palabra sobre el lugar donde habían de morar, que fue París donde en verdad la labor del esposo podía ser más fructífera. La boda tuvo lugar en Lyon el 23 de junio de 1841. En París permanecieron en sabrosa convivencia durante algunos años. El 7 de octubre de 1845 llegó el ansiado fruto de su amor, una niña a la que se puso el nombre de María, que colmó de felicidad a los esposos. Él, cuando pocos años después se sintió cercano a la muerte, daba gracias a Dios de todo corazón por «tener una mujer joven muy querida y una hija encantadora...» a la que ansiaba poder educar, pero todo lo dejaba en manos del Señor, en cuya providencia tanto confiaba.

Cuando, teniendo ya muy quebrantada su salud, en 1852, fue por consejo de los médicos a los Pirineos occidentales, pasó por la comarca donde pocos años después ocurrieron las apariciones de la Virgen en Lourdes. Él con su familia fue a visitar un santuario mariano, cuya historia estaba ligada a la protección dispensada a una joven que en una caída logró agarrarse a una pequeña rama. Todo esto le llenó de consuelo y en una carta lo refería así: «Estuvimos en la peregrinación de Betharram, santuario frecuentado desde el siglo xv; la piedad de los pueblos honra en ese lugar a la Virgen de la Rama de Oro. Esa rama de oro fue ofrecida por una joven que habiendo caído en un torrente cercano, hizo un voto a Nuestra Señora y en ese preciso instante encontró al alcance de su mano una rama a la cual pudo asirse. Yo me he asido también con todas las fuerzas de mi alma a la rama liberadora, a esa que llamamos Consoladora de los afligidos y Refugio de pecadores».<sup>12</sup>

### La belleza del camino de la fe

Los últimos años de la vida de Ozanam, durante los cuales su salud se fue debilitando, aunque con alternativas, su labor consistió especialmente en dar a conocer la hermosura sin igual de la vivencia del mensaje cristiano. Su figura, sin

duda, destaca entre aquellos a los que se refiere Benedicto XVI cuando dice: «Por la fe hombres y mujeres de toda edad, cuyos nombres están escritos en el libro de la vida (cf. Ap 7,9; 13,8), han confesado a lo largo de los siglos la belleza de seguir al Señor Jesús allí donde se les llamaba a dar testimonio de su ser cristianos...».<sup>13</sup> El dar a conocer el misterio de Cristo, presente en su Iglesia, por el «camino de la belleza» (*Via pulchritudinis*) fue, sin duda, uno de los logros de Ozanam. Pudo servirle de incentivo la famosa obra de Chateaubriand *El genio del cristianismo*, aunque nuestro bienaventurado Federico superó a ese escritor del romanticismo, por lo fecundo y armonioso de su estilo y de su espiritualidad.

Hermosos frutos de los viajes y de una estancia bastante prolongada en Italia al fin de sus días, acompañado de su esposa Amelia y su encantadora hija María, fueron diversos escritos de Ozanam, entre los que cabe destacar el titulado *Los poetas franciscanos de Italia en el siglo xiii*. En este estudio pone de relieve la espiritualidad que empañó la vida de aquel país fragmentado, pero lleno de tesoros de cristianismo y de ejemplos de fe. Después de escudriñar los ecos de un pasado antiguo que resuenan a través de inscripciones y monumentos, analiza certeramente los orígenes de la poesía italiana y se detiene a analizar los más exquisitos versos y relatos de la primitiva tradición franciscana.

El mérito de este estudio, muy valioso y lleno de espíritu, no se ha desvirtuado con el paso del tiempo, y todavía a muchos impresiona y seduce su lectura. He aquí cómo se refiere al encuentro de san Luis, rey de Francia, con fray Gil, uno de los discípulos de san Francisco: «Cuando san Luis, con ropa de peregrino, fue a visitar a fray Gil de Perugia, y después de abrazarse estrechamente los dos santos, se separaron sin decirse una palabra, porque sus corazones se comprendían uno a otro, en esta escena reconocemos a aquella sociedad cristiana para la que no existía barrera alguna entre el alma de un rey y la de un mendigo».<sup>14</sup>

El tránsito a la vida eterna de Federico Ozanam tuvo lugar en Marsella, la ciudad presidida por la Virgen de La Garde. Al agravarse sus dolencias, en efecto, decidió regresar a Francia. Le acompañaban además de su mujer y su hija, sus dos hermanos, Alfonso, el sacerdote, y Carlos, el médico. Después de haber recibido con fervor los sacramentos, el 8 de septiembre, festividad del nacimiento de la Virgen María, del año 1853, entregó al Señor su alma, bien afianzada *en la caridad de Dios y en la paciencia de Cristo* (2Ts 3,5).

13. Carta apostólica *Porta fidei*, 13.

14. FEDERICO OZANAM, *Los poetas franciscanos de Italia en el siglo xiii*, Espasa-Calpe, Buenos Aires 1949, p. 171.

12. *Carta al abate Moret*, 14-IX-1852.

# «Los dos pueblos [el judío y el cristiano] han recibido la misma bendición, y las promesas de eternidad que permiten avanzar con confianza hacia la fraternidad»

*Durante su viaje al Líbano Su Santidad Benedicto XVI firmó la exhortación apostólica Ecclesia in Medio Oriente (20 de septiembre de 2012), redactada a partir de las 44 proposiciones finales del Sínodo especial para Oriente Medio que tuvo lugar entre el 10 y el 26 de octubre de 2010. Estos son algunos de sus párrafos:*

Son muchos y profundos los vínculos entre cristianos y judíos. Ambos están anclados en un precioso patrimonio espiritual común. Ciertamente, comparten la creencia en un Dios único, creador, que se revela y se alía con el hombre para siempre, y que por amor desea la redención. También tienen la Biblia, que en gran parte es común para judíos y cristianos. Para unos y para otros, es «Palabra de Dios». El común recurso a la Escritura nos acerca. Por otra parte, Jesús, un hijo del pueblo elegido, nació, vivió y murió como judío (cf. Rm 9,4-5). También María, su madre, nos invita a redescubrir las raíces judías del cristianismo. Estos estrechos lazos son un bien único, del que todos los cristianos se sienten orgullosos y deudores al pueblo elegido. Pero aunque el carácter judío del «Nazareno» permite a los cristianos saborear gozosos el mundo de la promesa y los introduce de manera decisiva en la fe del pueblo elegido uniéndolos a él, la persona y la identidad profunda de este mismo Jesús los separa, puesto que los cristianos reconocen en Él al Mesías, el Hijo de Dios.

Conviene que los cristianos sean más conscientes de la profundidad del misterio de la encarnación, para amar a Dios con todo su corazón, con toda su alma y con toda sus fuerzas (cf. Dt 6,5). Cristo, el Hijo de Dios, se hizo carne en un pueblo, en una tradición de fe y en una cultura, cuyo conocimiento no puede sino enriquecer la comprensión de la fe cristiana. Los cristianos han acrecentado este conocimiento por la aportación específica dada por Cristo mismo con su muerte y resurrección (cf. Lc 24,26). Pero han de ser siempre conscientes y estar agradecidos de sus raíces, pues, para que el injerto en el árbol antiguo pueda prosperar (cf. Rm 11,17-18), necesita la savia que viene de las raíces.

Las relaciones entre las dos comunidades creyentes han estado marcadas por la historia y por las pasiones humanas. Ha habido numerosas y reiteradas incomprensiones y desconfianzas recíprocas. Las persecuciones insidiosas o violentas del pasado son inexcusables y merecedoras de una neta condena.

Sin embargo, a pesar de estas tristes situaciones, las aportaciones mutuas a través de los siglos han sido tan fecundas que han contribuido al nacimiento y florecimiento de una civilización y de una cultura conocida como judeo-cristiana. Es como si estos dos mundos, que se declaran diferentes y contrarios por diversos motivos, hubieran decidido unir sus fuerzas para ofrecer a la humanidad una aleación noble. Estos lazos, que unen y separan al mismo tiempo a judíos y cristianos, les deben abrir a una nueva responsabilidad de unos respecto a otros, de unos con otros, pues los dos pueblos han recibido la misma bendición, y las promesas de eternidad que permiten avanzar con confianza hacia la fraternidad.

La Iglesia católica, fiel a la enseñanza del Concilio Vaticano II, mira con estima a los musulmanes que ofrecen un culto a Dios, especialmente mediante la oración, la limosna y el ayuno; que veneran a Jesús como un profeta, aunque sin reconocer su divinidad, y que honran a María, su Madre virginal. Sabemos que el encuentro del islam y el cristianismo ha tomado a menudo la forma de controversia doctrinal. Lamentablemente, estas diferencias doctrinales han servido de pretexto a unos y otros para justificar, en nombre de la religión, prácticas de intolerancia, discriminación, marginación e incluso de persecución.

A pesar de esta constatación, los cristianos comparten con los musulmanes la misma vida cotidiana en Oriente Medio, donde su presencia no es nueva ni accidental, sino histórica. Al formar parte integral de Oriente Medio, han desarrollado a lo largo de los siglos un tipo de relación con su entorno que puede servir de lección. Se han dejado interpelar por la religiosidad de los musulmanes, y han continuado, según sus medios y en la medida de lo posible, viviendo y promoviendo los valores del Evangelio en la cultura circundante. El resultado es una simbiosis peculiar. Por tanto, es justo reconocer la aportación judía, cristiana y musulmana a la formación de una rica cultura, propia de Oriente Medio.

# Cristo revela el sentido profundo de la historia

*Palabras de Benedicto XVI en la audiencia general  
del 12 de septiembre de 2012*

Queridos hermanos y hermanas:

El miércoles pasado hablé de la oración en la primera parte del Apocalipsis; hoy pasamos a la segunda parte del libro, y mientras que en la primera parte la oración está orientada hacia el interior de la vida eclesial, en la segunda se dirige al mundo entero. La Iglesia, en efecto, camina en la historia, es parte de ella según el proyecto de Dios. La asamblea que, escuchando el mensaje de san Juan presentado por el lector, ha redescubierto su propia tarea de colaborar en el desarrollo del Reino de Dios como «sacerdotes de Dios y de Cristo» (Ap 20, 6; cf. 1, 5; 5, 10), se abre al mundo de los hombres. Y aquí emergen dos modos de vivir en relación dialéctica entre sí: el primero lo podríamos definir el «sistema de Cristo», al que la asamblea se siente feliz de pertenecer; y el segundo es el «sistema terrestre anti-Reino y anti-alianza puesto en práctica por influjo del Maligno», el cual, engañando a los hombres, quiere realizar un mundo opuesto al querido por Cristo y por Dios (cf. Pontificia Comisión Bíblica, *Biblia y moral. Raíces bíblicas del comportamiento cristiano*, 70). Así pues, la asamblea debe saber leer en profundidad la historia que está viviendo, aprendiendo a discernir con la fe los acontecimientos, para colaborar, con su acción, al desarrollo del Reino de Dios. Esta obra de lectura y de discernimiento, como también de acción, está vinculada a la oración.

Ante todo, después del insistente llamamiento de Cristo que, en la primera parte del Apocalipsis, dice siete veces: «El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a la Iglesia» (cf. Ap 2,7.11.17.29; 3, 6.13.22), se invita a la asamblea a subir al cielo para contemplar la realidad con los ojos de Dios; y aquí encontramos tres símbolos, puntos de referencia de los cuales partir para leer la historia: el trono de Dios, el Cordero y el libro (cf. Ap 4,1-5,14).

El primer símbolo es el trono, sobre el cual está sentado un personaje que san Juan no describe, porque supera todo tipo de representación humana; sólo puede hacer referencia al sentido de belleza y alegría que experimenta al estar delante de Él. Este personaje misterioso es Dios, Dios omnipotente que no permaneció cerrado en su cielo, sino que se hizo cercano al hombre, estableciendo una alianza con él; Dios que, de modo misterioso pero real, hace sentir su voz en la historia bajo la simbología de los relámpagos y

los truenos. Hay varios elementos que aparecen alrededor del trono de Dios, como los veinticuatro ancianos y los cuatro seres vivientes, que alaban incesantemente al único Señor de la historia.

El primer símbolo, por lo tanto, es el trono. El segundo es el libro, que contiene el plan de Dios sobre los acontecimientos y sobre los hombres; está cerrado herméticamente con siete sellos y nadie puede leerlo. Ante esta incapacidad del hombre de escrutar el proyecto de Dios, san Juan siente una profunda tristeza que lo hace llorar. Pero existe un remedio para el extravío del hombre ante el misterio de la historia: alguien es capaz de abrir el libro e iluminarlo.

Aparece aquí el tercer símbolo: Cristo, el Cordero inmolado en el sacrificio de la cruz, pero que está de pie, signo de su Resurrección. Y es precisamente el Cordero, el Cristo muerto y resucitado, quien progresivamente abre los sellos y revela el plan de Dios, el sentido profundo de la historia.

¿Qué dicen estos símbolos? Nos recuerdan cuál es el camino para saber leer los hechos de la historia y de nuestra vida misma. Levantando la mirada al cielo de Dios, en la relación constante con Cristo, y abriéndole a Él nuestro corazón y nuestra mente en la oración personal y comunitaria, aprendemos a ver las cosas de un modo nuevo y a captar su sentido más auténtico. La oración es como una ventana abierta que nos permite mantener la mirada dirigida hacia Dios, no sólo para recordarnos la meta hacia la que nos dirigimos, sino también para permitir que la voluntad de Dios ilumine nuestro camino terreno y nos ayude a vivirlo con intensidad y compromiso.

¿De qué modo el Señor guía la comunidad cristiana a una lectura más profunda de la historia? Ante todo invitándola a considerar con realismo el presente que estamos viviendo. Entonces el Cordero abre los cuatro primeros sellos del libro y la Iglesia ve el mundo en el que está insertada, un mundo en el que hay varios elementos negativos. Están los males que realiza el hombre, como la violencia, que nace del deseo de poseer, de prevalecer los unos sobre los otros, hasta el punto de llegar a matarse (segundo sello); o la injusticia, porque los hombres no respetan las leyes que se han escogido (tercer sello). A estos se suman los males que el hombre debe sufrir, como la muerte, el hambre, la enfermedad (cuarto

sello). Ante estas realidades, a menudo dramáticas, la comunidad eclesial está invitada a no perder nunca la esperanza, a creer firmemente que la aparente omnipotencia del Maligno se enfrenta a la verdadera omnipotencia, que es la de Dios. Y el primer sello que abre el Cordero contiene precisamente este mensaje. Narra san Juan: «Y vi un caballo blanco; el jinete tenía un arco, se le dio la corona y salió como vencedor y para vencer otra vez» (Ap 6, 2). En la historia del hombre ha entrado la fuerza de Dios, que no sólo es capaz de equilibrar el mal, sino incluso de vencerlo. El color blanco hace referencia a la Resurrección: Dios se hizo tan cercano que bajó a la oscuridad de la muerte para iluminarla con el esplendor de su vida divina; tomó sobre sí el mal del mundo para purificarlo con el fuego de su amor.

¿Cómo crecer en esta lectura cristiana de la realidad? El Apocalipsis nos dice que la oración alimenta en cada uno de nosotros y en nuestras comunidades esta visión de luz y de profunda esperanza: nos invita a no dejarnos vencer por el mal, sino a vencer el mal con el bien, a mirar a Cristo crucificado y resucitado que nos asocia a su victoria. La Iglesia vive en la historia, no se cierra en sí misma, sino que afronta con valentía su camino en medio de dificultades y sufrimientos, afirmando con fuerza que el mal, en definitiva, no vence al bien, la oscuridad no ofusca el esplendor de Dios. Este es un punto importante para nosotros; como cristianos nunca podemos ser pesimistas; sabemos bien que en el camino de nuestra vida encontramos a menudo violencia, mentira, odio, persecuciones, pero esto no nos desalienta. La oración, sobre todo, nos enseña a ver los signos de Dios, su presencia y acción; es más, a ser nosotros mismos luces de bien que difundan esperanza e indiquen que la victoria es de Dios.

Esta perspectiva lleva a elevar a Dios y al Cordero la acción de gracias y la alabanza: los veinticuatro ancianos y los cuatro seres vivientes cantan juntos el «cántico nuevo» que celebra la obra de Cristo Cordero, el cual hará «nuevas todas las cosas» (Ap 21, 5). Pero esta renovación es, ante todo, un don que se ha de pedir. Aquí encontramos otro elemento que debe caracterizar la oración: invocar con insistencia al Señor para que venga su Reino, para que el hombre tenga un corazón dócil al señorío de Dios, para que sea su voluntad la que oriente nuestra vida y la del mundo. En la visión del Apocalipsis esta oración de petición está representada por un detalle importante: «los veinticuatro ancianos» y «los cuatro seres vivientes» tienen en la mano, junto a la cítara que acompaña su canto, «copas de oro llenas de perfume» (5, 8a) que, como se explica, «son las oraciones de los santos» (5, 8b), es decir, de aquellos que ya han llegado a Dios, pero también de todos nosotros que nos encontramos en camino. Y vemos que un ángel, de-

lante del trono de Dios, tiene en la mano un incensario de oro en el que pone continuamente los granos de incienso, es decir, nuestras oraciones, cuyo suave olor se ofrece juntamente con las oraciones que suben hasta Dios (cf. Ap 8, 1-4). Es un simbolismo que nos indica cómo todas nuestras oraciones –con todos sus límites, el cansancio, la pobreza, la aridez, las imperfecciones que podemos tener– son casi purificadas y llegan al corazón de Dios. Debemos estar seguros de que no existen oraciones superfluas, inútiles; ninguna se pierde. Las oraciones encuentran respuesta, aunque a veces misteriosa, porque Dios es Amor y Misericordia infinita. El ángel –escribe san Juan– «tomó el incensario, lo llenó del fuego del altar y lo arrojó a la tierra: hubo truenos, voces, relámpagos y un terremoto» (Ap 8, 5). Esta imagen significa que Dios no es insensible a nuestras súplicas, interviene y hace sentir su poder y su voz sobre la tierra, hace temblar y destruye el sistema del Maligno. Ante el mal a menudo se tiene la sensación de no poder hacer nada, pero precisamente nuestra oración es la respuesta primera y más eficaz que podemos dar y que hace más fuerte nuestro esfuerzo cotidiano por difundir el bien. El poder de Dios hace fecunda nuestra debilidad (cf. Rm 8, 26-27).

Quiero concluir haciendo referencia al diálogo final (cf. Ap 22, 6-21). Jesús repite varias veces: «Mira, yo vengo pronto» (Ap 22, 7.12). Esta afirmación no sólo indica la perspectiva futura al final de los tiempos, sino también la presente: Jesús viene, pone su morada en quien cree en Él y lo acoge. La asamblea, entonces, guiada por el Espíritu Santo, repite a Jesús la invitación urgente a estar cada vez más cerca: «¡Ven!» (Ap 22, 17a). Es como la «esposa» (22, 17) que aspira ardientemente a la plenitud del matrimonio. Por tercera vez aparece la invocación: «Amén. ¡Ven, Señor Jesús!» (22, 20b); y el lector concluye con una expresión que manifiesta el sentido de esta presencia: «La gracia del Señor Jesús esté con todos» (22, 21).

El Apocalipsis, a pesar de la complejidad de los símbolos, nos implica en una oración muy rica, por la cual también nosotros escuchamos, alabamos, damos gracias, contemplamos al Señor y le pedimos perdón. Su estructura de gran oración litúrgica comunitaria es también una importante llamada a redescubrir la fuerza extraordinaria y transformadora de la Eucaristía. Quiero invitar con fuerza, de manera especial, a ser fieles a la santa misa dominical en el día del Señor, el Domingo, verdadero centro de la semana. La riqueza de la oración en el Apocalipsis nos hace pensar en un diamante, que tiene una serie fascinante de tallas, pero cuya belleza reside en la pureza del único núcleo central. Las sugestivas formas de oración que encontramos en el Apocalipsis hacen brillar la belleza única e inefable de Jesucristo. Gracias.



AÑO DE LA FE 2012 2013

## Una historia de conversión

### Hermann Cohen

LUIS CUESTA

Hermann Cohen nació en Hamburgo (Alemania) en 1820 en el seno de una acaudalada familia hebrea. Sus padres le proporcionaron una cuidada educación y, estando especialmente dotado para la música, recibió una exquisita preparación. Hermann y su hermano mayor, Alberto, fueron mandados al colegio de más categoría de la ciudad, dirigido por un protestante. En él tuvieron que sufrir de parte de sus condiscípulos, en su mayoría protestantes, a causa de la religión judía de su familia.

A los cuatro años inicia Hermann su formación musical, y a los once ya da conciertos al piano como niño prodigio. Se muda a París y un año después, como discípulo predilecto de Franz Liszt (1811-1886), inicia una carrera brillante como pianista, profesor de piano y compositor.

Las personalidades más relevantes aunque anticatólicas de su tiempo fueron sus amigos íntimos durante su juventud. Por ejemplo, uno de sus maestros fue Felicité de Lamennais, sacerdote que acabó en la apostasía. A George Sand, escritora casada, que abandonó a su familia, y vivió sucesivamente con Mérimée, Musset o Chopin, la acompañó en alguno de sus viajes. Admirador de Voltaire y de Rousseau, también se relacionó con Bakunin y con Victor Hugo.

Cohen, concertista famoso y unánimemente elogiado, conoció a fondo los ambientes más ricos de París, Ginebra, Hamburgo, Venecia. Distinguido, elegante y atractivo, se dejó llevar por su carácter voluble y vanidoso, en una vida de despilfarro y de lujo. También se entregó al juego buscando las grandes emociones.

Un viernes de mayo del año 1847, en París, el príncipe de Moscú, amigo de Hermann, le pidió que le reemplazara en la dirección de un coro amateur en la iglesia de Santa Valeria. Hermann accedió aunque durante el acto final de la bendición con el Santísimo, experimentó «una extraña emoción, como remordimientos de tomar parte en la bendición, en la cual carecía absolutamente de derechos para estar compren-

dido». Sin embargo, la emoción es grata y fuerte, y siente «un alivio desconocido».

Desconcertado, volvió a la iglesia los viernes siguientes y, siempre que el sacerdote bendecía con la custodia a los fieles arrodillados, experimentaba la misma sensación: sentía una emoción tan inenarrable que habría llorado abundantemente si el respeto humano no lo hubiera retenido. No sabía cómo explicar estas emociones desconocidas, extraordinarias, que se apoderaban de él siempre en las mismas circunstancias. Fue el primer toque de la gracia que, meses después, finalizó en la iglesia de Ems, en Alemania, adonde Hermann se había trasladado para dar un concierto. Era el 8 de agosto y asistió a la misa:

«En el momento de la elevación, sintió de pronto, a través de sus párpados, un diluvio de lágrimas que no cesaban de correr abundantemente a lo largo de sus mejillas. Mientras las lágrimas le estaban así anegando, de lo más profundo del pecho, le surgían los más dolorosos remordimientos por toda su vida pasada... Al salir de esta iglesia de Ems, era ya, de corazón, cristiano».

Hermann Cohen necesitó poco tiempo para aprender lo necesario para bautizarse. El 28 de agosto, día de san Agustín, en la capilla de Nuestra Señora de Sión, recibió las aguas del bautismo, y tomó el nombre de Agustín María Enrique. Él mismo dice, hablando de los íntimos sentimientos que experimentó al recibir el bautismo:

«...de pronto, mi cuerpo se estremeció y sentí una conmoción tan viva, tan fuerte, que no sabía compararla mejor que con el choque de una máquina eléctrica. Los ojos de mi cuerpo se cerraron al mismo tiempo que los del alma se abrían a una luz sobrenatural y divina. Me encontré como sumido en un éxtasis de amor...».

Una vez bautizado se empeñó en atraer a los judíos a la fe católica. Por consejo de varios de sus nuevos amigos, expresó este deseo a monseñor De la Bouillerie, vicario de París. Éste





le aconsejó dejar estas intenciones por el momento, y dedicarse por entero a su formación cristiana. Igualmente, y por consejo de monseñor De la Bouillierie, se dedicó a saldar sus numerosas deudas derivadas del juego. Hermann Cohen las pagó a fuerza de conciertos y, tras vencer diversas dificultades, pudo, por fin, cumplir su anhelo de ingresar en el Carmelo.

Mientras tanto, y antes de su profesión como carmelita, Cohen se sentía especialmente atraído por los templos en los que se exponía el Santísimo Sacramento. Un día, en la iglesia del convento de las carmelitas se puso a rezar, sin darse cuenta del paso de las horas y sin percibirse de que llegaba la noche. Una hermana dio la señal de cerrar la iglesia. Entonces, Hermann dijo a la religiosa: «Saldré de aquí cuando lo hagan aquellas personas que están al fondo de la capilla». «No saldrán en toda la noche», respondió la hermana. Cohen protestó, porque quería quedarse también, pero ante la inflexible respuesta de la hermana, tuvo que salir. Se dirigió inmediatamente a casa de monseñor De la Bouillierie: «Acaban de hacerme salir de una iglesia, exclamó, en la que unas cuantas mujeres estarán toda la noche ante el Santísimo Sacramento...». Monseñor De la Bouillierie respondió: «Bien, encuéntreme hombres y le autorizaré a imitar a esas buenas mujeres, cuya suerte ante Nuestro Señor envidia».

Hermann, con la autorización de monseñor De la Bouillierie, se puso a buscar hombres de fe, ávidos como él de agradecer al Jesús de la Eucaristía sus beneficios, entregándole su sa-

crificio. El 22 de noviembre de 1848, diecinueve hombres se reunieron en torno a monseñor De la Bouillierie, en casa de Hermann Cohen, en la calle Universidad. Del acta de aquella primera reunión es el fragmento siguiente:

«... con la intención de fundar una asociación que tendrá por objeto la exposición y adoración nocturna del Santísimo Sacramento, y la reparación de los ultrajes de que es objeto...».

La primera noche de adoración se celebró el 6 de diciembre de 1848, en el santuario de Nuestra Señora de las Victorias, de París. A partir de este momento, la Adoración Nocturna se expandió rápidamente por las parroquias de París y de otras ciudades francesas.

En 1849 Hermann ingresa en el Carmelo. Una vez ordenado presbítero, el padre Hermann, con muchos viajes y trabajos, fue la fuerza más eficaz tanto para la extensión del Carmelo como para la difusión de la Adoración Nocturna en Francia y fuera de ella. En 1862, el arzobispo y cardenal de Westminster consiguió del papa Pío IX que el padre Cohen fuese enviado a Londres para fundar allí un Carmelo. El 6 de agosto, día en que se cumplía un año de la llegada de Cohen a Londres, la Adoración Nocturna Inglesa celebró su primera vigilia en la capilla del Carmelo de Kesington. En poco tiempo, la Adoración Nocturna se extendió por gran parte de las islas. Más tarde, con otros compañeros, consiguió que ocho condenados a muerte se convirtieran y murieran en la fe católica, ante la sorpresa e incredulidad de sus carceleros y de la de más de treinta mil personas que acudieron, como a un espectáculo, al suplicio.

En el año 1870, fruto de la guerra con Prusia, Napoleón III expulsó a todos los ciudadanos de origen prusiano, como era el caso de Cohen. El obispo de Ginebra lo llamó para que se encargara de los cuidados de los prisioneros franceses internados en Prusia. En Berlín, el padre Cohen consiguió que se le nombrase capellán de Spandau, en donde se hacinaban más de cinco mil prisioneros franceses, mal tratados y sumidos en la miseria. Entregado a su apostolado de consuelo, no descansaba: predicaba, confesaba, repartía ropas y alimentos, visitaba a los enfermos, sobre todo, a los atacados por la viruela.

En estas condiciones, con tanto trabajo en condiciones insalubres, no dando reposo a su cuerpo, el padre Hermann contrajo la viruela. El día 15 de enero, ante el avance de la enfermedad, el párroco de Spandau le administró el sacramento de la Extremaunción. El día 20 de enero de 1871, hacia las diez, hizo un pequeño movimiento y, algunos minutos después, el padre Hermann murió. Conforme a sus deseos, fue enterrado en la iglesia de Santa Eduvigis, en Berlín, donde todavía reposan sus restos.



AÑO DE LA FE 2012  
2013

## Los mártires, testigos de la fe

### San Hermenegildo

BALBINA GARCÍA DE POLAVIEJA

Desde la desintegración del Imperio romano de Occidente en el siglo V, los visigodos dominaban la península ibérica y convivían con hispanorromanos y bizantinos que, especialmente en el sur y sudeste de la península, constituían la población mayoritaria. El rey Leovigildo aspiraba a la unificación y pacificación de España bajo su gobierno. Su proyecto consistía en convertir la monarquía visigoda en hereditaria, con la intención de evitar nuevos conflictos sucesorios.

Dentro de su proyecto unificador, era condición indispensable que el arrianismo se convirtiera en la religión del reino, pues mientras perdurasen las diferencias religiosas la unidad política sería imposible. Con este fin el rey ordenó medidas que facilitarían la conversión de los católicos hispanorromanos al arrianismo, pero a pesar de todos sus esfuerzos no tuvo el resultado que esperaba, ya que muchos obispos y fieles se negaron a aceptar la herejía que negaba la divinidad de Jesucristo, aunque su resistencia les supuso perder su hacienda y en muchos casos ser expulsados del reino. Pero lo que Leovigildo no imaginaba era que su propio hijo, Hermenegildo, se convertiría en el mayor obstáculo para la imposición del arrianismo.

Hermenegildo había sido arriano desde su nacimiento. A los quince años fue casado con Ingunda, princesa de origen franco y católica. Cuando Ingunda llegó a la corte, empezó a sufrir maltratos por parte de Gosvinda, casada en segundas nupcias con Leovigildo. Gosvinda había sufrido el asesinato de su hija por un príncipe católico, y por este motivo tenía un odio feroz a todo lo católico. Al parecer, la situación se hizo tan difícil para el joven matrimonio, que Leovigildo decidió enviar a su hijo y a su nuera a Sevilla.

En Sevilla, gracias a la influencia de Ingunda y a las conversaciones con el obispo san Leandro, Hermenegildo terminó convirtiéndose

a la fe católica y bautizándose. El amor y el ejemplo de su mujer fue el instrumento del que Dios se sirvió para abrir su corazón a la verdad y disponerle a recibir la predicación de san Leandro.

La noticia fue mal recibida por Leovigildo y tomada como un desafío a su autoridad. Además, los hispanorromanos de Sevilla vieron en el príncipe recién convertido un baluarte que los defendería frente a las imposiciones de los visigodos y su intento de imponer el arrianismo. Leovigildo acudió con sus tropas a Sevilla para castigar a su hijo, que había pedido ayuda a los bizantinos para defenderse de su padre. El general bizantino fue sobornado por Leovigildo, y Hermenegildo, traicionado, perdió la ciudad de Sevilla y huyó a Córdoba. Antes había puesto a salvo a su mujer y su hijo en el norte de África, bajo la protección de los bizantinos. Ingunda murió en el camino hacia Constantinopla y el niño fue entregado a su abuelo materno.

En Córdoba, Hermenegildo buscó asilo en una iglesia. Su hermano Recaredo fue a su encuentro con el ofrecimiento de darle la libertad si accedía a pedir perdón a su padre por su rebelión, sin obligarle a renunciar a la fe católica. Pero era una trampa. Cuando Hermenegildo siguió a su hermano, fue hecho prisionero y encarcelado. Llevado a Tarragona, continuaron las presiones para que apostatará de la fe católica. Su padre le envió un obispo arriano para que le llevara la comunión, y como Hermenegildo se negó a recibirla de sus manos, fue ejecutado el 13 de abril del año 585, con sólo veinte años.

El fruto de su martirio no se hizo esperar. Un año más tarde fallecía su padre, después de recomendar a Recaredo la conversión a la religión católica, que este abrazó inmediatamente. Y el 8 de mayo del 589, en el III Concilio de Toledo, el pueblo visigodo abjuraba solemnemente del arrianismo, abrazando la religión católica. Por fin, la unidad tan deseada por Leovigildo se conseguía, pero no bajo la som-



*Retablo de san Hermenegildo de la iglesia de San Idefonso de Sevilla (Pedro Roldán, 1674)*

bra de la herejía, sino a la luz de la verdadera fe católica.

Dentro de la península, ninguno de los contemporáneos de Hermenegildo escribió una sola frase en alabanza de su martirio. Los cronistas de la época, como Juan de Bícclaro y san Isidoro de Sevilla, quizá preocupados por la recién lograda unidad nacional, y con el deseo de evitar cualquier apariencia de asociación de la Iglesia con una rebelión contra la autoridad real, prefirieron pasar por alto la historia del príncipe mártir o referirse a ella como un episodio meramente político.

Lo que parece claro es que Hermenegildo actuó movido por un deseo sincero de defender la fe católica. Estuvo dispuesto a perder la consideración y el aprecio de su propio padre, pasando por un mal hijo y un traidor; además, tuvo que ver alejarse a su mujer y a su hijo, separándose de ellos para siempre, y mantuvo su fidelidad a la verdad hasta el final, negándose a recibir la comunión de manos de un obispo arriano. Ni siquiera recibió el reconocimiento de sus propios hermanos en la fe después de muerto. Pasaron siglos antes de que se reconociera en su martirio la semilla que dio como fruto la conversión de los visigodos y la unidad de España en la fe católica.

Lo más impresionante de la historia de san Hermenegildo es constatar cómo puso a Dios por encima de todo, como expresa la carta que se le atribuye, dirigida a su padre: «Sé muy bien lo que os debo a vos como padre y como monarca de quien soy el más humilde vasallo, pero tampoco ignoro lo que debo a mi Dios y Señor: suya es mi alma, suyo todo mi ser; y antes que faltar a lo que mi conciencia me obliga, antes que abandonar la religión católica, que libre y espontáneamente he abrazado con pleno convencimiento de su veracidad, dispuesto estoy a perderlo todo, el cetro, la corona, y aun la vida misma».





AÑO DE LA FE 2012 2013

## Doctores de la fe

### San Agustín

MIGUEL ÁNGEL BELMONTE

La enorme figura de san Agustín se levanta en la historia de la Iglesia como un pilar firmísimo que enlaza dos épocas. Por un lado, la época de los Padres de la Iglesia, entre los cuales destaca por ser el autor más prolífico (más de mil obras escritas, además de centenares de cartas y sermones); por otro lado, la Edad Media, en que su autoridad es constantemente apelada como medio especialmente útil para resolver cuestiones, como dirá el mismísimo santo Tomás de Aquino. Y la continuidad de su influencia, no siempre bien aprovechada, se deja notar en estas palabras de Pío XI, con ocasión del mil quinientos aniversario de su *dies natalis*: «Él no sólo fue luz puesta en el candelero, exterminador de toda herejía y guía para la salvación eterna de sus contemporáneos sino maestro y consolador para las sucesivas generaciones de fieles cristianos e incluso en nuestro tiempo le debemos en gran medida que, entre los creyentes, la fe se mantenga esplendorosa y la caridad no deje de arder. Incluso es de sobras conocido el hecho de que no pocos alejados de Nos, o extraños absolutamente a la fe, son atraídos por la excepcional sublimidad y dulzura de sus escritos» (carta encíclica *Ad salutem*, de 30 de abril de 1930, inicio).

La biografía de este gran obispo africano resulta inseparable de su doctrina teológica. O quizás habría que decir que su doctrina teológica revela el sentido providencial de su historia vital personal. En cualquier caso, una y otra se complementan a la vez que se distinguen con nitidez. Si hay algo que no es san Agustín es romántico o narcisista.

Veamos a continuación los cinco puntos más destacados de su enseñanza y cómo sintonizan con su experiencia personal: la novedad del cristianismo; la bondad de las criaturas; la firmeza de la fe y del conocimiento racional; el sentido de Iglesia; la primacía de la gracia y la afirmación de la libertad humana.

En primer lugar, san Agustín, que era una per-

sona educada en los cánones de la cultura clásica precristiana y había conocido la seducción estética de Virgilio y la de los espectáculos circenses más vulgares, supo desenmascarar el paganismo y mostrar todo lo que en él había de falsedad y de demoníaco. Sin tibieza alguna, discute imaginariamente con Cicerón y con Quintiliano, con Celso y con Porfirio, con Varrón y con Salustio. Y de esas discusiones siempre obtiene el santo material para que resplandezca la magnífica superioridad de la religión cristiana, superioridad que le viene sencillamente de ser la única verdadera. En *De doctrina christiana*, por ejemplo, defiende la recta utilización de elementos técnicos, retóricos y estilísticos proporcionados por esa cultura ya decadente, siempre con el fin de facilitar la recepción correcta del mensaje evangélico y, en especial, con el fin de acercarse adecuadamente a la interpretación de las Escrituras. En esta misma línea, su crítica a la inmoralidad existente en las celebraciones del culto y a la inconsistencia teológica de los dogmas del paganismo, especialmente en *La ciudad de Dios*, resulta una victoria decisiva en la historia de la extensión de la Iglesia y la superación hasta caer en el olvido de los ritos antiguos.

En segundo lugar, san Agustín tuvo el coraje de enfrentarse a la secta en la que él mismo había estado semicautivo durante casi una década en su juventud: los maniqueos. Éstos defendían la existencia de un principio eterno del mal coeterno al principio del bien. Así justificaban, por cierto, el mal moral, como algo de lo que no tenía culpa nuestra voluntad sino que éramos canales inevitables de la difusión del mal. Contra esta postura, impía y cómoda a la vez, san Agustín descubrirá el mal como privación. El mal, sin entidad propia, no puede más que arraigar en una naturaleza a la manera de una ausencia de orden. Incluso cuando obramos por pura malicia, como en el famoso robo de las peras en que participó con unos amigos



*San Agustín*, por Philippe de Champaigne

a la edad de 16 años, demuestra san Agustín que el mal no tiene entidad propia sino que requiere de un substrato, de una naturaleza, tanto en cuanto al que obra como en cuanto a su objeto.

En tercer lugar, san Agustín es el gran precursor de santo Tomás por lo que se refiere a la realidad del conocimiento y a la relación entre fe y razón. Bien que con una terminología menos precisa –porque no habían cristalizado todavía ciertas fórmulas teológicas– que la del Aquinate, en san Agustín encontramos la defensa del sentido común contra el escepticismo (mucho antes del «pienso, luego existo» ya decía él «si dudo, existo»). La razón anhela la fe –no entenderíamos nada si no empezáramos por creer algo y a alguien–; la fe busca entender, porque la fe es de realidades verdaderas, ¿cómo no iban a ser también realidades que queramos entender en la medida de lo posible? Y de tal esfuerzo nace el *De Trinitate*, obra la más difícil y no apta para cualquiera. El mismo san Agustín se enfadó al saber que circulaban algunos de sus capítulos antes de que él los hubiera revisado. Y el enfado estaba motivado tanto por el temor de haber deslizado alguna incorrección teológica como, especialmente, por el temor de que su lectura no aprovechara a según qué inteligencias.

En cuarto lugar, san Agustín fue un gran amante de la Iglesia, como cuerpo místico de Jesucristo. No en sentido sociológico, pues nunca tuvo afán por influir en Roma o en la corte imperial ni pensaba en clave humana, sino que la veía siempre desde la perspectiva sobrenatural que es, al fin y al cabo, la más verdadera. Su lucha contra el cisma donatista ha sido a veces malinterpretada como un signo de su intolerancia. En cualquier caso, fue su obligación como obispo actuar con contundencia, no sólo escribir (y fueron muchos los escritos antidonatistas) y cumplió fielmente con su labor de pastor. No olvidemos que fue durante más de cuarenta años pastor de almas como obispo de Hipona; aunque siempre nos sea más fácil recordar sus primeros treinta años, tan bellamente explicados por él mismo en las *Confesiones*. En esta obra tan singular, precisamente, habla a menudo de la Iglesia como «tu Católica» (la única católica, la católica por excelencia), alabando la acción redentora de Cristo que actúa por medio de ella para hacerse presente entre los hombres. Y, para que nadie se engría, afirmará rotundamente en *La ciudad de Dios* que la pertenencia externa, visible, a la Iglesia, no es suficiente garantía de ser ciudadano del cielo. Las dos ciudades, la terrena y la celeste, están en este mundo mezcladas y sólo corresponde a Jesucristo juzgar cuál sea la ciudadanía de cada uno. San Agustín combinó perfectamente el *compelle intrare* («oblígales a entrar») con el *sinite crescere* («dejadles crecer»). El primero, para justificar el ímpetu frente a los cismáticos; el segundo, para no olvidar que el discernimiento definitivo corresponde a Dios.

En quinto y último lugar, hay que destacar su lucha contra el pelagianismo. Consistía éste en una exagerada atribución de poder a la voluntad del hombre en la consecución de su propia salvación. Lo cual, por cierto, acarreaba no sólo una visión teológica equivocada sino también una incomprensión de la misma libertad humana. Para san Agustín, negar la libertad humana era tan impío como negar la absoluta prioridad de la gracia divina. No otra era la experiencia del propio santo respecto a la acción de la gracia y su primacía en su propia conversión, modelo para los conversos de cualquier época y lugar, tan magníficamente descrita en las *Confesiones* hasta el punto que de él dice Benedicto XVI: «Cuando leo los escritos de san Agustín no tengo la impresión de que se trate de un hombre que murió hace más o menos mil seiscientos años, sino que lo siento como un hombre de hoy: un amigo, un contemporáneo que me habla, que nos habla con su fe lozana y actual» (*Los Padres de la Iglesia. De Clemente de Roma a san Agustín*, Ciudad Nueva, 2008, p. 225).

# La concordancia evangélica en la infancia de Jesús

RAMÓN GELPÍ SABATER  
www.christusregnat.com

Solemos dedicar las festividades importantes del Año Litúrgico a relatar algún episodio de la Vida de Jesús, relacionado con éstas, abandonando temporalmente la narración cronológica. Este año, la Navidad ha coincidido con la publicación del libro de Benedicto XVI, precisamente dedicado a la infancia de Jesús, en el mismo estilo teológico y exegético de sus dos libros sobre la Vida pública de Jesucristo, y en polémica con los escrituristas de corte modernista que suelen negar o relativizar bastantes de los episodios narrados en los evangelios. El primero de estos libros, escrito por Joseph Ratzinger, es decir, antes de ser elegido papa, fue publicado al poco tiempo de iniciarse el pontificado de Benedicto XVI.

Esta vez ha abordado una parte de las más polémicas y discutidas de la vida de Cristo, y se ha propuesto sin duda poner los «puntos sobre las íes» en estas discusiones. Como en los otros dos libros, extrae la conclusión más fiel a los textos, en este caso, de los evangelios de san Mateo y san Lucas, que como sabemos, son los dos únicos que describen, aunque parcialmente, la infancia de Jesús.

Pero en este artículo, nosotros que no somos teólogos ni exegetas no vamos a analizar el libro de Benedicto XVI, cuya lectura es ciertamente recomendable, sino que sentaremos las bases, a un nivel infinitamente más modesto, con la concordancia de los textos de ambos evangelistas, en el estilo en el que solemos presentar la vida de Cristo. Es un análisis temático de los dos textos, similar al que ya realizamos hace dos años.

Este análisis tiene interés, como siempre, porque ayuda a su lectura contemplativa, pero además conviene conocerlo bien, porque existe una pretendida discrepancia entre ambos evangelistas, que ha dado pie a los escrituristas propensos al error modernista, con los que el Papa polemiza, a poner en tela de juicio el relato evangélico de la infancia de Jesús. En efecto, la discrepancia es como veremos sólo aparente, pero los que son capaces de sembrar la duda, acaban relativizando los hechos narrados y se apartan por completo de la verdad evangélica.

## La concordancia entre san Mateo y san Lucas

Veamos ahora, brevemente, la relación de los hechos narrados, con el nombre de su autor:

1.- Lucas: Un ángel anuncia a Zacarías, sacerdote al servicio del Templo, que su mujer Isabel, de avanzada edad y tenida por estéril, va a dar a luz al Precursor, a Juan Bautista.

2.- Lucas: La Anunciación. En Nazaret de Galilea, el arcángel Gabriel se aparece a la Virgen María, desposada pero aún no casada con José, y le anuncia que va a ser Madre de Dios, porque dará a luz al Hijo del Altísimo, por obra del Espíritu Santo. Asimismo le anuncia el embarazo de Isabel, esposa de Zacarías, y prima suya.

3.- Lucas: La Visitación. María viaja a Judea, cerca de Jerusalén, para atender a su prima que ya está en el sexto mes. Juan Bautista recibe el Espíritu Santo desde el seno de su madre, por la presencia de María, embarazada ya del niño Dios.

4.- Mateo: La duda de san José. A la vuelta de María a Nazaret, José, su esposo, percibe su embarazo. San Mateo nos dice que «... José, su esposo, siendo justo, no quiso denunciarla y resolvió repudiarla en secreto ...» y hay autores que ven en esta frase, no una desconfianza, sino la estupefacción ante un hecho incomprensible, que él acepta como sobrenatural. Este repudio secreto, implicaría, para no afectar a la reputación de su esposa, la necesidad de marcharse él mismo de Nazaret, es decir, pasaría por un esposo indigno.

5.- Mateo: Gabriel anuncia a san José. El arcángel Gabriel se encarga de anunciarle la acción de Dios. Se le aparece en sueños, y le participa a él también la Buena Nueva de la venida de Cristo. José recibe en casa a su esposa.

6.- Lucas: El edicto de empadronamiento. San Lucas relata la existencia de un «Edicto de empadronamiento» que obligaría a san José, cabeza de familia, a desplazarse a Belén, el origen de sus antepasados, para inscribirse. Este edicto sería providencial porque además san José acude con María, su esposa, muy cercano ya el alumbramiento.

7.- Mateo y Lucas: Nace Jesús en Belén. Ambos evangelistas coinciden en el nacimiento de Jesús por obra del Espíritu Santo, y en la ciudad de Belén. San Lucas añade el detalle del nacimiento en un aprisco o establo, que la tradición ha situado muy certeramente en una cueva, y añade el motivo: «... no había para ellos lugar en la posada ...».

8.- Lucas: Circuncisión y Presentación. A los ocho

días es circuncidado Jesús, y a los cuarenta presentado en el Templo. San Lucas relata estos episodios con bastante detalle, y cita dos hechos proféticos ocurridos en la Presentación: El encuentro con Simeón, y con la profetisa Ana.

9.- Mateo: Adoración de los Magos. Un hecho realmente sorprendente y singular, al que se llama Epifanía, es decir «revelación exterior». Unos magos gentiles (Probablemente persas y discípulos de Zoroastro) reciben por la Providencia de Dios, a través de sus prácticas o creencias (entre ellas el estudio de los astros) la noticia del nacimiento del Rey de los judíos, y van en su busca para rendirle honores. El hecho de que san Lucas lo omita, no demuestra nada en contra, como veremos a continuación

10.- Mateo: Huida a Egipto. Herodes, enterado por los Magos del nacimiento del «Rey de los judíos» se enfurece de celos contra El. San José recibe un aviso en sueños y huye de noche a Egipto, tierra tradicionalmente de acogida para los israelitas en la antigüedad.

11.- Mateo: Matanza de Inocentes. El históricamente conocido por el crudelísimo Herodes el Grande, manda matar a todos los niños menores de dos años en el entorno de Belén. La vida de este monarca está plagada de hechos similares, incluso en su propia familia.

12.- Mateo y Lucas: Regreso a Nazaret. Es nuevamente un ángel el que, poco tiempo después, avisa a san José de que ha muerto Herodes. San José se pone en camino con María y el Niño; pero es nuevamente advertido de que hay peligro en Jerusalén, y vuelven a Nazaret.

13.- Lucas: El niño Jesús se pierde en el Templo, y es vuelto a encontrar por san José y su madre la Virgen María, tres días más tarde, entre los doctores de la Ley.

## Lo que concuerda

Concordancia absoluta hay sólo en dos puntos, eso sí, fundamentales: El nacimiento en Belén, y el regreso a Nazaret. Ambos evangelistas afirman que Jesús nació en la ciudad de David, aunque san Mateo no cita la estancia anterior de los esposos en Nazaret de Galilea. Probablemente no lo sabía. San Lucas, evangelista posterior a Mateo, sí lo sabía y se cree que fue porque conoció los hechos que narra, de la Sagrada Familia, por boca de la Virgen María.

San Lucas, procedente de Asia Menor y de cultura griega, es decir, gentil, y estaba con san Pablo. Se sabe que permaneció en Jerusalén, durante la prisión de su maestro. Allí se documentó para escribir

su evangelio y seguramente fue allí donde la Virgen pudo explicarle los detalles específicos de la infancia de Jesús y los propios de la Anunciación, etc. Por esto, Lucas conoce más detalles que Mateo, y narra episodios que no aparecen en el primer evangelio.

San Mateo, por su parte, escribe un evangelio bastante rico en detalles pero que, sobre todo, es un texto estructurado y sistemático, como un acta notarial. No sorprende esto dada su profesión anterior: recaudador de impuestos, es decir, hombre letrado; pero aunque fuera cierto, como creen algunos, que este Mateo evangelista no es san Mateo Apóstol, su estilo es de gran solidez narrativa. Es un poco llamativo sin embargo, que sólo él relate la matanza de los Inocentes y la huida a Egipto ¿Acaso lo ignoraba san Lucas? Es posible que la Virgen María no se lo explicara como suponemos. Aparte las penalidades sufridas, este exilio duró muy poco (tal vez sólo unos meses) pues Herodes murió muy pronto, después de su horrible crimen. Los detalles conocidos por san Lucas, como puede verse en el texto, eran más familiares.

La otra concordancia, aunque imperfecta, se produce en el regreso a Jerusalén. Aquí es san Mateo el que proporciona más información y explica que la Sagrada Familia, al volver de Egipto, se encuentra con revueltas y matanzas en Jerusalén y tiene que ir a Nazaret de Galilea. Eso da a entender que san José quería establecerse de nuevo en Belén, la ciudad de sus antepasados, pero se ve obligado a ir a Nazaret, una población mucho más pequeña y modesta.

La coherencia del texto concordado:

Así pues, en los evangelios de la infancia, la concordancia se produce alternando los textos de los dos evangelistas, que encajan perfectamente (véase la relación numerada anterior). Esto ocurre también en el relato evangélico posterior a la resurrección. Hay una cierta diversidad en las narraciones evangélicas tras la resurrección de Cristo. Las cuatro narraciones son coherentes en sí mismas, como ya es habitual en los evangelios, pero no todas narran lo mismo ni se sitúan en los mismos lugares. Pues bien, en los evangelios de la infancia ocurre algo parecido, pero de más fácil resolución porque los evangelistas son sólo dos.

De todas formas, si se lee con los ojos de la fe, la contemplación de la grandiosa obra de Dios y su infinito abajamiento, es imposible no percibir la absoluta coherencia del relato concordado de san Mateo y san Lucas: se puede afirmar que no es posible otra interpretación. Sólo así puede intuirse aunque sea vagamente, de qué modo el Rey de la Creación nace como un indefenso niño, en pobreza y humildad en una cueva, refugio de ganado, y recostado en un pesebre.



## Pequeñas lecciones de historia

### Jesús y el pueblo judío (VIII): las bienaventuranzas en el Antiguo Testamento

GERARDO MANRESA

**J**ESÚS, en su vida pública, enseñaba al pueblo judío fiel siguiendo la piadosa tradición que se hacía en las sinagogas de enseñar lo escrito en el Antiguo Testamento, es decir las enseñanzas de los profetas y los salmos. Él supo, no sólo resumir la doctrina de un modo perfecto, sino darle la máxima expresión y belleza.

Las bienaventuranzas son el ejemplo de ello. Ya aparecen en diversos puntos de los salmos, por ejemplo, en el salmo 1,1: *Bienaventurado el que no sigue el consejo de los impíos*, y en el salmo 32, 1-2: *«Bienaventurado al que.... Le son perdonados sus pecados. Bienaventurado aquel a quien Yahvé no le imputa la iniquidad.»*

En el Sermón de la Montaña Jesús presentó las bienaventuranzas que, sin duda extrajo de las enseñanzas del Antiguo Testamento, no sólo por la letra, sino también por el espíritu.

**1ª Bienaventuranza:** Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el Reino de los cielos, Mt 5,3.

Isaías 57,15: *(Dice Yahvé): Yo habito en un lugar alto y santo, y estoy también con el humillado y abatido de espíritu, para avivar el espíritu de los abatidos, para avivar el ánimo de los humillados*

Salmo 34,3: *En Yahvé mi alma se gloria, ¡oiganlo los humildes y se alegren!*

Proverbios 29,23: *El orgullo del hombre le conduce a la humillación, pero el humilde de espíritu obtiene la gloria.*

Eclesiástico 3,19: *Grande es la misericordia de Yahvé y es a los humildes a quien revela sus secretos*

**2ª Bienaventuranza:** Bienaventurados los que lloran porque ellos serán consolados, Mt 5,4.

Isaías 61,1-2-7: *Por cuanto me ha ungido Yahvé a anunciar la buena nueva a los pobres me ha enviado, a vendar los corazones rotos... para consolar a los que lloran, para darles diadema en vez de ceniza, ... porque su vergüenza había sido doble y tendrán alegría eterna.*

Salmo 34,19: *Yahvé está cerca de los que tienen el corazón roto, los que tienen el espíritu abatido, Él les salva.*

Salmo 125,5: *Los que siembran con lágrimas cosechan con cánticos.*

**3ª Bienaventuranza:** Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra, Mt 5,5.

Salmo 37,11: *Un poco más y ya no hay impío... mas los mansos poseerán la tierra y gozarán de las delicias de una inmensa paz.*

Proverbios 3,34: *(Yahvé) Con los arrogantes es también arrogante, otorga su favor a los mansos.*

**4ª Bienaventuranza:** Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia porque ellos serán hartos, Mt 5,6.

Isaías 55,1: *Oh, vosotros que tenéis sed, venid hacia el Agua.*

Proverbios 21, 21: *«Quien va tras la justicia y el amor hallará vida, justicia y amor».*

**5ª Bienaventuranza:** Bienaventurados los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia, Mt 7.

Eclesiástico 28,2: *Perdona a tu prójimo el agravio, y, en cuanto lo pidas, te serán perdonados tus pecados.*

Testamentos de los Doce Patriarcas, 12:<sup>1</sup> *Un hombre de bien ejerce la misericordia hacia los otros, incluso a favor de los pecadores, y de los que han hecho el mayor mal, porque la misericordia hace pasar el bien por encima del mal.*

**6ª Bienaventuranza:** Bienaventurados los puros de corazón porque ellos verán a Dios, Mt 5,8.

Salmo 11,7: *Yahvé es justo y ama los actos justos, los hombres rectos contemplarán su faz.*

Salmo 24, 3-4: *¿Quién subirá al monte de Yahvé? ¿Quién podrá estar en su recinto santo? ¡El de manos limpias y puro corazón!*

Salmo 51,12: *¡Oh Dios, crea en mí un corazón puro!*

Salmo 73,1: *En verdad bueno es Dios para Israel, el Señor para los de puro corazón.*

**7ª Bienaventuranza:** Bienaventurados los pacificadores, pues ellos serán llamados hijos de Dios, Mt 5,9.

Isaías 2,3-4: *pues de Sión saldrá la Ley, y de Jerusalén la palabra de Yahvé.... No levantará espada nación contra nación ni se ejercitarán más en la guerra.*

Salmo 34, 15-16: *Busca la paz y anda tras ella; los ojos de Yahvé están tras los justos.*

**8ª Bienaventuranza:** Bienaventurados los que sufren persecución por la justicia, pues de ellos es el Reino de los cielos, Mt 5,10.

Isaías 51,7: *Prestad oído, pueblo que tiene mi ley en el corazón, no temáis las injurias de los hombres y de los ultrajes no os asustéis.*

Talmud: *Cuenta el número de los perseguidos y no de los perseguidores, pues Dios está con los perseguidos.*

1. Obra de la literatura judía apocalíptica, que parece de inspiración esenia y data de una época próxima a la de Jesucristo.





# ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

## III Simposio Internacional sobre San José

**E**N el marco del «Año de la Fe», del 21 al 23 de noviembre se ha llevado a cabo en el Perú, que tiene a san José por patrono desde 1828, el III Simposio Internacional sobre la figura del Santo Patriarca. El evento, organizado por el Arzobispado de Lima y la Congregación Oblatos de San José con el lema «San José, hombre de fe», fue inaugurado por el cardenal Juan Luis Cipriani Thorne, arzobispo de Lima y Primado del Perú.

Los temas tratados en el Simposio han sido: «San José, el patrono de la Iglesia en el Año de la Fe», «San José y la familia cristiana. Devoción a los santos esposos», «San José, en las Sagradas Escrituras», «San José y la Nueva Evangelización», «San José: camino de la fe a la caridad» y «San José en la historia de la vida consagrada».

Podemos destacar las palabras del carmelita descalzo español fray Enrique Llamas, presidente de la Sociedad Mariológica Española y gran josefólogo, que a partir de la afirmación de que «San José y María Santísima tienen una misma predestinación y una misma misión», vinculadas ambas al misterio de la Encarnación del Hijo de Dios, fue mostrando la belleza de las consecuencias que estos conceptos teológicos tienen para la vida espiritual de los fieles católicos. El padre Llamas hizo un llamamiento para que la figura de san José sea rescatada de la frialdad que a su respecto existe hoy.

## La Iglesia de Inglaterra evita un nuevo alejamiento de la comunión con Roma

**L**A influencia del racionalismo y del relativismo moral, que habían desquiciado ya el protestantismo, provocaron durante el siglo xx una deriva de una parte del anglicanismo hacia posturas claramente alejadas de aquella tradición. Los sucesivos «concilios» de Lambeth, que cada diez años reúne a los máximos dirigentes de la Iglesia, lo constatan: relajación de la moral sexual, ordenación de mujeres, ordenación de homosexuales... Un sector de los anglo-católicos dijo basta en 2009, pidiendo ser acogidos por la Iglesia católica.

El pasado mes de noviembre la Iglesia de Inglaterra estuvo a punto de alejarse aún más de la Iglesia católica y de su propia tradición al debatir sobre la

ordenación episcopal de las mujeres. Finalmente, el Sínodo general de la Iglesia de Inglaterra, reunido en Londres, no aprobó la propuesta del actual arzobispo de Canterbury gracias al voto negativo de la cámara de los laicos (las cámaras de obispos y clero sí la aprobaron), en la que por seis votos no se lograron los dos tercios requeridos para sacar adelante la iniciativa.

Ahora, con el debate paralizado al menos por cinco años, se abre un nuevo frente: la composición de la cámara de laicos, su elección y la barrera de los dos tercios necesaria para sacar adelante la propuesta, teniendo en cuenta que las Iglesias de Estados Unidos, Canadá y Sudáfrica ya han concedido la ordenación episcopal a las mujeres.

## Inaugurada en Sabadell Casa Guadalupe

**E**L pasado mes de octubre fue inaugurada en Sabadell (Barcelona) Casa Guadalupe, una asociación sin ánimo de lucro formada por un grupo de laicos cuyo objetivo es «acoger y proteger la vida humana, desde su concepción hasta su muerte natural».

Esta nueva asociación, encomendada a la Virgen de Guadalupe y cuyo lema es «Déjate amar por ella», está destinada a toda mujer embarazada que por cualquier motivo esté angustiada por su embarazo y esté pensando en abortar. Casa Guadalupe ofrece cercanía, formación, amistad de chicas que se encuentran en situación semejante y la posibilidad de rezar y recibir dirección espiritual. Todo esto se organiza a través de la asistencia maternal tanto durante el embarazo como después del mismo; educación a quienes lo necesiten, impartiendo semanalmente unos cursos de formación sobre el embarazo, el parto, higiene materno-infantil, y alimentación y salud física y psíquica de la madre y el bebé; asesoramiento sobre los recursos públicos existentes o sobre documentación y trámites necesarios; y asistencia espiritual a través de un sacerdote a quienes lo deseen.

«Esta obra, explica uno de sus promotores, sólo busca una cosa: a través del amor a la Virgen, llevar el amor de Dios a los que todavía no lo conocen. Estamos absolutamente convencidos de que sólo quien no ha conocido el Amor puede pensar en abortar. Y como Dios es Amor, es a Dios a quien verdaderamente merece la pena dar a conocer. ¿Cómo? En primer lugar, amándonos entre todos los que formamos

parte de la Casa, ya que nadie da lo que no tiene. Después, y sólo después, amando profundamente a cada chica que llama a nuestra puerta. Antes de hablarles del amor de Dios, preferimos amarlas como Él nos enseñó a amar. Con el paso de los días, una vez empiezan a sentirse acogidas y queridas por sí mismas, ellas se empiezan a hacer preguntas y buscan las respuestas que encuentran en su corazón.».

### La legislación matrimonial española es gravemente injusta

**L**A Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española, ante la sentencia del Tribunal Constitucional del pasado 6 de noviembre, se ha visto en el deber de recordar que la actual legislación española referente al matrimonio es gravemente injusta. Lo es porque no reconoce netamente la institución del matrimonio en su especificidad, y no protege el derecho de los contrayentes a ser reconocidos en el ordenamiento jurídico como «esposo» y «esposa»; ni garantiza el derecho de los niños y de los jóvenes a ser educados como «esposos» y «esposas» del futuro; ni el derecho de los niños a disfrutar de un padre y de una madre en el seno de una familia estable. No son leyes justas las que no reconocen ni protegen estos derechos tan básicos sin restricción alguna. Por eso, es urgente la reforma de nuestra legislación sobre el matrimonio.

Como ya recordó la Conferencia Episcopal en el documento *La verdad del amor humano*, «Asistimos a la destrucción del matrimonio por vía legal. Por lo que, convencidos de las consecuencias negativas que esa destrucción conlleva para el bien común, alzamos nuestra voz en pro del matrimonio y de su reconocimiento jurídico. Recordamos además que todos, desde el lugar que ocupamos en la sociedad, hemos de defender y promover el matrimonio y su adecuado tratamiento por las leyes».

Los obispos españoles renuevan así la llamada a los políticos para que asuman su responsabilidad. La recta razón exige que, en esta materia tan decisiva todos actúen de acuerdo con su conciencia, más allá de cualquier disciplina de partido. Nadie puede refrendar con su voto leyes que dañan tan gravemente las estructuras básicas de la sociedad. Los católicos, en particular, deben tener presente que, como servidores del bien común, han de ser también coherentes con su fe. «Sin la familia, sin la protección del matrimonio y de la natalidad, no habrá salida duradera de la crisis. Así lo pone de manifiesto el ejemplo admirable de la solidaridad de tantas familias en las que abuelos, hijos y nietos se ayudan a salir adelante como sólo es posible hacerlo en el seno de una familia estable y sana».

### Festividad de Cristo Rey: Ecuador renueva su consagración al Corazón de Jesús

**U**N año más el pueblo ecuatoriano ha engalanado sus casas con imágenes y altares dedicados a Cristo Rey coincidiendo con la celebración litúrgica de esta festividad. Novenas en casas y templos, acompañadas de comida, música y fuegos artificiales, fueron los preludios a la celebración de procesiones y eucaristías a lo largo de todo Ecuador. Sin embargo, también esta tradición empieza a perderse en este país, consagrado a Cristo Rey desde 1926.

Con el fin de pedir su protección al Corazón de Jesús, monseñor Antonio Arregui, arzobispo de Guayaquil y presidente de la Conferencia Episcopal Ecuatoriana, ofició la misa en honor a Cristo Rey rodeado por centenares de fieles que, acabada la celebración, le acompañaron hasta el cerro del Carmen, donde está situada la imagen del Corazón de Jesús y ante la cual renovó la consagración del Ecuador al Corazón de Jesús y a la Virgen María.

#### INTENCIONES DEL PAPA ENCOMENDADAS AL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN



##### Diciembre

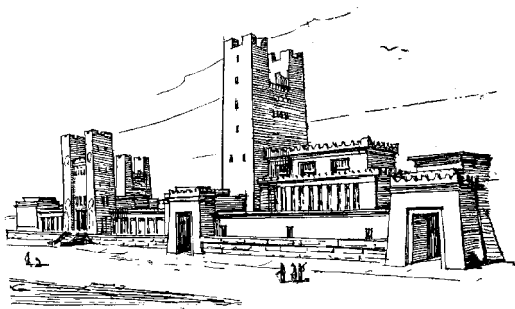
*General:* Para que los emigrantes sean acogidos en todo el mundo con generosidad y amor auténtico, especialmente por las comunidades cristianas.

*Misionera:* Para que Cristo se revele a toda la humanidad con la luz que emana de Belén y se refleja en el rostro de la Iglesia.

##### Enero 2013

*General:* Para que en este «Año de la Fe» los cristianos puedan profundizar en el conocimiento del misterio de Cristo y testimoniar con alegría el don de la fe en Él.

*Misionera:* Para que las comunidades cristianas de Medio Oriente, con frecuencia discriminadas, reciban del Espíritu Santo la fuerza para la fidelidad y la perseverancia.



## ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

### Israel en guerra con Hamas, nuevo movimiento en el gran juego de Oriente Medio

LA guerra abierta ha regresado a Tierra Santa de la mano de Hamas, la organización islamista que gobierna con puño de hierro la franja de Gaza y cuyo fin primordial, expuesto en su documento de constitución, es la erradicación de la presencia judía en aquella tierra. Desde que Israel se retiró en 2005 de Gaza, un pequeño territorio de 360 kilómetros cuadrados superpoblado con 1,8 millones de habitantes y enclavado entre Israel y la península del Sinaí egipcia, Hamas no ha cesado de hostigar a Israel. Durante este periodo Gaza se ha convertido en un enorme depósito de armas y en un terreno fértil para numerosos grupos terroristas, lo que ha obligado a Israel a intervenir militarmente cada cierto tiempo para mantenerlos así a raya. En esta ocasión, el hecho que ha desencadenado la guerra ha sido el lanzamiento por parte de Hamas de misiles sobre territorio israelí, lo que ha provocado la reacción de Israel, que en un ataque selectivo ha conseguido destruir el coche en el que viajaba Ahmed Jabari, matando así al jefe de las brigadas Al Qassam, brazo armado de Hamas. Los ataques aéreos han continuado, si bien Israel no se ha decidido a emprender una campaña terrestre y ha optado por alcanzar un precario alto al fuego con Hamas bajo los auspicios del presidente egipcio, Mohamed Morsi.

¿Qué ha ocurrido para que precisamente ahora se haya desencadenado la guerra de nuevo? En realidad han confluído varios factores de lo que muchos ya llaman el «gran juego» de Oriente Medio. En primer lugar la llamada primavera árabe, que ha creado un vacío de poder en Egipto que ha sido aprovechado, con la complicidad del nuevo gobierno islamista egipcio de los Hermanos Musulmanes, para hacer llegar abundante armamento a Gaza, tanto proveniente de los arsenales de Gadafi en Libia como misiles enviados desde Irán vía Sudán.

Por otro lado, en el plano interno Hamas ha visto cómo proliferaban los grupos salafistas en Gaza, desafiando su autoridad, por lo que esta escalada bélica le ha servido para fortalecer su posición. En un contexto en el que el presidente de la Autoridad Palestina, Mohamed Abbas, estaba a punto de con-

seguir el reconocimiento como nuevo estado observador en la ONU de Palestina, Hamas ha dejado claro que su camino es otro y que no considera a Abbas como el legítimo representante de los palestinos. De hecho, el desenlace de la guerra se puede considerar una derrota militar (Israel ha matado a tres generales de Hamas y ha destruido numerosos arsenales de armas) pero una victoria política, pues por primera vez ha conseguido el apoyo del mundo árabe a sus métodos (diez ministros de exteriores de la Liga Árabe se han desplazado a Gaza en estos días), además del apoyo explícito de la mayor potencia musulmana del Mediterráneo, Turquía, hace solo cuatro años aliado de Israel y ahora volcada en el apoyo a los islamistas palestinos. La guerra en Siria no es ajena a este movimiento turco: en el hipotético escenario de una caída del régimen de Assad, la creación de un estado kurdo para los dos millones de kurdos que viven en Siria supone un peligro de desestabilización interna grande para Turquía, que ésta quiere neutralizar ganándose la lealtad de los Hermanos Musulmanes, probablemente los dueños del futuro sirio en caso de victoria de los rebeldes en la actual guerra civil.

El papel de Egipto en este estallido bélico ha sido también clave. En primer lugar, no hay que olvidar que Hamas es parte de los Hermanos Musulmanes, la organización islamista que ha conseguido alcanzar el poder en Egipto. Con una situación económica crítica en Egipto, numerosos analistas cercanos al presidente Obama predijeron que lo último que podía desear el gobierno egipcio era una guerra en su frontera y que además, debido a su debilidad económica e institucional, el presidente Morsi iba a ser muy sensible a las instrucciones recibidas desde Occidente. Lo que ha ocurrido ha sido exactamente lo contrario. De hecho, Morsi animó a Hamas a lanzar su ofensiva para luego vender a Occidente su papel como mediador entre ambas partes a cambio del rescate de su desastrosa economía. Tras el fracaso de su gira para conseguir ayuda financiera por Arabia Saudí y los estados del Golfo, países que consideran a los Hermanos Musulmanes como una amenaza mortal, la apuesta de Morsi, si bien arriesgada, ha resultado exitosa. Ahora, tras conseguir un alto el fuego en

un conflicto que él mismo había ayudado a desencadenar, el gobierno de los Hermanos Musulmanes ha ganado en credibilidad internacional. Al mismo tiempo Morsi ha aprovechado la guerra para autoinvertirse con poderes temporales propios de un dictador, gracias a una declaración constitucional que tomó al país por sorpresa y que convierte las decisiones del presidente Morsi en ley sin necesidad de que sean aprobadas por el Parlamento. Un nuevo paso hacia un poder ilimitado de los islamistas en Egipto, lo que no augura nada bueno para la ya castigadísima comunidad cristiana copta.

Tampoco Irán ha sido ajeno al estallido bélico. De hecho el líder de Hamas, Ismael Haniyeh, agradeció en rueda de prensa al gobierno iraní por haber ayudado a «hacer gritar a Israel de dolor». Irán utiliza a Hamas como uno de sus brazos contra Israel, al tiempo que envía un mensaje tanto al propio Israel como a Estados Unidos: si Israel nos ataca, desencadenará no sólo la respuesta iraní, sino el terrorismo de Hamas en el sur y de Hizbolah en el norte, ahora con capacidad para alcanzar Tel Aviv y Jerusalén.

En cuanto a Israel, la guerra llega a dos meses de las elecciones legislativas anticipadas de enero de 2013. Netanyahu no podía permanecer impasible ante una agresión que ha superado diversas líneas rojas y que ha tenido un enorme impacto psicológico en Israel al mostrar que los misiles iraníes de Hamas pueden alcanzar objetivos en las principales ciudades israelíes. Es cierto que también se ha probado la eficacia del escudo antimisiles, bautizado como «Cúpula de Hierro», que con gran esfuerzo económico ha desarrollado Israel, pero la osadía del ataque exigía una respuesta militar decidida. Sin embargo, los riesgos de una ofensiva terrestre, con sus inevitables bajas humanas y el coste diplomático de las numerosas bajas civiles palestinas (hay que recordar la práctica habitual de Hamas de utilizar a sus propios compatriotas como escudos humanos) eran demasiado altos. Así pues, el primer ministro israelí, Benjamín Netanyahu, actuando con prudencia y con unas elecciones a la vuelta de la esquina, no estaba interesado en prolongar el conflicto una vez dejado claro que no iba a dejar sin una respuesta contundente cualquier ataque palestino. Hamas,

como ya hemos visto, había conseguido sus objetivos de legitimación, tanto interna como internacional, pero una continuación de las hostilidades le situaba en una situación extremadamente peligrosa. Con Irán satisfecho de haber mostrado su capacidad para actuar en la región, sólo faltaba que Egipto consiguiera su objetivo y pudiera presentarse como el hacedor de un cese de los enfrentamientos que a todos interesaba. Un precario alto el fuego condenado a no durar mucho en una región en la que la paz resulta, a pesar de todos los esfuerzos diplomáticos, inalcanzable.

### Singapur, otro país abocado al suicidio demográfico

SINGAPUR, la pequeña ciudad-estado del sudeste asiático suele ponerse como ejemplo de milagro económico. Pero como tantos otros «milagros» humanos, parece tener pies de barro. Quien lo ha dicho es Lee Kuan Yew, fundador de Singapur, de 88 años de edad, quien contempla desolado el negro futuro demográfico de su país. Durante su discurso en el marco de la fiesta nacional se hizo eco de la desaparición de la población autóctona, sustituida por una creciente inmigración. Singapur, con el mejor sistema educativo del mundo y una enorme prosperidad material, experimenta una caída constante de su tasa de fecundidad desde 1960, hasta alcanzar los 1,16 hijos por mujer en 2011 y una tasa estimada para 2012 de 0,78.

Lee Kuan Yew ha señalado que «el 31% de las mujeres y el 44% de los hombres de Singapur han elegido no reemplazarse en la próxima generación». Claro que estamos ante un caso clásico de bombero pirómano, pues fue el propio Kuan quien implantó una política de limitación drástica de los nacimientos y de esterilización bajo el nombre de «*Stop at Two*» (deteneos con dos), que penalizaba fuertemente a las familias de tres o más hijos. Ahora que los resultados de esa política amenazan el futuro del país, llega la hora de las lamentaciones. Tardías y vanas, pues en demografía las inercias son enormes y las llamadas al cambio, en el mejor de los casos, tienen efectos muy retardados en el tiempo.





# Hemos leído

ALDOBRANDO VALS

## Hacia la nada

*Vuelve Juan Manuel de Prada, desde las páginas de ABC, a poner el dedo en la llaga: sin religión todo se descompone. También nuestra patria:*

«Le pregunto a un amigo catalán por las vicisitudes de su tierra, que contempla con tristeza, pero también con la certeza de que son consecuencia de un mal originario mucho más profundo al que nadie se refiere, un mal originario que ya nadie vislumbra siquiera, porque se han cegado por completo las vías que permitían identificar su fuente. Y de ese mal originario se desprenden calamidades diversas y variopintas, que en apariencia demandan tratamientos diversos. Mi amigo lo expresa así: «España tuvo una razón de ser; y reconociéndose en esa razón de ser pudo hacerse; desaparecida esa razón de ser, sólo le queda deshacerse en todos los órdenes, en un lento proceso de descomposición». Pero justamente esa razón de ser es la que no quieren reconocer quienes se erigen en defensores de la unidad española y en heraldos de los presuntos males que caerán sobre Cataluña, si se separa del resto de España.

De vuelta a casa, tras la conversación con mi amigo, leo una anotación en el *Diario* de Unamuno: «¿Qué hace la comunidad del pueblo, sino la religión? ¿Qué les une [a los pueblos] por debajo de la historia, en el curso oscuro de las humildes labores cotidianas? Los intereses no son más que la liga aparente de la aglomeración; el espíritu común lo da la religión. La religión hace patria y es la patria del espíritu». Es lo mismo que afirmaba Menéndez

Pelayo, en frase célebre y execrada, al final de sus *Heterodoxos*: la comunidad de los pueblos la hace la religión; es la religión la que da una razón de ser a las naciones; y, sofocada o reprimida o expulsada esa razón de ser, sólo subsisten los intereses, que son la «liga aparente de la aglomeración». Y como los intereses son cambiantes y tornadizos, esa liga aparente se puede romper en cualquier momento; si no es hoy será mañana, y si no pasado mañana: es una ley biológica impenable, y la historia nos ofrece ejemplos innumerables que la confirman. Contra la evidencia de los hechos, no valen los argumentos.

La religión da a los pueblos unos ideales compartidos, una conciencia histórica de pertenencia. De esta conciencia nacen los vínculos fuertes; y todas las idolatrías o sucedáneos que han venido a sustituir a la religión no son sino argamasa de intereses egoístas disfrazados de fraternidad (pero no hay fraternidad sin paternidad común), vínculos tan débiles como los cimientos de una casa construida sobre la arena. Hoy vivimos, sin el fundente de la religión, en la «liga aparente de la aglomeración» que denunciaba Unamuno: liga aparente que afecta a nuestro régimen político (veremos si la democracia sobrevive a la crisis económica sistémica que se prolongará durante décadas) y a nuestra organización administrativa; pero también al propio tejido celular de la sociedad. ¿Qué es hoy el matrimonio, por ejemplo, sino «liga aparente de la aglomeración», fundado sobre intereses egoístas y, como tal, tan fácilmente desligable como propicio a las ligas más adventicias? Todas las instituciones humanas son mera-

mente nominales, faltándoles el espíritu común que les da la religión. Podemos poner todos los nombres rimbombantes que queramos a las instituciones; pero tales instituciones acaban siendo parodias grotescas cuando no son patria del espíritu.

Veremos descomponerse mañana la nación, como vemos descomponerse hoy el matrimonio. Y, en medio de la descomposición provocada por la liga aparente de la aglomeración, llegaremos a comer las algarrobas de los puercos, como el hijo pródigo de la parábola. Sólo entonces volveremos a la casa del padre, donde está la razón del ser; todo lo demás son cloroformas que esconden la nada devoradora que nos corrompe».

## Falsedad de «las tres religiones»

En su interesante libro, *Du Dieu des chrétiens et d'un ou deux autres*, Rémi Brague dedica unas suculentas páginas a la cuestión de las tres religiones, judaísmo, cristianismo e islam, que a menudo son presentadas casi como hermanas bajo las etiquetas de «las tres religiones del Libro», «los tres monoteísmos» o «las tres religiones de Abraham». Sin dudar de la buena voluntad de los que quieren evitar tensiones entre los seguidores de estas tres religiones, lo cierto es que, afirma Brague, un análisis atento nos muestra la falsedad de esas tres expresiones: «son falsas porque cada una de ellas esconde un error muy grave sobre la naturaleza de las tres religiones. Son además peligrosas porque promueven una pereza intelectual que dispensa de examinar de cerca la realidad».

Hablando del monoteísmo,

Brague explica que el término no es religioso, sino específicamente perteneciente al ámbito de la filosofía. De hecho, existen religiones no monoteístas, y a la inversa, monoteísmos no religiosos, como el deísmo. Además, no hay tres monoteísmos, sino bastantes más: desde la religión del faraón Akenaton, hasta los mormones, los sikhs o los bahais. Por si eso fuera poco, Brague señala que incluso el monoteísmo de las tres religiones es discutible: los musulmanes acusan a los cristianos de politeístas por su doctrina de la Santísima Trinidad (no entienden que no afecta a la unicidad de Dios, sino a su modo de ser uno), crítica que el judío Maimónides hacía también suya, mientras que san Juan Damasceno califica a los musulmanes de idólatras por adorar la piedra negra de la Kaaba.

Si pasamos al calificativo de las «tres religiones de Abraham», ese supuesto ancestro común, Rémi Brague demuestra que aunque el nombre pueda ser el mismo, la persona de la que hablan las tres religiones es diferente. Lo que explican los libros sagrados de esas tres religiones acerca de Abraham no es lo mismo. Mientras el cristianismo, en buena lógica, recoge el Abraham judío, el Abraham del islam es otro personaje, lo que justifica afirmar que el islam no es una religión abrahámica y que, en el mejor de los casos, el Abraham que tendrían en común las tres religiones no pasaría de ser una vaga abstracción. Por cierto, el Abraham musulmán recibe el encargo de Dios de construir un templo, que luego sería conocido bajo el nombre de la Kaaba, en La Meca.

Por último, en cuanto al epíteto de «religión del Libro», Brague recuerda que esa expresión, neutra para judaísmo y cristianismo, sí tiene un significado muy definido en el islam, el que se les aplica a los *dhimmis*, los seguidores de religiones toleradas por el islam bajo un régimen de sometimiento y discriminación. Además,

toda religión existente en un pueblo con escritura se plasma en un libro, algo que no sería pues exclusivo de las tres religiones citadas.

Luego está la cuestión de que no se trata de un solo libro, sino de tres, y además de naturaleza distinta. El Antiguo Testamento, escrito a lo largo de siglos, es más que un libro una biblioteca que abarca diferentes géneros y narra la historia de un pueblo, el Nuevo Testamento, escrito en varias décadas, narra esencialmente la vida de Jesucristo, finalmente el Corán, escrito en unos años, es un libro redactado expresamente para producir un modo de vida, una civilización concreta, por lo que detalla toda una serie de reglas para organizar la vida cotidiana. Escribe Brague que en el libro del judaísmo lo que se revela es la historia del pueblo de Israel, en el del cristianismo la persona de Cristo y en el del islam el objeto revelado es el mismo libro. Tanto en el judaísmo como en el cristianismo el libro santo es un libro inspirado, en el islam, por el contrario, al ser transcripción directa de las pretendidas palabras de Dios, la lectura debe de ser literal. En definitiva, que si las tres religiones poseen libros sagrados, algo que no es exclusivo de ellas, tanto el contenido de los libros como el carácter de su revelación son diferentes.

Bien esta evitar provocaciones vanas y fomentar el respeto entre los fieles de todas las religiones, pero no parece que la invención de consignas o etiquetas a todas luces falsas sea el mejor medio para conseguirlo.

### **Talibanes de la austeridad**

Theodore Dalrymple es, sin duda, uno de los grandes cronistas y observadores de nuestra época. Sus comentarios, publicados en la *Library of Law and Liberty* a raíz de unas declaraciones del economista francés Jean Pisani-

Ferry publicadas en *Le Monde* en las que alertaba de que «Il y aura toujours des talibans de l'austérité», siempre habrá talibanes de la austeridad, merecen atención pues tocan una cuestión crucial de nuestra época.

Dalrymple empieza recordando la importancia de que las palabras se usen correctamente; por el contrario, su uso inadecuado siempre es síntoma de decadencia moral y tiranía. A continuación se detiene en esa austeridad tan peligrosa, cuya definición es según el *Oxford English Dictionary* «severa autodisciplina o autocontrol, abstinencia rigurosa, ascetismo». Si acudimos al diccionario de la RAE encontramos una definición en la misma línea, abarcando los siguientes rasgos: «Severo, rigurosamente ajustado a las normas de la moral. Sobrio, morigerado, sencillo, sin ninguna clase de alardes. Retirado, mortificado y penitente».

Pero el profesor Pisani no parece que esté empleando la palabra austeridad en este sentido, sino en el sentido de subir impuestos y/o reducir el gasto público para así intentar equilibrar los presupuestos del Estado. Y escribe Dalrymple: «llamar al intento de equilibrar el presupuesto austeridad, en otras palabras, decir que vivir dentro de tus propias posibilidades implica una “rigurosa abstinencia”, una especie de aguafiestas puritano, es afirmar implícitamente que es honesto, justo y decente hacer lo contrario».

Cuando es justo al revés: no es propio de gente honrada vivir por encima de sus posibilidades, especialmente cuando se transfiere el coste de este estilo de vida a otros, cuando se toma prestado más para pagar las deudas previas. Y remacha Dalrymple afirmando que «la idea de que vivir según tus posibilidades es una forma de austeridad y no el deber moral elemental de la gente honorable muestra que, por debajo de la crisis económica, subyace una profunda crisis moral en las sociedades occidentales».



## LIBRERÍA BALMES

Duran i Bas, 11 – 08002 Barcelona  
tel. 93 317 80 94 – fax 93 317 94 43

<http://www.balmeslibreria.com>

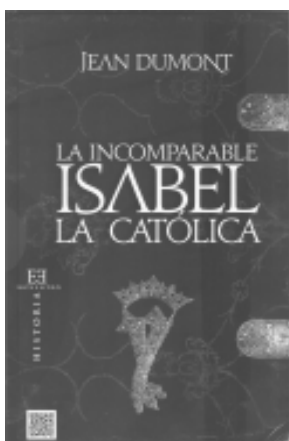
### SERVICIO DE VENTA ON LINE

Visitando nuestra página web podrá realizar sus compras sin desplazarse y recibir puntualmente sus libros en casa.

Libros de Teología y Vida espiritual, Mariología y Hagiografía, Sagrada Escritura y Patrística, Magisterio de la Iglesia, Catequesis, Educación y Formación cristiana, Historia, Filosofía, Ética y Psicología, Sociología y Política, Literatura, etc.

Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras

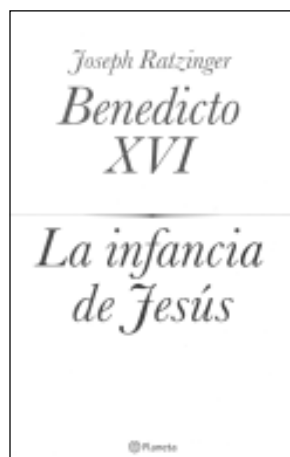
### *Este mes recomendamos:*



#### **La incomparable Isabel la Católica**

Autor: Jean Dumont  
Editorial: Encuentro  
248 páginas  
Precio: 23,00 €  
«Que mis funerales se celebren donde se encuentre mi cuerpo, sencillamente y sin excesos, y que no haya monumento, ni estrado, ni baldaquino, ni colgaduras fúnebres, ni profusión de cirios; solamente trece encendidos a cada lado cuando se celebre el oficio divino». Quien había escrito esto en su testamento moría literalmente en lecho de

paja. Sus donaciones y legados, y las deudas que dejaba por sus obras de caridad, obligarían a sus albaceas testamentarios a subastar sus bienes personales, caso único en la historia de las monarquías.



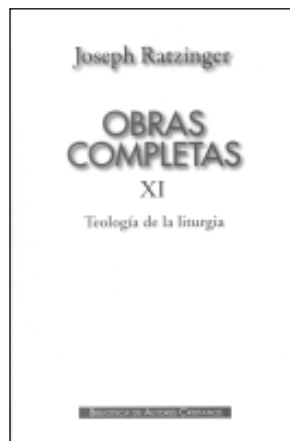
#### **La infancia de Jesús**

Autor: Benedicto XVI  
Editorial: Planeta  
120 páginas  
Precio: 17,00 €  
La obra completa los dos volúmenes precedentes escritos por Benedicto XVI sobre la vida, la muerte y la resurrección de Cristo, y reviste una gran importancia desde el punto de vista teológico e histórico. En sus páginas se analizan temas capitales de la fe católica, como la Anunciación de María, el Nacimiento de Jesús, la visita de los Reyes Magos o la pobreza del lugar del nacimiento, y supone la antesala de los dos volúmenes previos.



#### **Me hallará la muerte**

Autor: Juan Manuel de Prada  
Editorial: Destino  
592 páginas  
Precio: 22,50 €  
¿Cuán cerca puede estar el héroe del villano? ¿Qué separa la epopeya de la farsa? Antonio y Carmen, se ponen de acuerdo para desplumar a ricachones en los alrededores del parque del Retiro. Pero la adversidad obligará a Antonio a huir de la justicia. Se alista en la División Azul, sobrevive a los padecimientos más extremos y regresa al Madrid turbio y arribista de los cincuenta.



#### **Obras completas de Joseph Ratzinger. XI: Teología de la liturgia**

Editorial: BAC  
592 páginas  
Precio: 54,00 €  
«Cuando, tras algunas vacilaciones, me decidí –escribe el Papa– a aceptar el proyecto de una edición de mis obras completas, me resultó claro que en ellas debía primar el orden de prioridades del Concilio y que, por tanto, el volumen de mis escritos sobre liturgia debía ir al principio. La liturgia de la Iglesia fue para mí, desde mi infancia, una realidad central en la vida, y luego, en la escuela de maestros como Schmaus, Söhngen, Pascher o Guardini, se convirtió también en el centro de mi trabajo teológico».

# CONTRAPORTADA

## «Verán venir al hijo del hombre»

Este domingo, a final del año litúrgico, la Palabra de Dios nos habla del fin del mundo, de la venida de Cristo, de los signos que la precederán y de la importancia que los cristianos sepamos reconocerlos. El Concilio habla poco del fin del mundo. Lo hace para presentar la dimensión escatológica de la Iglesia (*Lumen gentium*, 48). Este punto presenta el tiempo último como la renovación del cielo y la tierra que «ha sido fijada de manera irrevocable y se anticipa de alguna forma real en este mundo: porque la Iglesia, ya aquí en la tierra, posee una santidad verdadera, aunque imperfecta». Es en esta mirada sobre la Iglesia como anticipación de la vida eterna que el Concilio afirma que «firmes en la fe esperamos “la bienaventurada esperanza y la venida gloriosa del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo” (Tt 2,13)». Encontramos una presentación más desarrollada del advenimiento glorioso de Cristo en el *Catecismo de la Iglesia católica*, núms. 673-674. En el primer punto habla de la inminencia de esta venida, «por más que no es cosa nuestra de conocer los tiempos o momentos oportunos que el Padre ha fijado». Aquí el *Catecismo* cita el Evangelio de hoy. El *Catecismo* habla de la dilación de esta venida, que a menudo ha preocupado a los fieles que leen afirmaciones de inminencia como en el Evangelio de hoy: «os aseguro que no pasará esta generación sin que se haya cumplido todo esto». El *Catecismo* la justifica a través de la doctrina paulina de la supeditación del fin a la conversión de «todo Israel». Seguidamente, el *Catecismo* (675-677) habla de la prueba final que ha de sufrir la Iglesia antes del advenimiento de Cristo. El Evangelio de este domingo sólo habla de signos cósmicos, pero el signo más relevante que precede la venida de Cristo es «una prueba final que hará tambalear la fe de muchos creyentes [...], una impostura religiosa que aportará a los hombres una solución aparente a sus problemas al precio de la apostasía de la verdad. [...] un pseudo-mesianismo, en el que el hombre se glorifica él mismo en lugar de glorificar a Dios y su Mesías venido en la carne». ¿No os parece que vivimos, desde hace tiempo, en medio de indicios de esta impostura religiosa? ¿No os parece que algunas apariciones marianas nos alertan? ¿No os parece que, teniendo presente que cuando «veréis todo esto, sabed que Él se acerca, que ya está a las puertas», es tiempo de convertirnos?

Monseñor Xavier Novell, obispo de Solsona:  
glosa dominical del 18 de noviembre de 2012